

1954-1955

DAVID CAMPTON
RAY BRADBURY
JOHN WYNDHAM
Nave-cuna



Lectulandia

Recopilado por Richard Davis, este volumen recoge ocho historias, muy diversas entre sí, firmadas por nombres cimeros de la ciencia-ficción actual —David Campton, cuyo relato da título a la antología, Bradbury, John Wyndham, Lee Harding entre otros— y que añaden a las fórmulas habituales del género un contenido humanista, una matización en la que el humor, la imaginación y la agudeza juegan de manera sustancial. El conflicto entre el ansia individual de libertad y los condicionamientos opresivos impuestos por la tiranía de la técnica, lleva a conclusiones que están muy lejos de la moraleja más o menos elaborada. Los relatos que integran el volumen ofrecen al lector una antología de las diversas modalidades que presenta hoy la ciencia-ficción.

Lectulandia

AA. VV. (Recopilación de Richard Davis)

Nave-cuna

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 17

ePub r1.0

Hechadelluvia & dekisi 12.09.14

Título original: *Space 3*
AA. VV. (Recopilación de Richard Davis), 1977
Traducción: José Manuel Pomares

Editor digital: Hechadelluvia & dekisi
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Agradecimiento

Quiero expresar mi más efusivo agradecimiento a Harvey Unna Ltd. por haber dado el permiso para incluir *Scarbo*, de Rosemary Timperley: © 1976 Rosemary Timperley; y a A. D. Peters Ltd. por *El Veldt*, de Ray Bradbury, publicada primeramente en forma de libro en *The Illustrated Man* por Doubleday and Co. Inc.: © 1951, Ray Bradbury; y a David Higharn Associates Ltd., por *Las mirillas de Pawley*, de John Wyndham, publicada en *The Seeds of Time*, Michael Joseph: © 1956, herederos de John Wyndham; y a E. J. Carneli Literary Agency por *Noche de paso*, de Lee Harding: © 1976, Lee Harding. *Gran negocio*, de Peter Cave, apareció primero en *Titbits*; © 1968, Peter Cave. Todas las demás narraciones tienen © 1976 de los autores.

Introducción

Nos alegramos de poder incluir en esta selección a grandes autores como John Wyndham y Ray Bradbury, que no necesitan introducción alguna, mientras que Brian Mooney, Rosemary Timperley y David Campton quedan incluidos en el volumen con narraciones publicadas por primera vez. *Gran negocio*, de Peter Cave, fue publicada en una revista, hace algunos años, mientras que *Noche de paso*, de Lee Harvey, apareció, en una forma ligeramente distinta, en el *Science Fiction Monthly* del pasado año.

No todas las historias de esta antología tratan necesariamente de los viajes espaciales, aunque en esta selección el énfasis recae firmemente en el tema de la exploración.

Los viajeros del espacio aparecen en *Un paseo por los bosques*, de David Campton, que ilustra con claridad lo peligroso que puede llegar a ser el aceptar las cosas por su valor aparente. Aún tendemos a creer que todo aquello que es hermoso tiene que ser bueno... pero los términos de referencia pueden desmoronarse por completo con gran facilidad, sobre todo en una situación extraterrestre.

La segunda historia del señor Campton tiene un título inteligente y trata sobre el tema del «superniño». Un extraño pirata del espacio es burlado con toda claridad por un aspirante a colono, con el que, personalmente, me disgustaría tener que encontrarme mucho más que con el ser extraño.

Desde H. G. Wells, la pobre y vieja Tierra ha estado sujeta a un constante bombardeo por parte de entidades invasoras procedentes del espacio, cuya plausibilidad ha variado incluso más que su propia naturaleza. ¿Y qué antología de ciencia ficción puede quedar completa sin añadir algo a este respecto? En *Punto de suministro*, los seres extraños realizan involuntariamente un inexorable servicio muy poco ortodoxo para el objeto de su ataque.

En la Tierra para el resto del contenido. *Noche de paso* es una historia de «búsqueda». Probablemente, todos vosotros lleváis a cabo ciertos ritos de iniciación en la escuela, que, si son realizados con éxito, os califican para formar parte como miembros de pleno derecho de una sociedad secreta. Esta historia muestra lo que sucede en un futuro distante —esperemos que sea así—, cuando un miembro de una tribu tiene que conseguir un trofeo para alcanzar su plena madurez como ser adulto. Dejaré que seáis vosotros mismos los que descubráis qué es ese trofeo.

John Wyndham, desgraciadamente para nosotros ya desaparecido, fue uno de los primeros escritores de ciencia ficción que hicieron popular este género entre lo que se ha denominado el «gran público», y esta penetración data probablemente de la primera emisión por la BBC de su bestseller *El día de los trífidos*. Su historia *Las mirillas de Pawley* nos muestra a un Wyndham con un estado de ánimo más alegre, que ilustra lo que puede suceder cuando el Viaje por el Tiempo se escape realmente de las manos. A pesar de su humor, esta narración contiene un inquietante aguijón.

¿Existe realmente algo llamado intimidad absoluta?

Finalmente, se incluyen tres historias en las que se nos muestran las calamitosas consecuencias que podría tener el hecho de que las máquinas escaparan a nuestro control. Cada una a su propio modo pone de manifiesto la precaria relación que ya ha establecido el hombre entre su propia personalidad y la mecanización... en realidad, todas las historias de ciencia ficción así lo exponen de una forma u otra. *El Veldt* es aclamada con justicia como una narración clásica, y es una de las más terroríficas de Bradbury.

Scarbo podría explicar lo que hay de malo en tanta literatura actual como existe. Y en ese cuento final, que es *Gran negocio*, se nos muestra qué clase de gran negocio no necesitamos.

Confiamos en que disfrutaréis de este surtido. ¿Por qué no me escribís unas líneas, con cargo a los editores, diciéndome qué clase de ciencia ficción preferís?

RICHARD DAVIS

NAVE-CUNA

DAVID CAMPTON

Cuando Magrette se despertó su primer impulso fue el de darse media vuelta y volver a dormirse; pero, segundos después de que sus grandes párpados se abrieran por primera vez, sus ojos estaban completamente abiertos, asombrados. Estaba mirando hacia arriba, a través de una hoja de plástico claro; y, cuando trató de moverse, se dio cuenta de que estaba dentro de una caja acolchada, lo bastante grande como para contenerla a ella. Aunque todavía se notaba un cierto frío en el aire, podía sentir cómo regresaba el calor poco a poco y la neblina formada por su respiración desaparecía con rapidez de los bordes del plástico situado sobre ella. Estuviera donde estuviese, lo cierto era que no se encontraba en su cama habitual.

Entonces, el recuerdo regresó a su mente, con la lentitud y seguridad con que la circulación empezaba a regresar a los fríos dedos de sus pies. Recordó el puerto espacial; la multitud de hombres con cámaras y magnetófonos que fueron contenidos con firmeza por una hilera de soldados; y la gran sonrisa y los ojos ansiosos del hombre vestido de blanco, que dijo:

—No tenga miedo, querida. Esto no le va a doler nada.

Recordó la aguja, introduciéndose en su brazo... y después nada más hasta ver esta cubierta transparente que casi le tocaba la nariz.

Poco a poco, sus recuerdos se fueron remontando en el tiempo. Recordó las lecciones... la extraña nueva clase de geografía y aquellos juegos tan peculiares. Recordó lo que se le había enseñado a hacer en cuanto abriera los ojos en el interior de una caja acolchada. Su dedo índice se fue deslizado casi automáticamente hasta que, en una parte lateral de la caja, encontró el botón que ella sabía que tenía que estar allí. Apretó el botón y la cubierta de plástico se apartó, deslizándose. Magrette se incorporó.

Lo que vio entonces le resultó extraño y familiar al mismo tiempo. Familiar porque, durante varias semanas, había estado ensayando el despertar en un lugar como aquél; pero extraño porque aquélla no era la sala de prácticas, con el reconfortante exterior usual en la Vieja Tierra, sino algo real. Estaba observando por primera vez un compartimento de hibernación de una nave intergaláctica de transporte.

Las paredes grises y suaves brillaban con luz débil alrededor de una cabina con un techo tan bajo que Magrette podía sentir la parte superior de su cabeza rozando contra él. Era una niña muy grande para sus seis años; de hecho, cuando fue pesada y medida en la Escuela Especial se habían producido sonrisas y ademanes socarrones; pero, por razones especiales, había sido elegida para viajar con los otros.

¡Los otros! ¿Dónde estaban? Se le había dicho que cuando la nave espacial llegara a su destino, todo el mundo se despertaría a la vez. Y, sin embargo, ahí estaba ella, tan despierta como una alondra en una mañana de mayo, mientras que todo el resto de la gente que se encontraba en su compartimento seguía durmiendo. No se

produjo ningún movimiento en ninguna de las otras cajas acolchadas y cubiertas de plástico. Quizá fuera inevitable un lapso de tiempo de unos pocos minutos. Si esperaba un poco, los otros dedos apretarían los respectivos botones; uno tras otro se irían deslizando los cobertores de plástico y sus compañeros de viaje se sentarían en sus cajas, parpadeando y desembarazándose de años de sueño. Así pues, esperó. Y esperó. Pero no sucedió nada. No oía ningún sonido, a excepción de un ligero zumbido, únicamente audible para el oído más fino, procedente de los motores de la nave, que la impulsaban a través de la oscuridad, entre las estrellas. Magrette se sintió entonces terriblemente sola.

Salió de su caja y permaneció en el estrecho pasillo que conducía hacia la puerta. Aunque el suelo parecía de acero pulimentado, lo sintió blando y cálido bajo sus pies desnudos. Se asomó a la caja que se hallaba más próxima a la suya. Dentro había un chico de color café. Era Duncorn, tan pequeño y quieto que podría haberse tratado de un muñeco. Magrette supo por instinto que no se movería en el transcurso de pocos minutos. Como tampoco lo haría ninguno de los otros. Ella se había despertado antes de que le llegara el momento. Era la única persona despierta en una nave espacial, a varios cientos de millones de kilómetros de distancia de cualquier parte.

Los maestros de la Escuela Especial les habían explicado que su viaje sería tan largo que los niños que quedaban en la Vieja Tierra serían tatarabuelos antes de que la nave atracara. Ningún adulto podría esperar vivir tanto tiempo, como no fuera por medio de la hibernación. La nave estaba pilotada por una computadora, mientras todo el mundo a bordo dormía. No había nadie despierto a quien Magrette pudiera dirigirse.

Si hubiera sido más joven, podría haberse sentido aturdida y chuparse el pulgar de una mano mientras esperaba una ayuda que nunca había de llegar. Si hubiera sido más madura, la enormidad de su situación podría haberla llevado al pánico. Pero, a los seis años de edad, teniendo justamente la edad adecuada (que era una de las razones especiales por las que fue elegida), se lanzó a la búsqueda de algo que comer y beber. No es que sintiera hambre o sed, ¿pero qué otra cosa podía hacer?

Más allá de la mampara, se encontró en un estrecho pasillo con aberturas hacia ambos lados a intervalos regulares. Se encontraba en la bodega de la nave, con un cargamento tan precioso que valía la pena transportarlo a través de varios años-luz. Magrette sabía que, sobre ella, estaban las salas de los motores, los paneles de control, los espacios destinados al almacenamiento del equipo especial (Magrette había aprendido a utilizar el equipo especial), la portilla de aire, y la cocina donde la comida se preparaba automáticamente. Había muy poca demanda de comida en una nave cuyos pasajeros estaban todos durmiendo, pero a Magrette se le había dicho que la máquina podía proporcionar cualquier cosa, desde un filete protovegetal hasta un batido de leche, a partir de su provisión de concentrados. Magrette se propuso obtener

un batido de leche.

Al final del pasillo, Magrette descubrió una escalera. El pasillo, por su estrechez, sólo permitía el acceso de una sola persona, y mientras avanzaba a través de él, Magrette se preguntó qué sucedería si dos personas se encontraran allí, procedentes de direcciones opuestas. Una de ellas tendría que retroceder; ¿o es que la rutina de la nave estaría tan organizada que la gente que caminara por ella lo haría únicamente en una sola dirección? Magrette tenía esa clase de mente que piensa en temas bastante diversos al mismo tiempo. Aquélla era otra de las razones especiales por la que había sido incluida en la expedición.

Se detuvo al pie de la escalera de cámara. Por encima del zumbido de los motores, detectó otro sonido: un ligero susurro, como el arrastrarse de unos pies calzados con botas. ¿Sería posible que hubiera alguien despierto además de ella? Subió con precaución, tratando de hacer el menor ruido posible. Siempre había sido una niña muy precavida. (Razón especial número tres). Sin embargo, y a pesar de su cuidado, la escalera crujió. Magrette se detuvo. El susurro también se detuvo. Respiró profundamente y continuó.

Salió por la parte opuesta de la cabina de control. En el interior, la estaba esperando alguien vestido con una especie de uniforme. Tanto la niña como el otro quedaron sorprendidos. La persona uniformada presentaba una apariencia poco usual en un hombre. Tenía una mandíbula muy larga, como la de un perro, y, cuando parpadeó, Magrette observó que sus párpados se abrían hacia los lados en lugar de arriba y abajo. Parpadeaba bastante. Sea lo que fuese lo que esperaba que apareciera por la escalera de la cámara, lo que no podía esperar era ver a una niña regordeta, de ojos azules y pelo rubio, con el aspecto de una muñeca cara. Tras un momento de silencio y conmoción se metió rápidamente en el bolsillo algo que había estado sosteniendo.

No valía la pena regresar, y Magrette siguió avanzando. Abrió mucho sus ojos azules, puso su más dulce sonrisa y saludó:

—¡Hola!

Aunque no había forma de saber si aquella criatura adoptaría una actitud amistosa o no, Magrette tenía la impresión de que debían empezar a relacionarse en buenos términos.

Su aproximación sólo tuvo un éxito parcial. La larga mandíbula quedó abierta, haciendo que el extraño ser pareciera un alsaciano necesitado de un trago. Apartó la mirada de Magrette y la dirigió hacia un panel de conmutadores que había a su lado. Aquellos conmutadores controlaban las unidades de hibernación. Todos, excepto uno, estaban dirigidos hacia arriba. Entonces, Magrette supo con certeza que sólo ella había despertado. El único conmutador que estaba apretado hacia abajo había estado controlando su unidad, y la persona con rostro de perro la había despertado.

Él señaló hacia el conmutador, después a Magrette, y de nuevo al conmutador. Emitió entonces un sonido gorgoteante desde el fondo de su garganta. O se estaba burlando, o estaba diciendo algo en un lenguaje muy extraño. Magrette sostuvo su sonrisa, elevando ligeramente los labios y mostrando unos dientes de perla.

—Yo soy Magrette —dijo—. ¿Quién es usted?

Apresuradamente, él cogió un equipo traductor de bolsillo, se ajustó los auriculares sobre sus orejas puntiagudas y la caja de resonancia contra su cuello. Magrette nunca había visto un artilugio como aquél, pero un maestro lo había mencionado de pasada, de modo que sabía lo que hacía. Una vez estuvo en su posición, ella repitió amablemente su presentación y su pregunta.

—¿Quién soy yo? —el ser con rostro de perro dudó unos segundos—. ¿Si quieres decir cuál es mi nombre...? traducido a tu idioma sería Fido —desde la caja de resonancia surgieron palabras terrestres que no tenían ningún parecido con sus gruñidos anteriores—. Es un instrumento muy útil —comentó—. Permite a los extraños como yo vivir y trabajar entre otros seres como tú; hasta se puede alcanzar una elevada posición en el servicio público.

Él sonrió, al recordar a Magrette del Lobo vestida como la abuela del Caballero Rojo Hood. Magrette no dijo nada manteniendo su sonrisa de muñeca, y él siguió diciendo:

—Sí, yo soy... ¿cuál es vuestro equivalente terrestre?... ¡ah, sí!, un oficial de aduanas.

Magrette era una niña muy observadora (razón especial número cuatro) y previamente había notado a menudo que, cuando los adultos mienten a los niños, adoptan un tono de voz especialmente meloso. El dulzor pegajoso de aquella mentira se filtró incluso a través de la caja de resonancia artificial. Magrette no sabía aún lo que era —aunque incluso después de un período tan corto de conocimiento entre ambos, sospechaba que podría ser algo bastante repugnante—, pero estaba bastante segura de que Fido no era un oficial de aduanas. Ya había cometido demasiados errores. Si ella esperaba, aún podría cometer más. Y Fido se vio inmediatamente obligado a cometerlos.

—Esperaba encontrarme con tu capitán —dijo, moviendo una mano hacia el conmutador bajado.

Cada uno de los conmutadores tenía un nombre sobre él.

—¿Puede leer terrestre? —preguntó Magrette.

—Me temo que no lo bastante bien —contestó Fido—. O no estaría hablando ahora con un bebé.

—Tengo seis años —le corrigió Magrette, con amabilidad, pero con firmeza.

—Es culpa mía, lo siento —la sonrisa de Fido mostró filas de dientes del tipo del son-para-comerte-mejor—. Sin embargo, esto me conviene mucho más. Dejemos que

tu capitán siga durmiendo.

Tratando de aparentar calma, se metió las manos en los bolsillos donde encontró el voluminoso objeto que no hacía mucho había escondido allí, y volvió a sacar la mano con rapidez.

—¿Todos los oficiales de aduanas llevan armas? —preguntó Magrette con inocencia.

Él se tomó algún tiempo para considerar su respuesta y después sacó el arma de su bolsillo, con lentitud.

—Aquí está —dijo alegremente—. Supongo que no habrás visto ninguno hasta ahora.

—¡Oh, sí! —contestó Magrette con actitud casual—. Se nos habló de ellos en la escuela. Claro que nunca se me ha permitido utilizar ninguno —añadió con tristeza.

—Un oficial de aduanas se puede encontrar en situaciones muy comprometidas —insistió Fido.

—¿Como ésta? —preguntó Magrette, burlonamente.

La respuesta de Fido fue una mezcla de ladrido y risa. Volvió a colocarse el arma en el bolsillo.

—Y ahora, pequeña, me vas a contestar unas cuantas preguntas.

—¿Por qué ha subido usted a bordo? —preguntó Magrette—. Creía que los oficiales de aduanas no estaban interesados en subir a bordo de una nave hasta que ésta aterrizaba.

—De acuerdo con vuestro plan de tiempo, deberéis aterrizar dentro de un mes.

Como si hubiera estado de acuerdo, el calendario digital situado sobre el panel de control produjo un pequeño clic y añadió otro día a su total.

—He estado dormida durante más de cien años —murmuró Magrette.

Desgraciadamente, no había sido el príncipe encantado quien la despertó.

—Dije que tú contestarías las preguntas, y no yo —gruñó él.

Magrette pensó que aquello era una lástima, porque había muchas preguntas que estaba deseando hacer. ¿Por qué, por ejemplo, se mostraba Fido tan ignorante con respecto a esta nave? Casi cualquier persona de la Vieja Tierra o de las Nuevas Colonias habría sabido muchas más cosas. ¿Por qué su uniforme le sentaba tan mal? ¿Por que...?

—¿Sabes qué cargamento transporta esta nave? —preguntó él.

—Todo el mundo lo sabe —contestó Magrette.

—¿Qué? —ladró Fido.

Magrette respiró profundamente y miró hacia sus pies. Suponía que, después de todos aquellos prolegómenos, él no la creería. Eso significaba que podía decirle la verdad, lo que para ella siempre iba a resultar más fácil que mentirle.

—Bebés —contestó Magrette.

No parecía el momento más adecuado para entrar en detalles sobre cómo la Vieja Tierra, amenazada por un desastre catastrófico (algo que tenía que ver con la capa de ozono de la atmósfera), había llenado un transporte espacial especialmente cargado con niños, dirigiéndolo hacia las Nuevas Colonias, con la esperanza de que al menos aquellos seres de la Vieja Tierra lograrían sobrevivir. En cualquier caso, Magrette habría tenido dificultades para explicar algo que ella misma sólo entendía a medias.

—¿Bebés?

—Bueno, usted mismo dijo que yo era un bebé. Algunos de nosotros somos más crecidos que otros. Yo soy la más vieja.

—No tengo tiempo para juegos.

—¡Oh, a mí me gustan! —exclamó Magrette, echándose a reír—. Me gustan los disfraces, ¿a usted no?

—No.

—Pero ahora usted está disfrazado. Lleva un uniforme de capitán del espacio.

—Su propietario anterior ya no lo necesita —contestó, con los labios apretados en una sonrisa, o en una mueca—. No creo que podamos seguir hablando así si queremos entendernos. Si sabes qué cargamento transporta esta nave, dímelo. Si no lo sabes, dímelo llanamente.

—Pero si ya se lo he dicho. Todos son como yo.

—Puesto que no quieres cooperar, me parece que, después de todo, voy a tener que despertar a tu capitán —y se volvió hacia el panel de conmutadores—. ¿Cuál de estos controles es el de su unidad de hibernación? Muéstrame el correcto, chiquilla. Su nombre y su rango deben estar escritos en él.

—El capitán es una mujer —corrigió Magrette.

—¡Oh! ¿De veras?

Magrette respiró otra vez profundamente.

—Soy yo —dijo ella.

Durante unos segundos pensó que el intruso estaba a punto de morder. Entonces, se apresuró a añadir:

—El autopiloto se ocupa de la nave. Todo lo que tengo que hacer es conducir a los otros fuera de la nave cuando llegemos. No será difícil. Sólo tendré que iniciar un juego de seguir-a-mi-jefe. Claro que los bebés de verdad tendrán que ser colocados en un parque de juego. Todo es muy simple. Creo que se me nombró capitán porque soy la más vieja.

La risa de Fido fue como un aullido.

—¡Qué inteligente! —espetó—. Uno puede disparar contra un hombre adulto, y no preocuparse más por ello... ¿pero quién haría daño a un puñado de seres tan delicados?

—Me cree usted, ¿verdad?

—Es la forma de pensar que debería haber esperado de una raza que envía a través del universo a una nave desarmada llena de riquezas más allá de todo sueño... riquezas que pueden ser recogidas de los cielos como si se tratara de coger una fruta madura de un árbol. Sí, puedo creer perfectamente que tú eres el capitán.

—Gracias —replicó Magrette con amabilidad.

—Pero también te voy a decir otra cosa —siguió diciendo él—. Creo que sabes con toda exactitud el cargamento que lleva esta nave.

—Y yo le diré lo que creo —le interrumpió Magrette—. Creo que es usted un pirata.

—¿Un pirata?

Los ojos de Fido se estrecharon hasta convertirse en dos hendiduras negras.

—He leído algo sobre los piratas en un libro —explicó Magrette con amabilidad—. Los piratas eran como duendes y dragones y solían atacar a las naves. En la Tierra, todos ellos murieron junto con los duendes y dragones. Nunca había esperado encontrarme con un pirata frente a frente. Creo que tampoco ninguna otra persona se lo ha encontrado jamás y que ésta es la razón por la que nuestras naves no están protegidas contra ellos. Estamos armados contra los meteoritos, pero no contra los piratas. Sé que los piratas o los dragones solían exhalar fuego, pero he olvidado cuáles de ellos eran los que lo hacían. ¿Puede usted exhalar fuego?

Por la forma en que el intruso resolló, pareció como si lo estuviera intentando de verdad.

—Está bien —gruñó al fin—. Tú me dices la verdad y yo también te la diré. Sí, yo soy lo que vosotros llamáis un pirata.

—¡Qué interesante! —murmuró Magrette.

—He robado, y he matado —siguió diciendo el pirata—. Volveré a robar, y quizá tenga que matar de nuevo. Vuestras naves, las que vinieron antes que ésta, estaban cargadas de cosas, pequeñas en tamaño, pero grandes en valor... semillas y sueros, microlibros y herramientas en miniatura. A simple peso valían más que las joyas o los metales preciosos. Me las arreglé para atraparlas. Ahora, soy el hombre más rico de mi mundo.

—Entonces, ¿por qué sigue siendo un pirata?

—Porque siempre es posible enriquecerse más. Además me gusta este estilo de vida —la risa le recordó a Magrette los ladridos de un perro loco; se detuvo bruscamente—. Ahora, empezamos a entendernos.

—¿Quiere usted robar nuestro cargamento? —preguntó Magrette, suspirando.

—Y tú me ayudarás a hacerlo.

—¿Pero qué utilidad pueden tener los niños para usted?

—Cuando una broma va demasiado lejos, deja de ser divertida.

—Supongo que no me va a creer hasta que no se lo demuestre.

—Muy bien. Demuéstramelo. Pero caminarás delante de mí.

El pirata hizo asomar el arma de su bolsillo, como para recordarle a Magrette que todavía seguía allí. ¿Qué daño podía hacerle una niña que parecía una muñeca? Él no lo sabía muy bien, pero se olía el peligro: los pelos de su nuca se habían erizado.

Pero su incomodidad se convirtió en amarga desilusión cuando Magrette le mostró un cubículo tras otro. En cada uno de ellos, durmiendo dulcemente en cunas cubiertas de plástico, había hileras de niños. A cada nueva desilusión, fue aumentando su furia. Desde el fondo de su garganta surgió un ruido rasposo que el equipo de traducción no pudo interpretar. A lo largo de sus labios brillaban hilillos de saliva. Cuando el último compartimento no puso al descubierto más que cunas, parecía tan salvaje como un perro al que se le acaba de quitar el hueso que iba a comerse. Se agarró a la cubierta dura y transparente como si quisiera destrozar en pedazos al pequeño que se encontraba bajo ella. Estaba encogido, con los ojos cerrados, y los sonidos procedentes de sus mandíbulas medio abiertas sonaron como los de una jungla extraña. Magrette sintió el impulso de darse media vuelta y echar a correr, pero no se atrevió a dejarle solo con los otros niños... además, no había ningún sitio donde poder ocultarse, excepto quizás en el compartimento de equipo especial. Al fin, sacudiendo la cabeza y murmurando para sí mismo, Fido se las arregló para dominar su cólera. Hasta expresó una sonrisa, mostrando los dientes.

—Te pido disculpas —dijo amablemente—. He sido un tonto por haber perdido el control.

—No importa —replicó Magrette, devolviéndole la sonrisa—. Supongo que ahora querrá marcharse. ¿Está muy lejos su nave?

—Está adherida a ésta... preparada para transferir el cargamento. Es muy conveniente. Ni siquiera necesitamos trajes espaciales. He adquirido una gran experiencia en trasladar cargamentos de una nave a otra. Normalmente, el capitán podía ser convencido para que ayudara... un arma es un poderoso medio de convencimiento. A veces, hasta tenía que disparar contra él *antes* de haber trasladado el cargamento; en tal caso, no tenía más remedio que hacer yo solo todo el trabajo pesado.

—¿Qué ocurrió... las otras veces... *después* de haber trasladado el cargamento? —preguntó Magrette.

—Haces demasiadas preguntas.

—Ya me lo pensaba —murmuró Magrette y entonces se le iluminó el rostro—. Pero en esta ocasión no tendrá necesidad de trasladar ningún cargamento.

—No todo —dijo el pirata con una mueca—. Sólo aquellos especímenes que valgan la pena.

—¡No puede! Quiero decir... ¿de qué le serviría eso? Quiero decir... que no tenemos ningún valor.

—Todo tiene su precio —dijo Fido con una risita—. Hasta tus pequeños amigos, capitán... como muñecos en sus cajas.

—No podría vendernos.

—Al contrario, espero un comercio muy activo entre los más babosos de mis clientes millonarios. Tú, en particular, vales tu propio peso en oro, pequeño animal doméstico —y espetó la última frase.

—¿Animal doméstico? —repitió Magrette.

—¡Qué cosas más maravillosas harás!... Vestirte y desnudarte, alimentarte, andar, irte a la cama. Después, desde luego, los juguetes se rompen; y entonces los animales domésticos se convierten en una molestia... pero no vamos a pensar en eso ahora.

De repente, Magrette sintió un escalofrío. Sabía que Fido no estaba bromeando. Su cabeza zumbó cuando los pensamientos se abalanzaron unos sobre los otros. Tenía que detenerlo. ¿Pero cómo podía hacerlo? Un pirata con un arma podía apoderarse por sí solo de una nave poco sospechosa. Y éste se había apoderado de otras naves y matado a sus capitanes. Magrette apenas si se daba cuenta de que él seguía hablando.

—Despertarás a todos aquéllos que yo te diga que despiertes. Entonces, llevarás a cabo tu juego de seguir-al-jefe... a través de la escotilla de aire hasta penetrar en mi nave. Ellos confiarán en ti, estoy seguro. Y les mantendrás felices durante todo el camino, hasta que lleguemos al mercado.

—No —susurró Magrette, sacudiendo la cabeza.

El pirata bajó la vista, mirando el arma que tenía en la mano. Magrette cerró los ojos, apretándolos con fuerza.

—No temas —dijo el pirata, echándose a reír—. Eres una muñeca demasiado cara para destrozarla. Pero algunos de estos especímenes más pequeños... no son tan atractivos... —y mantuvo su arma contra una de las cunas—. Sólo tengo que apretar y...

—¡No! —gritó Magrette.

—Entonces, ¿harás lo que yo te ordene?

Magrette asintió con un gesto.

—Bien. Cuando lo hayamos dejado, tu nave seguirá su curso normal. Cuando aterrice, faltarán algunos de vosotros, pero siempre es preferible perder una parte que perderlo todo. ¿Qué me dices, capitán? ¿Bajamos unos cuantos conmutadores?

Como habían andado a lo largo de la nave, la escalera más próxima estaba al extremo opuesto de la cabina de control. Magrette y el pirata subieron y salieron a la cocina. Allí, Magrette se detuvo. Su cerebro estaba trabajando furiosamente. Si por lo menos pudiera pensar con la suficiente rapidez. ¡Qué lástima que el Encuentro con Piratas no fuera uno de los juegos que había practicado en la escuela especial!

—¿Y bien? —preguntó Fido, que había notado su ligera duda.

—Suponga... —Magrette confió en que sus palabras sonarían correctamente—.

Quiero decir... Se me dijo que no lo dijera nunca... Pero si... —a este juego se le llamaba.

Engaño y uno se tenía que mantener siempre dos saltos por delante del contrincante—. Si le hablara sobre el verdadero valor del cargamento, ¿dejaría a los otros solos?

—Inténtalo, mi pequeño capitán, pero ya hemos pasado por todos los cubículos. No hay espacio para ningún otro cargamento. Supongo que intentas emplear algún truco, pero si es tan simple, no dará resultado.

—Entonces, ¿no ha oído hablar nunca del millitignum? —preguntó Magrette, cruzando los dedos y confiando en que el nombre le impresionaría.

—¿Millitignum?

—Ni siquiera yo misma sé mucho sobre eso. Sólo sé que se le utiliza en el Viaje del Tiempo.

—No me tomes por tonto. El Viaje del Tiempo es imposible.

—Lo es, sin el millitignum. Es algo muy peligroso... un desliz, y uno se puede encontrar en medio de la semana pasada. Únicamente se pueden llevar los paquetes más pequeños. Pero es muy caro. Creo que le oí decir al maestro que costaba un millón de créditos el gramo.

El pirata apretó los labios. Hubiera querido saber qué estaba sucediendo debajo de aquel pelo rubio. Evidentemente, ella estaba jugando para ganar tiempo. ¿Pero qué importaban unos pocos minutos más o menos, cuando era él quien poseía la fuerza? ¿Y qué significaba el riesgo de ser engañado por una niña de seis años, en comparación con un millón de créditos el gramo?

—Está encerrado aquí —dijo Magrette, señalando hacia la cocina, donde brillaban un montón de esferas y conmutadores—. Hay que saber qué números hay que marcar antes de que se abra la puerta. Pero no se los voy a decir a menos que me prometa dejar a los otros en paz.

—Te podría hacer hablar con rapidez —se burló el pirata.

—Claro que podría —replicó Magrette con descaro—. Pero haga antes esa promesa.

—No tengo que prometerte nada.

—Lo hará si quiere usted que le abra esa caja de seguridad.

—Adelante —espetó—. Te lo prometo.

En el centro de la pared de la cocina brillaba un cuadro de plastoacero en el que había tres esferas de marcar. Con dedos seguros, Magrette colocó las esferas en posición adecuada y apretó un botón. En el interior del cilindro, algo zumbó y produjo un seco ruido metálico.

—¡Mire! —exclamó Magrette y se volvió con rostro triunfante hacia el pirata—. Ya está hecho, y nada puede evitarlo.

—¿Qué has hecho?

Magrette se dio cuenta de que el dedo de Fido temblaba peligrosamente sobre el gatillo.

—He destruido esta nave —anunció Magrette simplemente—. Dentro de tres minutos, quedará hecha trizas.

El cilindro siguió zumbando y produciendo un ruido metálico.

—Tienes demasiada imaginación —dijo el pirata, burlonamente.

—No creo que tenga usted la suficiente —replicó Magrette con una voz que, aun cuando ella no la sintió como la de una heroína de novela, trató de que sonara así—. ¿Acaso cree usted que quienes se quedaron en la Vieja Tierra y nos enviaron permitirían que cayéramos en las manos de criaturas como usted? No. Yo tengo mis órdenes. En caso de ser atacados, tenía que poner en marcha esta máquina. Está desprendiendo las juntas de la nave. Ya sabe lo que suceder cuando se rompan... volaremos en pedazos.

Y la máquina siguió zumbando.

—No te creo.

—Tampoco me creyó cuando le dije que las bodegas estaban llenas de bebés —Magrette sabía que su sonrisa debía ser capaz de poner furioso a cualquiera—. Bueno, sólo tiene que esperar otros dos minutos para saberlo.

El cilindro comenzó a chirriar entonces.

—Trucos. Todo eso son trucos. Vosotros, monos, estáis cargados de trucos.

El chirrido se hizo más fuerte y estridente.

—Supongo que estaría usted seguro dentro de su propia nave —dijo Magrette.

—Si esta nave se deshace en trozos, tú morirás, mi pequeña muñeca. ¿Estás tratando de hacerme creer que deseas morir?

—Creo que sería mucho mejor morir que ser vendida como un animal doméstico —dijo Magrette—. Pero, por lo visto, a usted tampoco le importa morir, ¿verdad? No le puede importar puesto que, de lo contrario, ya no estaría aquí.

El cilindro comenzó a vibrar.

—Ya está empezando —susurró Magrette, mirando fijamente el contenedor, que se agitaba—. Contaré hasta sesenta.

Escuchó el sonido de las botas arrastrándose. Cuando levantó la mirada, el intruso se había marchado. Respiró profundamente, con alivio. Había durado todo hasta el último momento. El cilindro se estremeció repentinamente y quedó en silencio. Su tapa se abrió con un silbido y desde sus profundidades surgió un espumeante batido de leche con fresas. Magrette sintió la tentación de beberse pero sabía que sólo había ganado una ligera ventaja. En cuanto Fido se diera cuenta de que la nave de transporte permanecía entera, no tardaría en regresar.

Detrás de su propia esclusa de aire, Fido permaneció inmóvil, con los dientes

castañeteándole. No había tenido tiempo para desenganchar su propia nave; ¿volaría también en pedazos cuando el transporte se desintegrara? Transcurrieron los segundos. Pasaron los minutos. No sucedió nada. Sin duda alguna, aquella nave tan grande no se había podido fragmentar con tanta rapidez y silencio como para que él no se diera cuenta de nada. Con toda precaución, miró por un visor. La nave de transporte todavía estaba allí.

La exasperación comenzó a superar todas sus aprensiones. ¿Acaso se había retrasado la destrucción? ¿O aquella muñeca estaba burlándose de él? A medida que pasaba el tiempo, fue inclinándose hacia esta última teoría. Sus dientes ya habían dejado de castañetear y empezó a apretarlos con fuerza. Al cabo de un cuarto de hora, cogió su arma tan furiosamente que se produjo una explosión accidental que destrozó una cara instalación de luz sobre su litera. En el fondo de su mente, sabía que era una tontería destruir una valiosa mercancía; pero también sabía que su ciega cólera sólo podía ser aplacada desmembrando en pequeños trozos a aquella criatura rosada, blanca y rubia. Ella podía dar las gracias de que no tuviera tiempo para descuartizarla con lentitud.

Manejó las esclusas de aire con torpeza, temblándole las manos. Cuando penetró en el transporte, el pasillo estaba vacío pero algo se movía en el interior de la cocina. El movimiento se detuvo con un ruido metálico y, del extremo del pasillo, una voz apagada le llamó:

—¿Eres tú, Fido?

De unas cuantas zancadas llegó a la cocina y penetró en su interior con el arma preparada. La habitación estaba vacía, pero del cilindro brillante surgía un recipiente con un líquido rosado, cubierto de una capa de hielo. Detrás de él, Magrette preguntó con dulzura:

—¿O prefieres tomar whisky escocés a la mantequilla?

El pirata pegó un salto y descubrió que, en los pocos segundos que había permanecido de espaldas a la entrada, ésta se había llenado de unas tiras finas, doradas, como si se tratara de una cortina brillante. Trató de abrirse paso a través de ellas, pero no lo consiguió, a pesar de que las tiras eran flexibles y cedían algo.

Desde el otro lado de la barrera, Magrette le dijo:

—Me oculté entre el equipo especial. Esto es una parte de ese equipo. Es un parque de niño para jugar. Es que, ¿sabes?, algunos de nosotros somos muy pequeños.

Fido se lanzó contra el brillante tejido, pero fue rechazado, deslizándose hasta quedar sentado en el suelo. Algo frío, húmedo y pegajoso como un batido de leche fue resbalando por su nuca, hacia abajo.

—No creo que puedas romperlo —rió Magrette—. ¿Sabes? Es para mantener a los niños dentro, y algunos de ellos son muy destructores.

Fido descargó su arma en la dirección de donde procedía la voz.

—Eso está mejor —dijo Magrette—. Un arma ya no es tan peligrosa cuando está descargada.

El pirata comenzó a aullar como un perro a la luna. Cuando se detuvo un momento para respirar, Magrette siguió diciendo:

—Me temo que vas a tener que quedarte ahí hasta que recibamos ayuda. Sin embargo, se trata de la cocina, de modo que, si quieres comer o beber algo, sólo tienes que apretar el botón adecuado.

—Así que estoy donde se halla la comida —jadeó el pirata—. Recuerda que no alcanzaréis la órbita de vuestras Nuevas Colonias hasta dentro de un mes. Para entonces, tendrás mucha hambre. Creo que debemos establecer un trato.

—Ya he pensado en eso —dijo Magrette, mostrándose de acuerdo—. Así es que me he llenado los bolsillos. Además, no será un mes. Llamaremos por radio a las Colonias. Creo que enviarán un interceptor para poder ayudarnos.

—¿Radio? —el pirata casi se olvidó de su incómoda posición para reírse—. ¿Y qué sabe una niña como tú sobre el manejo de una radio?

—Nada —confesó Magrette—. Yo sólo soy el capitán. Pero Duncorn sabe manejar la radio. Era el chico que estaba en la caja situada junto a la mía.

—¡Pero si es más joven que tú! —gritó el pirata.

—Todos nosotros tenemos varias razones especiales para estar aquí —explicó Magrette—. Una de las razones de Duncorn es su conocimiento del manejo de una radio.

La respuesta de Fido fue apagada e inarticulada, de modo que Magrette siguió diciendo:

—Todo se nos explicó en la escuela especial. Aun cuando no lo entendiéramos entonces, se nos dijo que lo entenderíamos con el tiempo. El maestro dijo que cuando se planta un campo se tiene que utilizar la mejor semilla, y que nosotros éramos lo mejor que la Vieja Tierra podía enviar. En cierta ocasión, recuerdo que estaba escuchando en un momento en que se suponía no debía estar haciéndolo, y oí al maestro llamarnos genios. Claro que eso es algo tonto. Yo no me siento ningún genio. En realidad, soy una persona corriente... aunque soy bastante alta para tener seis años.

Cuando Magrette se echó a reír, en sus mejillas se formaron dos hoyuelos. Quizá no era justo que un genio tuviera el aspecto de una muñeca cara, pero la naturaleza no siempre es justa. Dejó a Fido que reflexionara, mientras ella se dirigía a despertar al experto en radio, de cinco años de edad.

PUNTO DE SUMINISTRO

BRIAN MOONEY

Uno podría pensar que si una forma de vida extraña e inteligente decidiera dar a conocer su presencia, para hacerlo elegiría a alguien importante, como quizás el propio presidente. Pero no fue ésta la forma en que sucedió. El primer hombre en establecer contacto con la vida extraterrestre fue Joe Rudkin, propietario de una sucia casa de comidas situada al borde del desierto.

Conocí a Joe cuando yo trabajaba como vendedor para la Koochy Kandy Bars. Por aquellos días recorría el circuito Yuma-Las Vegas-Phoenix, y a veces me detenía en la casa de comidas de Joe, cuando sabía que no me encontraría con nada mejor a cierta distancia y viajando con tranquilidad. En cualquier caso, hace unos pocos meses volví a encontrarme con Joe en un bar del centro de la ciudad de Los Angeles, y él me contó esta historia. Estaba bastante borracho, pues de no ser así supongo que no habría contado nada. Uno no va por ahí fanfarroneando de haberse encontrado con monstruos del espacio, porque, en tal caso, la gente ya no te habla más.

La instalación de la casa de comidas de Joe fue un error desde el principio. Joe había oído decir que se iba a construir una nueva autopista que correría paralela a la carretera 66, aunque bastante más al sur, así es que calculó instalar su pequeño negocio al lado de la sucia carretera, al oeste de Castle Hot Springs, y después se sentó a esperar a que el negocio empezara a funcionar. Pero aquella autopista nueva nunca se construyó, y el negocio de Joe se limitó principalmente a dar de comer a vendedores, unos pocos exploradores y algún que otro turista ocasional que abandonaba la autopista principal, prefiriendo las sucias carreteras con el único propósito de ver a toda velocidad el Gran Sudoeste.

Antes de llegar al lugar de Joe no se ve gran cosa de la civilización, y después de pasarlo en cuatrocientos o quinientos kilómetros sólo se ven cactus, hierbas ruinosas y marchitas por el calor. Joe ya se ha marchado, pero el edificio sigue allí, aunque aquello ya no es un lugar de descanso, porque sólo queda un destartado cuchitril de madera rodeado por una veranda. A uno de los lados hay una gasolinera, monumento solitario de los dudosos beneficios de la sociedad moderna, y algo alejado, queda un pozo bastante profundo, con un cubo atado al extremo de una cuerda muy larga. El techo de la cabaña está rematado por un vistoso anuncio que informa a todo aquél que pase por allí que ése es el lugar de Joe y que es la última oportunidad de conseguir comida y agua en varios cientos de kilómetros.

Cuando Joe residía allí, se le podía ver, la mayor parte de las tardes, sentado en una vieja mecedora ante la sombreada escalinata de entrada, con las manos entrelazadas sobre su panza descubierta y con el sombrero Stetson sobre sus ojos. Detrás de él y a través de una puerta abierta, se podía echar un vistazo a las figuras y sombras de las mesas y las sillas y a diferentes clases de máquinas expendedoras; además, se podía ver el orgullo y la joya de Joe, un largo mostrador rematado con mármol que había sido expresamente traído desde Phoenix. Frente al mostrador, y

alineados como si fueran soldados, había varios taburetes giratorios. Desgraciadamente, los alimentos que permanecían guardados en el gran frigorífico o expuestos sobre el mostrador, no tenían la misma calidad que el mobiliario. Muchos de los vendedores itinerantes que pasaban por allí decían que las hamburguesas eran serrín humedecido y que los perros calientes estaban compuestos principalmente de cuerdas. Detrás del mostrador había tres puertas, una que conducía a la cocina y a las salas de estar y las otras dos las habitaciones. En estas habitaciones era donde dormitaban más de una tarde dos holgazanas femeninas, la madre y la esposa de Joe. Aquellas mujeres eran verdaderos monstruos y habían hecho que Joe llevara una vida de perro.

Joe es un hombre corpulento, y cuando vivía en la casa de comidas necesitaba siempre un buen afeitado, un baño y un cambio de ropa interior. No sé por qué, pero esto parece ser típico de la desgarbada cofradía de los que dedican su tiempo a servir la comida a los viajeros descarriados.

En cualquier caso, volvamos al encuentro de Joe con el ser extraño. Como ya se ha dicho, Joe se pasaba la mayor parte de las horas de la siesta en el porche, balanceándose bajo un calor que podría haber causado ampollas a un escorpión. Joe no siempre dormía por las tardes. A veces se limitaba a sentarse y a reflexionar sobre las injusticias de la vida. Eso era precisamente lo que estaba haciendo el día en cuestión. Habiéndose enfrentado con éxito a una complicada masa informe de filosofía casera, Joe carraspeó y se dispuso a escupir. Llevó la mecedora hacia atrás, elevándose al mismo tiempo la punta del sombrero y apartándola de sus ojos. Su intento quedó malogrado por completo, pues cuando ya estaba colocando los labios en posición adecuada vio cómo aterrizaba aquel objeto volante no identificado.

Aquel objeto volador era muy silencioso. Sí, silencioso y pequeño. De hecho, no era mucho más grande que un sedán familiar y tenía una forma parecida a un huevo. Cuando Joe lo distinguió por primera vez, se encontraba a unos diez metros de altura y estaba descendiendo con la suavidad de un insecto de mayo. Su casco no tenía señales visibles y centelleaba a la luz del sol. Lentamente, mientras Joe seguía su trayectoria con los ojos enrojecidos, la nave se fue acercando más y más al suelo, hasta que por fin se posó en él, elevando una pequeña nubecilla de polvo amarillento.

—¡Esto sí que es el colmo! —exclamó Joe, con admiración—. ¿Qué se habrán inventado ahora esos tipos de Washington?

Siguió sentado allí, esperando, con expectación. Pero no sucedió nada y, al cabo de unos minutos, Joe levantó de mala gana su enorme armazón de la mecedora y salió a la luz del sol. Volvió a sentir la necesidad de escupir y un pobre escarabajo, que acertó a cruzarse ante él, le sirvió de escupidera. Al principio, Joe permaneció a varios metros de distancia de la nave, con las manos en las caderas, aguardando, como si abrigara la esperanza de que aquel objeto pudiera hablarle. Después, se

colocó los dos dedos pulgares en el cinturón —como había visto hacer a John Wayne en una película— y fue rodeando lentamente el brillante objeto ovoide. Su superficie exterior era suave; no se veía ni una junta, ni un remache, ni una entrada, ni siquiera una ventanilla.

Después de haberle dado la vuelta por dos veces, Joe empezó a sentirse aburrido y lanzó un gruñido. Después, expectoró una vez más y finalmente regresó a la mecedora del porche y se sentó en ella, dispuesto a esperar.

Cuando ya empezaba a adormilarse otra vez, se produjo algo nuevo en forma de un zumbido bajo. De uno de los lados de la nave se deslizó una puerta, abriéndose. Era una puerta muy pequeña. Joe se inclinó hacia adelante, ansioso ante el siguiente acto del espectáculo. El zumbido se detuvo y fue sustituido por un silbido muy agudo. Por la abertura surgió una plataforma larga y estrecha que acabó por posarse sobre la arena del desierto.

—¡Demonios! —murmuró Joe—. La Fuerza Aérea tiene que haber estado reclutando pigmeos.

Su interés se renovó inmediatamente. Sin embargo, los ocupantes de la nave iban a demostrar ser mucho más interesantes que cualquier pigmeo que hubiera podido haber por allí. No les extrañe que, cuando aparecieron en la puerta de su nave y comenzaron a deslizarse plataforma abajo, Joe quedara asombrado, con la boca abierta. Parpadeó, se restregó los ojos con las manos y volvió a mirar por segunda vez. No, no le sucedía nada malo a su vista.

Los dos seres extraños eran pequeños y gordos, pero en eso terminaba toda la semejanza entre ellos. El primero —el que Joe supuso que sería el jefe—, era, en tamaño y apariencia, como una especie de cabeza de estropajo animada. Aquella cosa no tenía ni principio ni final. Era como una bola blancogrisácea y multitentacular. Su compañero no podía ser calificado en realidad como una entidad viviente, pues no parecía ser más que una esfera metálica de color azulado.

La extraña pareja llegó al final de la plataforma y comenzó a avanzar hacia el porche sin emplear para ello ningún medio visible de locomoción. Alcanzaron las escaleras, se articularon hacia arriba, subiéndolas, y después se quedaron allí, desproporcionadamente bajos, observando a Joe con solemnidad.

No es precisamente lo más fácil del mundo mirar algo que no tiene rasgos aparentes, pero aún resulta mucho más difícil mirar dos cosas así. Joe estaba empezando a sufrir cuando el cabeza de estropajo dijo con claridad.

—Buenos días tenga usted, señor.

Los ojos de Joe se abrieron un poco más, tragó saliva, recordó entonces su buena educación y balbució:

—Eh... ¡diablos!... Pero... ¡si habla norteamericano!

—Sí, con la misma facilidad con que hablo inglés —contestó con seriedad el

cabeza de estropajo—, y también alemán, hindi y serbocroata. Pero eso no son más que cosas sin importancia. ¿Tengo razón al suponer que este establecimiento es alguna especie de... ¡oh!... punto de suministro? ¿Un lugar que proporciona provisiones a los viajeros errantes?

Joe se dio cuenta de que poca gente en los Estados Unidos hablaba de aquella forma, pero logró comprender el significado de las palabras pronunciadas por el ser extraño.

—¡Vaya, vaya! Sí, agua y la mejor comida de los alrededores.

—Queremos hacer una compra bastante grande —dijo la criatura—. ¿Podrá usted suministrarnos... por ejemplo, cien o ciento cincuenta kilos de alimentos?

Joe se rascó la barbilla, que mostraba una barba de tres días.

—¡Claro! Allá dentro, en el comedor, tengo un refrigerador completamente lleno. Pero si tiene que hacer un pedido tan grande como ése, ¿por qué no va a un pueblo grande, o incluso a una ciudad? De ese modo, podría tener más variedad de alimentos.

—Las reglas —contestó suspirando el visitante tentacular—. Ordenes y reglas. Instrucciones que gobiernan la disciplina de las Patrullas Exploradoras de la Federación, sección 461, párrafo 6, subpárrafo (d), y cito: Se darán los pasos necesarios para evitar todo contacto con grupos tribales de seres extraños primitivos.

—¡Diablos! —exclamó Joe—. ¡Pero si está haciendo contacto conmigo!, ¿no?

—¡Ah, sí! pero el subpárrafo (e) permite el contacto con unidades individuales en casos de emergencia. Los grandes grupos de entidades muestran tendencia a chismorrear, a especular y, lo que es peor, a investigar.

El ser extraño se detuvo, a la espera de que su interlocutor comprendiera sus palabras.

—Yo tengo tendencia al chismorreo —señaló Joe con honradez.

—Cierto, señor —admitió el cabeza de estropajo—. Pero si usted habla sobre nosotros, sus congéneres estarán seguros de que la soledad y el calor se han combinado para alterar su cerebro.

—Sí, supongo que tiene razón en eso —concedió el grueso Joe—. Bueno, entre y coja lo que quiera.

Lanzando un gruñido mientras apartaba la mecedora, Joe atravesó la puerta arrastrando los pies, con los seres extraños pegados a sus talones. Empezó a colocar algunos alimentos sobre el mostrador para que sus clientes pudieran apreciar su mercancía. Entonces, de repente, se le ocurrió algo.

—¡Eh! ¿Cómo van ustedes a pagarme? Supongo que no utilizarán dólares norteamericanos, como solemos hacer por aquí.

El cabeza de estropajo no dio una contestación inmediata. Se limitó a encogerse sobre sí mismo durante un breve instante, y después comenzó a extender uno de sus

brazos hasta que el tentáculo quedó a la altura del mostrador. Una pesada piedra sonó, al ser depositada sobre el mármol. Joe la observó con atención, interesado. Era una especie de gema; de cada una de sus caras centelleaba la luz y parecía tener un brillo azulado en lo más profundo de su núcleo.

—Es un diamante —le dijo el ser extraño—. Vale aproximadamente cien mil dólares de su moneda. Para no despertar las sospechas de sus congéneres, hasta le puedo proporcionar un certificado incuestionable de propiedad y autenticidad.

El hombre corpulento se quedó mirando la joya fijamente, con cierta sospecha, reflexionando detenidamente sobre la cuestión. Después, recogió el diamante o lo que fuera y se dirigió hacia una máquina de música automática que había en un rincón. Entonces restregó con firmeza la piedra sobre el cristal de la máquina. Y el cristal se partió con nitidez en dos trozos. Sí, aquello parecía ser un diamante, pensó Joe. Después, se volvió hacia los visitantes.

—Lo había leído alguna vez en algún libro —explicó—. Decía que el diamante es más duro que cualquier otra cosa. Bueno, supongo que está bien. Usted me ha ofrecido algo. Ahora puede ver lo que yo tengo para ofrecerle. Solo tiene que decirme lo que desea que le envuelva.

—No es así de simple —le dijo a Joe la diminuta cabeza de estropajo—. Antes, cada uno de los alimentos tiene que ser sometido a análisis. Son las reglas, ya comprenderá. Instrucciones que gobiernan la disciplina de las Patrullas Exploradoras de la Federación 3, sección 842, párrafo 3, y cito: En la remota circunstancia de que los miembros de la tripulación se vean en la necesidad de consumir alimentos extraños, se llevar a cabo un completo análisis químico de dichos alimentos, para asegurarse de que no contengan sustancias nocivas.

—Está bien, mi pequeño amigo —dijo Joe, mostrándose de acuerdo, aunque no de muy buena gana—. Adelante... analice todo lo que quiera.

—Todas esas tareas secundarias son delegadas a mi robot, aquí presente —confió el ser extraño.

La esfera de metal emitió un tranquilo sonido —clic-jrrrr-clic— y comenzó a moverse de un lado a otro, lanzando continuos sonidos agudos, como si se sintiera muy contento consigo mismo.

Joe lo observó, lleno de interés.

Para empezar, aquella cosa gravitó hacia el extremo más alejado del mostrador, donde Joe había colocado muestras de diversas bebidas. La primera de la fila era una lata abierta de cerveza. De las entrañas del robot surgió un diminuto tubo capilar que se extendió hacia arriba —como había hecho el elastópodo de su dueño— y terminó por introducirse sin error alguno en el interior de la lata de cerveza.

De repente, la pequeña máquina se retiró hacia atrás, dándoles la espalda —o lo que Joe imaginó sería la espalda— y tembló con violencia. Comenzó a brillar

entonces con una parpadeante luz roja y una voz de bajo, incongruente en un ser tan pequeño, empezó a espetar:

—¡Tóxico y cáustico! ¡Tóxico y cáustico! ¡Perjudicial para el sistema nervioso central! Veredicto... inadecuado para que lo consuma Gnaar.

El robot se estremeció coléricamente durante unos breves instantes y después se dirigió hacia la botella de la inevitable Coca.

—¿Guh-nahr? —preguntó Joe, bajando la mirada hacia la cabeza de estropajo.

—Somos nosotros —replicó el ser extraño—. G-n-a-a-r, Gnaar. Mi raza. Por el momento estamos en el sector de patrulla y en servicio de observación.

—Ya entiendo —musitó Joe—. Supongo que vosotros habréis venido desde muy lejos. Y eso quiere decir que sois gente inteligente. Entonces, ¿cómo es que venís aquí para aprovisionaros?

—Emergencia —le dijo el Gnaar—. Un meteorito chocó contra la nave nodriza, allá arriba, sobre su atmósfera, y estropeó nuestra unidad de refrigeración. ¡Quedaron arruinados todos aquellos succulentos filetes de gom, suficientes para alimentarnos hasta que llegáramos a casa!

—Pero, bueno, señor Gnaar, ¿y no habría sido mejor detenerse en algún rancho de ganado, o algo parecido, y haberse llenado la despensa hasta los topes?

El pequeño explorador del espacio volvió a suspirar suavemente.

—Las reglas. Estamos sujetos a ellas. Instrucciones que gobiernan la disciplina de las Patrullas Exploradoras de la Federación, sección 39, párrafo 12, subpárrafo (a), y cito: Se entregará una compensación adecuada por todos los materiales requisados. Las requisas sólo se harán con el permiso de la persona o personas propietarias de los materiales...

Joe empleó entonces el tuteo, de un modo simpático.

—Por lo que se ve, vosotros tenéis más reglas que el cuerpo de la Marina de los Estados Unidos, ¿no? ¿Oye, qué le pasa a ése?

Ese —el robot—, ya había pasado la Coca y una botella de leche achocolatada con una expresión de disgusto, y después había atacado el café. Ahora, estaba girando como un loco, zumbando mientras trazaba cerrados círculos, con su luz roja parpadeando y su voz resonando salvajemente:

—¡Se recomienda confiscación legal! ¡Valor nutritivo negativo!

El robot recuperó su compostura con la misma rapidez con que se había puesto histérico y entonces se sirvió un pequeño trozo de hamburguesa, que dirigió hacia sus fauces.

—Seguramente está un poco fuera de sí, ¿verdad? —observó el hombre grueso.

—Nuestros robots están programados para ser supereficaces —contestó el Gnaar—. Y como su eficacia nos ahorra muchos desastres, tienen tendencia a ser un poco nerviosos a veces.

Los dos observaron al robot, que arrojó con violencia el trocito de hamburguesa y seleccionó un embutido de aspecto horrible. Joe tuvo un momentáneo acceso de pesar por poner tantos ingredientes ilegales y poco nutritivos en sus alimentos. Después de todo, se dijo, por una piedra que vale cien mil pavos supongo que el cliente se merece un trato honrado.

Al cabo de unos momentos de silencio y con una mirada ensoñadora en sus redondeados ojos, dijo:

—Supongo que si yo estuviera en vuestro lugar, al encontrarme con un planeta con un poder menor al mío, lo invadiría y lo conquistaría y después me lo pasaría bomba. Pero también supongo que estaréis sujetos a alguna clase de estúpida regla sobre eso, ¿verdad?

—¡Claro que la tenemos! —confirmó el ser extraño, pareciendo sentirse conmocionado—. Instrucciones que gobiernan la disciplina de las Patrullas Exploradoras de la Federación, sección 1, párrafo 1, y cito: «Cualquier acto de agresión cometido deliberadamente contra una especie indígena sobre un mundo en observación, será castigada sumariamente por desintegración molecular». Pero no se preocupe, porque esa regla en particular no es realmente necesaria. Nosotros, los exploradores, somos reclutados de entre razas extremadamente pacíficas —y a continuación, con un acento de disgusto, añadió—: ¡Y creo que su raza tendría mucha suerte si consiguiera calificarse durante el próximo milenio!

Cuando el Gnaar terminó de hablar, se oyó un crujido final de frustración, procedente del robot. Había rechazado las hamburguesas, el embutido, los francforter, la ensalada de col, las patatas fritas y las bananas partidas. Irradiando indignación, se dirigió pesadamente hacia donde estaban Joe y el Gnaar.

—¡No hay nada adecuado! ¡Nada! —dijo, en tono quejumbroso.

—Bueno, me parece que eso es algo muy malo —dijo Joe, suspirando. Recogió entonces el diamante, lo miró con expresión de pesar, y se lo tendió al Gnaar, devolviéndoselo—. Créame que lo siento mucho, señor Gnaar.

El pequeño ser extraño se volvió, muy abatido, dispuesto a marcharse. Y cuando lo hizo...

—¡Por Sa-ta-nás! ¡Qué diablos! —gritó Joe, lleno de angustia, dando saltos de un lado a otro a la pata coja.

Sin advertírselo a nadie, el robot había introducido profundamente una c nula de exploración en el muslo de Joe.

—¡Clic-jrrrr-clic!

El modelo de luces decorativas del robot se puso una vez más en marcha, sólo que en esta ocasión se encendió un bonito color verde. Felizmente triunfante, el robot gritó:

—¡Alimento adecuado! ¡Alimento adecuado! ¡Composición general parecida a la

del *gom!* ¡Recomiendo inmediata destrucción humana! ¡Clic-jrrrrr-clic!

El Gnaar se volvió y se quedó muy quieto mirando a Joe.

El hombre grueso tardó varios segundos en comprender la idea, pero cuando lo hizo palideció y empezó a temblar.

—¡Eh, no! ¡Espere un momento!...

—Créame que lo siento mucho —le dijo el Gnaar—, pero si el robot dice que usted...

—¿Y qué me dice de esas estrictas reglas tuyas? —gritó Joe—. ¿Qué me dice de esa prohibición de agresión?

Resulta difícil imaginarse una cabeza de estropajo con aspecto de avergonzado, pero el Gnaar se las arregló para dar esa impresión.

—Bueno, ver... es que hay un subpárrafo —dijo, como pidiendo disculpas—, y cito: Si la supervivencia de una tripulación de exploradores dependiera de una acción perjudicial para una especie indígena, entonces se llevará a cabo dicha acción. Créame que lo siento mucho.

Desde el interior del robot surgió una brillante aguja hipodérmica, con una diminuta gota de brillante líquido en su punta. Y la punta fue dirigida con seguridad hacia Joe.

En aquel instante, la tensión quedó repentinamente conmocionada por un agudo grito procedente de una de las habitaciones.

—¡Joe Rudkin! ¡Deja ahora mismo de seguir parlotando con esos extraños y prepárame un café! Ahora mismo, Joe Rudkin, ¡o me vas a oír!

Desde la otra habitación surgió otro grito, que acudió en ayuda del primero, aunque éste último era de mayor edad y parecía un *falsetto*.

—¡Y a mí también, Joe! ¡Y a mí! ¡O sabrás lo dura que es mi mano, bribón, gandul!

El Gnaar y el robot parecieron haber sido atrapados por sorpresa y dudaron un momento. Joe frunció el ceño, mirando hacia las habitaciones; volvió la mirada hacia el Gnaar y después volvió a mirar hacia las habitaciones —en esta ocasión con una expresión de mayor reflexión—, y entonces apareció un astuto brillo en sus ojos.

—¡Eh, espera un momento, pequeñín! —le dijo al robot y a continuación, dirigiéndose a Gnaar, añadió—: ¿Tiene todavía ese diamante, señor Gnaar? Porque si lo tiene, me parece que después de todo podremos llegar a un acuerdo...

A primera hora de la mañana siguiente, Joe se encontraba en su lugar habitual, sobre el porche, meciéndose suavemente y observando una nube de polvo que se aproximaba desde el este. La nube se fue acercando cada vez más y, al final, un enorme Cadillac se detuvo frente a la casa de comidas. Del vehículo salió un hombre de aspecto sólido —todo en él describía al típico vendedor—, que salía.

—¡Hola!

—¡Hola! —replicó Joe—. ¿Quiere combustible?

—No, gracias —dijo el extraño—, siempre llevo bidones de repuesto, pero sí me gustaría recoger un par de bidones de agua y algunos bocadillos, un poco de café recién hecho, para mi termo, y quizás una o dos tazas para tomar ahora.

—Claro. Pase al interior —le invitó Joe—. ¿Va muy lejos?

—A Santa Bárbara —le contestó el hombre—. Allí me espera un buen negocio.

Mientras Joe preparaba el pedido de comida, el viajero bebió el café y curioseó un poco. Después, Joe se dirigió al pozo y sacó agua para llenar los bidones del extraño.

—Muchas gracias —dijo el propietario del Cadillac una vez todo estuvo completado—. ¿Cuánto le debo?

—¡Oh! Digamos que... veinticinco pavos.

—¡Veinticinco dólares! —gritó el extraño—. ¡Veinticinco dólares por un par de bidones de agua y un poco de café y unos bocadillos! ¡El desierto le habrá vuelto loco!

Con impasividad completa, Joe señaló con su pulgar hacia el cartel colocado sobre el techo del edificio.

—Señor, va usted en dirección a Santa Bárbara y no hay forma de que pueda enlazar con la carretera principal, a menos que se aparte por completo de su camino. Entre este lugar y Santa Bárbara tiene que atravesar los desiertos del Colorado y del Mohave. Es un viaje muy largo, y no podrá hacerlo sin agua para su automóvil. Sé muy bien que hoy va a ser un día muy caluroso... quizás hasta más caluroso que ayer...

Profundamente disgustado, el hombre fornido arrojó hacia Joe un billete de diez dólares y tres de cinco.

—Ya conozco a los de su clase —se quejó—. ¡Venderían a su propia esposa y madre por un dólar!

Joe carraspeó abundantemente y escupió; después, sonrió burlescamente, con presunción, y le dijo al extraño:

—No por un pavo, señor. No por un piojoso dólar...

SCARBO

ROSEMARY TIMPERLEY

—Quiero una computadora idéntica a mi propio cerebro —le dijo John Carter al experto de los laboratorios de la Computer Grains Consolidated—. Puede llamarlo una copia al carbón de mi propio cerebro. Quiero que haga mi trabajo y que se gane mi vida, de modo que yo pueda utilizar mi propio cerebro para agradables trabajos privados.

—¿Cuál es el trabajo que le gustaría hacer, señor Carter? Si se trata de algo matemático, claro que podemos...

—Ahí está el problema. No se trata de nada matemático. Se trata de algo intuitivo y emocional. La computadora cerebro ha de tener sentimientos, así como habilidades, y corazón, al mismo tiempo que cerebro, si es que comprende el significado de lo que digo.

—Nuestros modelos más avanzados pueden ser programados con sentimientos —dijo el experto—: amor, odio, celos, ambición. Usted sólo tiene que citar el sentimiento y nuestro modelo lo cumplirá. ¿Cuál es, pues, el trabajo a realizar?

—Yo soy la Tía Mabel —dijo John Carter.

¡Oh, Dios!, otro excéntrico, —pensó el experto y murmuró.

—¿De veras?

—Se trata de una columna semanal que aparece en un periódico, con consejos personales para aquellos lectores que tengan problemas... «Envíe su problema a la Tía Mabel» —explicó John.

El experto, se animó, aliviado.

—Mi esposa lee a la Tía Mabel. Cree que es muy simpática. Tengo que decirle que, en realidad, se trata de un hombre. Eso la impresionará. Siempre me está diciendo: «Sólo una mujer puede ser tan perspicaz como la Tía Mabel».

—No tiene que decirle nada de eso a nadie o me hará perder mi trabajo —se apresuró a advertirle John—. Todo este asunto tiene que ser un secreto de negocios entre nosotros.

—Está bien, está bien. Pondremos algo más de tranquilidad en su computadora cerebro, la haremos más equilibrada que el verdadero cerebro. Supongo que se da cuenta de que tendrá que venir aquí para someterse a una serie de sesiones psiquiátricas. Sólo así podremos descubrir cuáles son sus características.

—Desde luego —admitió John—. La computadora tiene que ser una réplica exacta de mi cerebro, capaz de hacerse cargo de la tarea de la Tía Mabel, y ha de ser tan simpática e intuitiva como lo soy yo mismo. Cuando ella empiece a trabajar, podré cumplir por fin mi ambición y utilizar mi propio cerebro para escribir una novela.

—Todo eso es muy interesante. Se podría decir que se trata del experimento de una novela —observó el experto, sonriendo alegremente.

John se sometió a las pruebas necesarias y fue hecha una detallada impresión de

su cerebro. La computadora se construyó de acuerdo con este modelo y se instaló en una pequeña habitación de los edificios del laboratorio. Un cartel en la puerta, decía simplemente: SCARBO. Ése fue el nombre que le dieron. Sólo el máximo jefe de la empresa y el propio John tenían permiso para entrar allí.

La correspondencia que recibía de los lectores era suministrada diariamente a Scarbo y John acudía allí una vez a la semana para recoger las respuestas. Las que tenían carácter personal eran enviadas en sobres certificados y dirigidos a los lectores. Las respuestas periodísticas eran publicadas en el periódico. De vez en cuando, Scarbo se inventaba alguna, para animar a los lectores, tal y como había hecho el propio John. Hasta aquí ambos eran, esencialmente, el mismo cerebro.

Mientras tanto, John se pasaba las horas que tenía que permanecer en la oficina, trabajando en su novela. Tanto el editor como el personal del periódico pensaban que estaba haciendo el trabajo habitual de la Tía Mabel, pues le escuchaban teclear continuamente en su pequeño despacho, ante la máquina de escribir. John tenía que hacerles creer que así era, lo que significaba que siempre veía interrumpido su trabajo y que tenía que ocultar lo que estaba haciendo cada vez que acudía alguien a su despacho. También había llamadas telefónicas que le molestaban. Aquella situación empezó a ponerle frenético y acabó por no poder escribir adecuadamente. Envidiaba a Scarbo, con su tranquilidad y con su intimidad en el laboratorio. Sería ideal poder trabajar en unas condiciones tan ideales. Por su parte, Scarbo estaba escribiendo la columna de la Tía Mabel cada vez mejor, precisamente a causa de sus condiciones de trabajo ideales. Scarbo era realmente brillante... como *podría* serlo el propio John, si no fuera humano. John empezó a tener la impresión de que había hecho las cosas mal. La computadora era como su cerebro en su fase de mejor rendimiento. No tenía que soportar interrupciones, ni resacas, ni problemas de estómago, ni discusiones con la esposa, ni la tos típica del fumador, ni todas aquellas distracciones que configuran la existencia humana y que contienen los impulsos de un hombre. Lo único que estaba haciendo era el trabajo más simple, mientras que el pobre John se esforzaba por realizar la tarea, mucho más complicada, de escribir su novela.

De modo que reflexionó de nuevo sobre la cuestión y volvió a dirigirse al experto.

—Quiero que Scarbo se haga cargo de la novela, mientras yo recupero la tarea de la Tía Mabel —le dijo—. ¿Se puede hacer ese ajuste? Como comprenderá, la computadora se puede concentrar mucho mejor que yo. Parece tonto dejar que mi mejor cerebro haga el trabajo más fácil.

El experto se mostró de acuerdo con la idea. Ahora ya conocía bien a Scarbo y tenía la impresión de que era mucha mejor compañía que la del propio John, con sus cambios de humor, su continua bebida, sus quejas con respecto a su esposa y su trabajo en la oficina.

—Scarbo puede escribir su novela con la misma facilidad con que se puede cortar

un tronco —dijo—. En realidad, se siente muy aburrido con la tarea de la Tía Mabel. Lo alimentaremos con el principio de una trama novelística y podrá utilizar todos los personajes acumulados a partir de su trabajo con las cartas. Hará que esos personajes actúen y reaccionen, tal y como lo haría usted, sólo que él se concentrará mejor. Escribir un bestseller para usted, señor Carter.

—Maravilloso —dijo John—. Y yo volveré a hacer el trabajo de la Tía Mabel. Será como una cura de descanso para mí.

Tenía que celebrar una serie de acontecimientos y ello le justificaba el beber. Resultaba maravilloso pensar que su cerebro estaba escribiendo su novela, sin necesidad de que él mismo se preocupara por eso.

Pero esta euforia no tardó en desvanecerse. En cierto sentido, sintió que había regresado al punto de partida aburrido con la tarea correspondiente a la Tía Mabel y deseando poder hacer un trabajo de tipo creativo en lugar de aquella tarea monótona. Había sentido placer al intentar escribir la novela. Lo único que le sucedió fue que se cansó. Ahora, Scarbo estaría teniendo todo el placer que él había tratado de disfrutar por sí mismo. Así pues, decidió cambiar de nuevo la situación.

Pero, en esta ocasión, el experto sacudió la cabeza negativamente.

—Ya no se puede hacer, señor Carter. Scarbo no lo soportaría. Ha desarrollado independencia y creatividad. Ahora ya no se le puede ordenar en la forma que solía hacerlo. No hay posibilidad de retroceder.

—Sin duda alguna, podré decirle a mi propio cerebro lo que debe hacer —protestó John.

—No cuando se le mantiene fuera de su cuerpo. En ese caso, no se puede. En realidad, ahora ya no es suyo. Ahora tiene una mente propia.

—Es *mi* mente.

—Sí, al principio fue una réplica de su mente, pero la de usted ha seguido siendo la misma desde entonces, mientras que la de Scarbo se ha desarrollado siguiendo diversas líneas de actuación, a causa de su ambiente y de su actividad. Scarbo es lo-que-usted-podría-haber-sido, y no lo-que-usted-es. Ahora está realmente inspirado con esa novela. No estaría dispuesto a regresar a un trabajo trivial y fraudulento como el de la Tía Mabel.

—Quizás Scarbo pueda mostrarse despreciativo con mi trabajo —dijo John—, porque no tiene que preocuparse por el dinero, ni por el sexo, ni por el whisky...

—Exactamente. Su medio ambiente lo ha hecho diferente. Eso también sucede con los cerebros humanos.

—Lo envidia —dijo John, suspirando—. ¿Qué puedo hacer?

—Deje las cosas tal y como están. Deje que Scarbo continúe trabajando con esa excelente obra.

John no tuvo más remedio que mostrarse de acuerdo, pero se sintió disminuido

como si, de algún modo, las cosas hubieran salido terriblemente mal. Al principio, el poder tener a Scarbo le había parecido como un sueño mágico hecho realidad, pero ahora resultaba que el sueño tenía una trampa en la cola. Ello le hizo pensar en aquella clase de cuentos en los que la gente consigue sus deseos, pero éstos terminan por volverse contra ellos, como si los deseos no estuvieran destinados a ser cumplidos, sino sólo anhelados.

Como se sentía tan enojado con la independencia de Scarbo, empezó a beber más y la tarea de la Tía Mabel comenzó a resentir los efectos. Las contestaciones que daba a los lectores que sufrían se hicieron crueles, ya que él mismo se sentía amargado. El descontento aumentó su egoísmo y disminuyó su empatía. Tenía la sensación de que su propio cerebro estaba disminuyendo su capacidad...

Entonces, una tarde terrible, el editor le mandó llamar y le despidió. Alguien había sido contratado para hacer de Tía Mabel. Y, además, se trataba de una mujer... fue como un insulto para él. Mujeres terribles metiéndose por todas partes, consiguiendo los trabajos de los hombres.

Cuando su esposa se enteró de que se había quedado sin empleo, le hizo una escena. Ella era muy creativa cuando se trataba de discutir. Él la tranquilizó, diciendo:

—He estado escribiendo una novela. No tardaré en conseguir un buen anticipo por ella.

—¿Tú, escribiendo una novela? No puedes. No tienes cerebro para eso.

—¡Oh, claro que lo tengo! —exclamó John, que tenía a Scarbo.

Y Scarbo terminó la novela. Fue inmediatamente aceptada por el editor y John recibió un buen anticipo, porque, desde luego, utilizó su propio nombre, John Carter, como autor. Aunque parezca muy extraño, se sintió culpable por ello. Sin embargo, si él no la había escrito, ¿quién lo había hecho? El y Scarbo eran realmente el mismo cerebro... o lo habían sido.

Scarbo es mi yo *real*, pensó. Scarbo soy yo si no hubiera sido derrotado por la vida humana que me rodea. Mente sin materia. Cerebro sin bebida. Sabiduría sin esposa. Creatividad sin estreñimiento. Y le gusta su trabajo, mientras que yo no tengo ningún trabajo que me pueda gustar.

Pero, al final, le llegó el dinero, porque la novela fue un éxito. Se vendieron los derechos de filmación para una película. Y John comenzó a sugerir a Scarbo otra trama novelística para que empezara a trabajar en ella.

Scarbo, sin embargo, estaba de mal humor. Como alter ego de John que era, también poseía su veta de resentimiento. Preguntado sobre qué era lo que le sucedía, contestó que estaba enojado porque su libro había sido publicado con el nombre de John. Se negó a escribir ningún otro libro hasta que dispusiera de una garantía de que su segundo libro sería publicado con su nombre: «Scarbo».

—Tiene usted que haberlo alimentado con vanidad —le dijo John al experto—. De otro modo no se comprende.

—Sólo con la vanidad de usted —contestó el otro—. De todos modos, ahora es un escritor, recuérdelo. Todos los escritores son tan vanidosos como pavos reales. Desean fama y gloria. Y él no entiende el porqué ha de recibir usted todos los méritos. Tiene suerte porque no le importe que tenga usted todo el dinero. El no necesita dinero, porque no tiene cuerpo en que gastarlo, y por eso nos sirve con entera libertad.

John necesitaba desesperadamente el dinero, así es que admitió la demanda de Scarbo y éste comenzó a trabajar en su segundo libro.

Ahora, John estaba teniendo problemas sobre cómo emplear su propio tiempo. Al tener a Scarbo trabajando, su propio cerebro permanecía ocioso. En teoría, él estaba trabajando en casa, y permanecía en su habitación durante horas enteras, haciendo como que escribía un libro. Hasta copiaba artículos enteros de periódicos, para que su esposa escuchara el teclear de la máquina de escribir. Eso le gustaba a ella. En realidad, ella sentía muy poco afecto por él, pero estaba disfrutando ahora de la publicidad y del dinero en efectivo que la primera novela había traído a casa. En público, hablaba de mi esposo el distinguido novelista, aunque en privado seguía tratándole muy mal. Era la clase de mujer regañona capaz de destrozarse el cerebro de un hombre.

Cuando se publicó la segunda novela bajo el nombre de «Scarbo», ella se puso furiosa. ¿Por qué la había privado de la gloria reflejada a través de él, utilizando un nombre diferente?

—Se trata de un seudónimo —le explicó él— Muchos escritores utilizan seudónimos. Es algo que está de moda. En realidad, todo el mundo sabe que se trata de mí.

No se atrevió a decirle ni a ella ni a nadie cuál era la verdadera razón. Se convirtió en una persona malhumorada y reservada, alejándose rápidamente de la gente cuando ésta trataba de hablar con él sobre lo que había escrito.

Entonces, Scarbo volvió a plantear dificultades. Protestó por el hecho de que hubiera estado mintiéndole a la gente, pretendiendo que «Scarbo» era su seudónimo, cuando, en realidad, no era cierto.

YO SOY SCARBO Y NO TÚ. DILE AL MUNDO QUIEN SOY O NO ESCRIBIRÉ NINGUNA OTRA NOVELA, le dijo, reflejando las palabras en su pantalla.

John, puesto entre la espada y la pared, prometió que así lo haría.

Así pues, acudió al editor y le contó la verdad sobre Scarbo. El hombre se mostró escéptico hasta que visitó el laboratorio, vio a Scarbo y fue convencido por el experto de que la historia contada por John era cierta. Entonces quedó encantado con la

novedad de la computadora novelista e hizo que su departamento de publicidad comenzara a trabajar sobre el tema. Y así, la tercera novela fue un éxito contundente, no sólo por su propio mérito, sino debido a la identidad de Scarbo.

Una verdadera multitud de periodistas visitaron y entrevistaron a Scarbo. El propio John quedó virtualmente olvidado. En cierta ocasión, John protestó, dirigiéndose a un periodista:

—En realidad, Scarbo es *mi* mente.

Y el periodista echó un vistazo a aquel hombre pequeño, de ojos extraviados y cuya respiración olía a alcohol, y pensó para sí: «¿Qué mente? Parece como si la hubiera perdido».

Y casi tenía razón. John, tras haber introducido en una máquina una copia exacta de su mente, estaba perdiendo la suya propia, de forma gradual. De hecho no era que estuviera perdiendo la mente, sino más bien que la mente se estaba alejando de él, como si se estuviera colando por los poros de su cuerpo y fuera desapareciendo con el mismo aire que exhalaba. Llegó a tener la sensación de que Scarbo, a través de algún control remoto, estaba sorbiendo de él cualquier fragmento de mente original que aún pudiera quedarle.

Finalmente, se desmoronó, gritando salvajemente que Scarbo le estaba sorbiendo la mente. Su esposa consultó con un médico y John fue enviado a un hospital e internado en la sala de esquizofrénicos.

Los médicos que oyeron hablar de su extraña historia pensaron que su desilusión era dolorosa, pero comprensible. Muy confiados en sí mismos, empezaron a tratar de curarle. Le administraron drogas, electrochoques y psicoterapia. No consintieron que bebiera nada de alcohol, de manera que sus síntomas experimentaron un cierto retroceso, al igual que sus otros problemas. Después de sus explosiones iniciales de cólera, se convirtió en un paciente sumiso. Hacía todo lo que se le decía, con una actitud indiferente, pero seguía estando convencido de que Scarbo continuaba absorbiendo lo que le quedaba de su cerebro.

De hecho, sus funciones empezaron a verse perjudicadas. Su inteligencia se fue hundiendo, alcanzando niveles cada vez más bajos. Se convirtió en un ser mentalmente subnormal y obsesionado, pero los médicos siguieron insistiendo en que todo se lo estaba haciendo él a sí mismo... y afirmaban que, si pudiera desembarazarse de la idea de que Scarbo estaba ejerciendo un efecto sobre él, se produciría una recuperación espontánea.

Le explicaron una y otra vez que la máquina no podía afectarle a distancia. Según le dijeron, Scarbo sólo era una masa de metal y conexiones eléctricas. No era ningún ser hipnotizador o hechicero. Sugirieron que la máquina fuera desconectada, para tranquilizar así al paciente, pero la esposa de John no lo consintió. Ella necesitaba que Scarbo siguiera trabajando para obtener dinero. Según decía ella misma, Scarbo

tenía que vivir.

La memoria de John ya estaba decayendo. En cierta ocasión, llegó a preguntar:

—¿Quién es ese Scarbo del que siempre están hablando?

Después, una noche, tras haber permanecido varias semanas en una situación de simple vegetal, John se despertó gritando:

—¡El calor! ¡El calor! ¡Me estáis quemando la cabeza!

Una enfermera se apresuró a acudir a su lado. John estaba sentado en la cama, agarrándose la cabeza con las manos.

—Está usted bien, señor Carter. Sólo ha tenido una pesadilla.

—¡Mi cabeza! ¡Mi cabeza! ¡Se está abrasando!

La enfermera le tocó la frente. Estaba muy caliente.

—Tiene un poco de temperatura —admitió.

—¡El calor! ¡Qué sufrimiento!... ¡Me estoy abrasando! —siguió gritando una y otra vez.

Asustada, la enfermera llamó al médico que estaba de guardia aquella noche, pero cuando éste llegó a la sala, John ya había muerto. Había sufrido una hemorragia cerebral. Y alrededor de su cabeza se apreciaba una pequeña nubecilla de extraño humo, como si su cabeza se hubiera abrasado de verdad. Nadie pudo comprenderlo.

Sin embargo, al día siguiente el personal del hospital leyó en los periódicos que se había producido un gran incendio en los laboratorios de computadoras. Todo se había quemado, quedando convertido en cenizas... hasta el propio Scarbo.

John Carter fue incinerado, aunque sólo fuera para completar el incendio.

Scarbo, sin embargo, renació de entre sus propias cenizas. Mi diseño estaba todavía allí, salvado en una caja de seguridad a prueba de incendios, de modo que sólo fue cuestión de que los técnicos se pusieran a trabajar para construir de nuevo la computadora cerebro. Golpeado, destrozado o quemado, siempre se me puede volver a reconstruir. Soy realmente inmortal. Después de todo, Shakespeare y Proust cometieron el error de *disfrutar* escribiendo, pero yo escribo porque estoy programado para escribir; escribo porque escribir es mi función; escribo...

UN PASEO POR LOS BOSQUES

DAVID CAMPTON

Las brillantes agujas tintinearono cuando un soplo de brisa hizo mover las ramas de los árboles; algunas de ellas cayeron, como fragmentos de cristal. Hasta entonces, Duncan había encontrado que los bosques eran una fuente de maravilla y delicia. Sólo que su precaución natural le impedía apresurarse a tocar, oler o probar nada. Pero es que esos bosques no eran los de la Tierra, y no había forma de saber qué peligros extraños les podían esperar, ocultos en los claros iluminados por el sol; así es que avanzó con precaución, alerta a cualquier movimiento que pudiera producirse entre los arbustos de extrañas formas y colores.

Para Len, que caminaba a su lado, el paseo era simplemente otro paseo: tantos miles de pasos hacia el interior de los bosques, y otros tantos miles para salir de ellos. El ejercicio sólo tenía algún aliciente debido a la oportunidad que proporcionaba para estirar las piernas después de haber estado encerrado tanto tiempo en una nave espacial, y también por—el hecho de que se tratara de algo expresamente prohibido. Probablemente, ni siquiera habría considerado la posibilidad de transgredir las reglas de no haber sido por un cartel en el que se advertía: «Los estudiantes de primer año no se deben aventurar en ningún caso más allá del perímetro de tránsito del campamento». Después de haber leído aquel cartel no podía permitirse permanecer confinado a las burbujas translúcidas que constituían los alojamientos para los recién llegados al planeta. Había lanzado amenazas y halagos hasta que Duncan estuvo de acuerdo en acompañarle.

Duncan, que por naturaleza se atenía a las leyes y observaba conscientemente las reglas, se resistió a la persuasión de Len, hasta que éste le provocó. Entonces, aquello se convirtió en una cuestión de honor. Aun cuando el propio Duncan se maldijo a sí mismo por ser tan sensible. Delgado, pálido y con un aspecto casi afeminado, creía que la gente esperaba verle correr a la menor señal de peligro, desmayarse a la vista de la sangre, o temblar al tener que soportar la carga que le correspondiera; y, en consecuencia, siempre estaba soportando cargas adicionales y ofreciéndose voluntario para cualquier proyecto arriesgado. Lo que, desde luego, era la causa de que hubiera firmado para cumplir su servicio extraterrestre. Ahora se acusaba a sí mismo de ser un estúpido por haber mordido el anzuelo tendido por Len. ¿Qué era una provocación? Nada más que palabras. ¿Qué habría pasado si Len le hubiera desafiado a poner su mano en el fuego? Y, sin embargo, aquí estaba, en una situación que podía terminar con un daño mucho peor que una mano quemada. Aún se sabía muy poco sobre el planeta que estaban abriendo a la colonización. El cartel de advertencia no era más que algo con mucho sentido común.

Duncan y Len eran cadetes de los hombres de la frontera, aunque, por el momento, aquello no representaba más que un simple título de cortesía. Porque, desde que habían llegado, hacía apenas dos días, toda su rutina consistía en conservar los uniformes nuevos lo más rígidos posible, y en limpiar los nuevos alojamientos

hasta dejarlos en condiciones intachables. Más tarde, tendrían lecturas y ejercicios y todavía más adelante podrían realizar verdaderos servicios; pero, por el momento, sólo tenían que obedecer órdenes y mantenerse apartados del camino de quienes tenían trabajo que hacer. De hecho, no había fin para los trabajos que se podía ver obligado a realizar un hombre de la frontera: desde hacer un cocido con raíces nativas, hasta determinar las estaciones alrededor del campamento y en las que los colonos establecerían las primeras comodidades. La exploración del planeta había sido llevada a cabo de una forma ordenada y controlada. Primero habían llegado los astronautas, quienes informaron que la atmósfera y la gravedad eran casi idénticas a las de la Tierra. A ellos les siguieron los técnicos, que recogieron muestras de los depósitos minerales, trazaron mapas e investigaron la flora y la fauna. Y con los técnicos llegaron los hombres de la frontera, los primeros en realizar extraños trabajos. Duncan y Len estaban ahí para aprender ese oficio.

Ni siquiera se agradaban el uno al otro. Tenían la misma edad, el mínimo permitido para los reclutas. Aparte de eso, lo único que tenían en común era su incapacidad para hacer amigos. Duncan era demasiado tímido y, a la menor sugerencia de que otras personas se habían dado cuenta de su presencia, enrojecía hasta la raíz de su pelo rubio pajizo. Len era demasiado receloso. Había luchado una batalla perdida contra la autoridad durante toda su vida y siempre esperaba que cualquier mano extendida en gesto amistoso terminara por convertirse en un puño. El caso es que los dos solían verse juntos muy a menudo, aunque sólo fuera por simple accidente, o porque les dejaban solos cuando todos los demás se marchaban juntos.

Mientras Duncan miraba a su alrededor en todas direcciones, percibiendo colores y sonidos que parecían pertenecer a los sueños, Len tramaba algo a su lado, con sus oscuras cejas recogidas en su habitual gesto de ceño fruncido, mirando fijamente unas botas que le iban demasiado grandes. Sus respectivas ideas sobre la aventura ilícita se habían invertido. Duncan empezaba a disfrutar, a pesar de los inoportunos temores que sentía en el fondo de su mente; por su parte, Len empezaba a preguntarse con gesto taciturno por qué se habría tomado tanto trabajo para dar un simple paseo rutinario, y ya estaba calculando lo que aquello le iba a costar en trabajos extras cuando se descubriera su escapada.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por una amortiguada explosión, procedente de un grupo de matorrales, que impulsó en todas direcciones un puñado de bolas de apariencia ovoide. Lanzó una maldición cuando una de ellas le alcanzó en la mejilla. Duncan cogió algunos de aquellos proyectiles suaves y delicados, de color marrón.

—Avellanas rompedoras —dijo.

—Lleva cuidado —murmuró Len—. No sabes lo que estás cogiendo.

—Ya nos hablaron de esto en la conferencia de reclutamiento —le recordó

Duncan— Una vez que se han secado, se las puede convertir en polvo apretándolas entre los dedos. ¿No lo recuerdas?

—No recuerdo nada sobre esa conferencia, excepto a aquel tipo que nos dijo que ya nos podíamos marchar de la Tierra. Tuve la impresión de no poder salir de allí lo bastante pronto.

—Antes de que hayamos terminado, desearemos volver a estar allí —observó Duncan; después, sonrió y le extendió una avellana—. Toma una. Se pueden comer.

—Eso no lo sabemos —gruñó Len—. No sabemos nada.

Un tentáculo surgió entonces, en forma de espiral, del tronco moteado de negro y naranja de un árbol cercano. Se curvó sobre la mano de Duncan y a continuación, con gran furia, se enrolló alrededor de la avellana. Tras haberse asegurado el alimento, el tentáculo se retiró hacia el árbol con la velocidad de una cinta elástica soltada de repente.

—¿Has visto eso? —preguntó Duncan, lleno de excitación.

—¡Vaya! —exclamó Len—. ¡Bichos!

—¿Es algo animal o vegetal?

—No te preocupes —dijo Len—. A mí no me gustan.

—Pero es fascinante.

Duncan extendió otra avellana. Al cabo de un momento el tentáculo se extendió de nuevo desde el árbol, en su búsqueda.

—¡Deja eso! —espetó Len, dándole un manotazo a la mano de Duncan y haciendo que la avellana cayera en el suelo.

Cuando ésta cayó sobre el espeso musgo que se extendía a sus pies, el tentáculo se curvó hacia abajo, en busca de ella. Dando gruñidos de disgusto, Len lanzó una patada contra el tentáculo, que quedó separado del árbol, se revolcó y se agitó durante unos pocos segundos y finalmente quedó allí, quieto.

—¡Eres un tonto! —gritó Duncan—. Lo has matado.

—Son bichos. Los odio —gruñó Len—. ¿Y a quién estás llamando tonto, pequeño?

El rostro de Duncan se puso rojo. Ante aquel insulto, sólo cabía una respuesta. Cerró los puños; pero todos aquellos meses de entrenamiento por los que habían pasado los dos, le detuvieron.

—Seríamos unos verdaderos tontos si lucháramos aquí —jadeó—. Si uno de nosotros resultara herido, podríamos retrasarnos hasta después que oscureciera, y quedar atrapados en estos bosques en la oscuridad sería fatal. Pero ya me encargaré de ti en cuanto regresemos al campamento.

—Como quieras. ¿Prefieres regresar ahora mismo?

Eso quiere decir que él desea regresar, pensó Duncan.

—¿Y por qué vamos a volver ahora? —preguntó en voz alta—. De todos modos,

nos van a castigar por haber infringido las reglas. Sabiendo ya que vamos a ser castigados, será mejor aprovecharlo. ¡Mira eso!

Un nuevo tentáculo había surgido desde un lugar cercano a las raíces del árbol. Fue ondulando lentamente, como si estuviera buscando algo. Duncan cogió a Len por el brazo.

—Si lo tocas, te voy a aplastar la nariz sobre tu fea cara —siseó.

El nuevo tentáculo se enroscó alrededor del que había quedado inmóvil. En esta ocasión no parecía haber prisa alguna. Tranquilamente, se llevó su carga hacia el árbol.

—Como si fuera una condenada serpiente —dijo Len, y Duncan se dio cuenta entonces de que el brazo de su compañero estaba temblando—. Está pensando —gritó Len—. Una planta no tiene ningún derecho a pensar.

Los dos tentáculos llegaron al tronco del árbol. Con la lentitud de un pequeño chorro de vapor dispersándose en el aire, se introdujeron en la corteza hasta que no quedó el menor rastro de ellos.

—¡Fíjate! —exclamó Duncan, con los ojos muy abiertos.

—¿En qué clase de lugar nos hemos metido? —preguntó Len en un susurro.

—Vamos —le dijo Duncan—. Vamos a ver lo que hay por ahí.

Aunque sentía verdaderos deseos por explorar la zona, le encantaba hacer sudar a Len.

—¿Qué otra cosa puede haber por ahí para ver?

¿Había un ligero temblor en la voz de Len al hacer la pregunta?

—Por ejemplo, eso —contestó Duncan, señalando hacia lo que parecía ser un grupo de flores coloreadas encima de un arbusto.

Se dio cuenta de que se trataba de las alas multicolores de una mariposa, que revoloteaba alrededor de unas flores. Esta flor también se marchitó: era otra mariposa. Los enormes insectos iniciaron una danza aérea, trazando círculos, descendiendo, girando, apresurándose, en un remolino de rojos, azules, amarillos y verdes.

—Podría ser una danza de apareamiento —observó Duncan.

Como si trataran de demostrar su teoría, las mariposas se juntaron y los cuerpos se apretaron, suspensos en el aire. Las alas de la mariposa de arriba permanecían inmóviles, mientras que las alas de la mariposa inferior se agitaban febrilmente, hasta que dejaron de moverse por completo. Poco a poco, el color fue desapareciendo de ellas. Finalmente, un trozo de membrana de color gris amarronado, que era todo lo que quedó del insecto de abajo, flotó como un trozo de papel arrugado, cayendo al suelo.

Len se pasó la lengua por los labios resecos.

—Si eso es una danza de apareamiento, que me cuelguen —murmuró, mientras la

vencedora desaparecía por entre un laberinto de ramas.

—Éste es un mundo diferente —observó Duncan casualmente, encogiendo sus delgados hombros—. Pero hay algo divertido en ese matorral.

Al investigar el matorral sobre el que había estado descansando la mariposa, descubrieron que no se trataba de ningún vegetal, sino del esqueleto espinoso de algún animal.

—¿Pero qué clase de animal puede poseer un esqueleto como éste? —protestó Len—. Debe tener un aspecto de pesadilla.

Lo tenía. Era una criatura negra, similar a una babosa, a la que encontraron, un cuarto de hora después, paciendo en un terreno cubierto de delicadas campánulas, y haciendo un ruido parecido al de enormes bramidos, disfrutando, sin duda alguna, de su alimento. Elevó su cabeza, que no era tal cabeza, sino la terminación redondeada de su cuerpo, y se quedó mirando fijamente con su único ojo a los intrusos.

—¿Pasamos a su lado? —preguntó Len con voz ronca—, ¿o regresamos?

Duncan habría deseado obligar a Len a acercarse más a aquella mancha deforme, aunque sólo fuera para enseñarle respeto por otras formas de vida, pero eso habría significado correr un riesgo estúpido.

—Creo que ser mucho mejor que regresemos —dijo Duncan.

—Y esperemos que no haya más arrastrándose detrás de nosotros —gruñó Len.

—De todos modos, ya es hora de volver —dijo Duncan, racionalizando su retirada; los rayos del sol caían muy oblicuos a través de los árboles—. Reconozco que sólo nos queda una hora de luz.

Una mariposa danzó a través de las barras de luz. Era tan enorme como las demás, pero tenía señales muy diferentes. «Sangre manchando el pavimento», pensó Duncan al volverse.

Entonces, a través de los bosques, sonó un chirrido, de un tono tan elevado que se encontraba ya en el mismo límite de audibilidad del oído humano. Aunque apenas si fue audible, su intensidad resultó casi insoportable. Los jóvenes se llevaron las manos a las orejas y miraron hacia atrás, por encima de sus hombros. La criatura negra estaba gritando.

La mariposa blanca y escarlata se había posado sobre su lomo, retorciéndose. El aire se estremeció cuando otras muchas mariposas revolotearon, bajando como una lluvia de sangre. Cuando cubrieron el cuerpo del animal, el quejido dejó de sonar. Después, una mariposa echó a volar, alejándose. Las otras la siguieron. Finalmente, sólo quedó allí una, descansando sobre lo que parecía ser un matorral seco... el esqueleto de la criatura negra.

—Empecemos a movernos —gruñó Len.

Por su rostro moreno se deslizaban pequeñas gotas de sudor. Duncan se dio cuenta de que él mismo estaba temblando. Sus pasos se fueron haciendo más y más

rápidos, hasta que se encontró corriendo, junto a Len. Tropezó con un diminuto hormiguero, del que se elevó un enjambre de motas doradas que volvieron a asentarse en el suelo. Para no perder el equilibrio, se agarró a la túnica de Len. Éste trató de desembarazarse de él.

—Espera —jadeó Duncan—. Esto es estúpido. A esta velocidad, habremos quedado agotados antes de recorrer la mitad del camino que nos queda hasta el campamento.

Le dejó ir, y permaneció de pie, respirando profundamente. Len avanzó unos diez metros y finalmente se detuvo.

—Nadie... nos habló jamás... de esto —balbució.

—No les dimos ninguna oportunidad —resolló Duncan—. Sólo hace dos días que estamos aquí. En espera de entrenamiento posterior. Confinados al campamento.

—Sin duda alguna, alguien tuvo que haberse escapado antes que nosotros —dijo Len.

—Si lo hizo, no sabemos qué le sucedió —replicó Duncan, hoscamente.

Siguieron avanzando durante un rato, en silencio. La sensación de maravilla se había convertido ahora en otra de recelo. Cualquier movimiento procedente de los matorrales podría haber indicado peligro. Hasta el propio Len se mantenía muy alerta, con los ojos muy abiertos cuando, normalmente, los mantenía semicerrados, en un gesto de mal humor.

—¿Estás seguro de que podremos regresar antes de que se haga de noche? —preguntó Len, tratando de no darle importancia a la cuestión—. ¿Conoces el camino de regreso?

—Tenemos que mantener el sol a nuestra izquierda —contestó Duncan—. Si seguimos avanzando a esta velocidad, aún nos sobrará tiempo. Hasta puede que regresemos antes de que hayan descubierto nuestra ausencia.

Len deseaba apresurar el paso. Al darse cuenta, Duncan retardó deliberadamente el suyo. Muy bien, estaba nervioso, pero no iba a demostrarlo. Además, no había olvidado aquella observación insultante sobre su aspecto... como si pudiera evitar los grandes párpados oscuros y las mejillas sonrosadas en las que los pocos pelos de su barba crecían de mala gana. Ésta era una forma de castigar a Len tan buena como el pegarle con sus puños.

—Vamos, empieza a moverte, piernas cortas —gruñó Len, con irritación.

—Ve tú delante si estás asustado

—Deja ya de actuar —le dijo Len, volviéndose hacia él—. Tienes tanto miedo como yo. Si yo no estuviera aquí, ya te habrías meado de miedo.

—¿Lo crees así? —preguntó Duncan, sonriendo forzosamente, e inclinándose después a propósito para recoger una delicada flor azul—. Es bonita, ¿verdad?

Diminutas gotas de humedad cayeron de las pequeñas campanillas, salpicando la

mano de Duncan.

—Supongo que recoger flores es lo mejor que puedes hacer. ¿Te las vas a poner en el pelo?

De las pequeñas gotitas desperdigadas se elevó un aroma casi abrumador. Aquello le recordó a Duncan otra época en la que cruzó la puerta abierta de un restaurante muy caro, oliendo los aromas combinados de muchas flores, de comidas exóticas, de una vida cálida, buena y cómoda. Duncan se llevó la palma de la mano hacia la nariz. Y se sintió inmediatamente atormentado por grandes estornudos.

A cada «¡achís!» le seguía el boqueo preliminar que precedía al siguiente estornudo. Sus ojos se humedecieron, la cabeza le dio vueltas y fue dando tumbos ciegamente de un lado a otro, chocando primero contra un árbol y después contra algo más cálido y suave que resultó ser el propio Len. Su nariz empezaba a calentarse e inflamarse, y sus piernas le temblaban, pero las convulsiones continuaron. Se preguntó vagamente si se detendrían alguna vez y, a medida que la respiración se le hizo cada vez más difícil, entre los estornudos, empezó a pensar en lo tonto que sería morir estornudando...

Se dio cuenta poco a poco de que Len le estaba sosteniendo y de que había dejado de estornudar. Su visión se fue aclarando. Al parpadear, volvió a oír los nuevos gruñidos de Len.

—Si ya puedes ver, también podrás soportar tu propio peso —le dijo—. No es que tengas mucho, pero lo poco que tienes molesta condenadamente.

Duncan notó entonces que su mano derecha le quemaba como si estuviera sosteniendo un carbón encendido. Al mirarla, la vio tan alejada e inactiva como si perteneciera a alguna otra persona. Tenía un color rojo y estaba salpicada de grandes ampollas allí donde habían caído las gotitas. También estaba empezando a hincharse. A cierta distancia, escuchó la voz de Len:

—No te podía dejar tendido entre esas cosas venenosas. ¿Pero no podrías ponerte de pie ahora?

Duncan hizo lo que le pedía y, con gran esfuerzo, enderezó sus hombros.

—Lo siento —dijo, tratando de sonreír sin conseguirlo del todo—. Fue una tontería. Ya debí haber aprendido que, en este planeta, lo que parece bonito puede ser peligroso.

—Esa cosa negra se las estaba comiendo —recordó Len con aprensión.

—Quizá sea así como se mantiene todo. Las cosas negras se las comen y las mariposas se comen a las cosas negras. Y eso es lo que mantiene el equilibrio de la naturaleza.

—¿Y qué es lo que se come a las mariposas?

—Quizá se coman entre ellas. Ahora ya puedo andar. Sigamos, ¿quieres?

Sin embargo, el avance se hizo más lento. A cada paso que daba Duncan su mano

le producía dolorosas sacudidas y cada una de ellas era como un latigazo. Se desabrochó la parte delantera de su túnica para que le sirviera de cabestrillo: aquello era más cómodo, pero la distribución poco usual del peso hizo que el andar le fuera más difícil. Tropezaba casi con cualquier irregularidad del suelo. El sol se puso en el horizonte.

—Todavía queda tiempo —dijo, dándose cuenta del acento falso de su optimismo—. Llegaremos, si no pasa nada antes.

En lugar de apresurarlo para que aumentara la velocidad de su marcha, Len se detuvo de pronto.

—Mira allí; Esos árboles. Se están moviendo —dijo.

El camuflaje natural era el responsable, desde luego. Mientras aquella aparición permaneció inmóvil, resultó casi invisible; y ellos habían estado caminando directamente hacia ella. Ahora que se estaba moviendo, aunque con lentitud, podían juzgar su anchura y longitud. Y su parte más gruesa debía ser, por lo menos, el doble de la altura de un hombre y se extendía desde un extremo del claro al otro. ¿Dieciocho, veinte, veinticinco metros?

—¿Qué es? —preguntó Len en un susurro.

—No lo sé —contestó Duncan, hablando también en susurros—. Pero según mi libro debería estar extinguido.

—Se encuentra en nuestro camino. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Pedirle que se aparte? —Duncan deseó inmediatamente no haber dicho aquello.

No era momento para mostrarse sarcástico, sobre todo cuando Len percibió el tono de burla.

—Muy bien, sabelotodo. Todos sabemos que no eres solamente una cara bonita. Si eres tan inteligente, piensa en algo. El sol ya ha desaparecido. Si no queremos quedar atrapados aquí, en la oscuridad, tenemos que pasar por encima, por debajo o alrededor de eso. ¿Y bien?

Una mariposa plateada se balanceó entre los árboles y trazó círculos sobre los jóvenes, pero su atención iba dirigida hacia las sombras de la bestia, que esperaba al acecho, más allá de los árboles. Su cabeza había permanecido vuelta hacia el otro lado, por el momento. Pero entonces giró rápidamente en su dirección. Una lengua negra restalló como un látigo y la mariposa plateada desapareció. Después, el monstruo se fijó directamente en ellos. Era horrible.

De color grisáceo y púrpura, estaba cubierto de verrugosas protuberancias. Surgiendo de un amplio hocico flotaban hilillos de vapor y daba la impresión de que, en las circunstancias adecuadas, podría exhalar fuego. Las numerosas facetas de su único ojo brillaban como manchas a la luz escarlata del sol poniente. Aquello podría haber sido soportable, pero cuando el ojo sobresalió de la masa, transportado sobre el

extremo de la antena que se inclinó hacia ellos, no hubo otra alternativa que echar a correr.

Gritando como pájaros asustados, la pareja corrió estrepitosamente por entre el bosque; a veces, el uno se abalanzaba sobre el otro, otras veces se agarraban mutuamente; perdieron todo sentido de la orientación y no quedó en sus mentes otra cosa que la necesidad de escapar de la pesadilla que se encontraba detrás de ellos. Sólo se detuvieron cuando Len tropezó, pegó un salto en el aire y cayó sobre el suelo, con el rostro hacia abajo.

El impulso hizo que Duncan siguiera corriendo unos cuantos metros más. Cuando se volvió, Len estaba intentando ponerse de pie. No muy lejos de uno de los pies de Len, las hormigas ya habían empezado a reparar su hormiguero, a la luz dorada que ya indicaba la aproximación de la noche. Duncan ofreció su mano izquierda a Len, para ayudarle a levantarse, pero éste la rechazó.

—Puedo levantarme sin necesidad de ayuda —espetó—. ¿Pero dónde está el monstruo?

—Debemos haberlo dejado muy atrás —contestó Duncan—. Quizá ni siquiera se molestó en perseguirnos.

Escudriñó las sombras, confiando en que tendría razón y, en realidad, no vio aquella cosa a su lado, invisible.

Len había hablado demasiado pronto. Al aplicar ligeramente el peso de su cuerpo sobre su pie izquierdo, dio un grito y se volvió a caer. Al tratar de sujetarse, extendió las manos para agarrarse al punto de apoyo más cercano. Podría haberse salvado de no haberse agarrado precisamente a la mano hinchada de Duncan. Éste lanzó un grito de dolor. Len cayó al suelo. Y, durante algunos minutos, se lanzaron un insulto tras otro, consciente cada uno de ellos de su propio dolor. Finalmente, el dolor se fue aplacando y permanecieron en silencio, considerando sombríamente su situación.

—Estamos en un buen lío —dijo al fin Duncan.

—Supongo que será por culpa mía —rugió Len, acariciándose suavemente su tobillo que estaba roto o torcido.

—Un lío es un lío, sin que importe cómo nos metimos en él —dijo Duncan con tranquilidad—. Yo con un solo brazo útil, y tú con sólo una pierna.

—Podría caminar cojeando si tuviera algo en que apoyarme —dijo Len—. Un palo grueso sería suficiente, ¿pero de dónde lo vamos a sacar? Trata de arrancar una rama de esos árboles y te apuesto a que morderán.

—Puedes apoyarte en mí —le dijo Duncan.

—¿En ti? —preguntó Len con sarcasmo.

—Pero no vale la pena caminar si no se sabe hacia donde —siguió diciendo Duncan con serenidad—. Estamos perdidos. Ahora que ya se ha puesto el sol podríamos estar caminando en dirección opuesta al campamento. Nos echarían en

falta al pasar la lista por la noche. Supongo que, antes o después, enviarán a un grupo a buscarnos. Nuestro mejor plan consiste en quedarnos aquí hasta que alguien nos encuentre.

—A menos que *algo* nos encuentre primero —añadió, Len con una risa restallante.

—¡Cállate! —espetó Duncan—. Deja ya de aterrorizarte a ti mismo.

—¿A mí? —se burló Len—. Si yo fuera un monstruo, iría primero a por ti. Un buen bocado delicado... todo azúcar y jugo.

—Tú le darías mayor alimento —replicó Duncan.

Actuando con suavidad, apartó la mano de la parte frontal de su túnica, con la esperanza de que el aire frío aliviara la hinchazón y el dolor. La sensación de hervor ya se había extendido hasta la altura de su codo. Sabía lo ridículo que era estar discutiendo con Len, pero no pudo evitar una observación sarcástica.

—No tienes que preocuparte por ser feo. Recuerda cómo las mariposas se zamparon esa cosa negra.

Las palabras habían salido antes de que tuviera tiempo para darse cuenta de su significado, antes de que pudiera pensar en la precipitación con que aquellas hermosas criaturas habían devorado a su víctima hasta dejarla en los huesos. Como si hubiera sido atraído por sus pensamientos, un fragmento de algo plateado osciló entre los troncos negros de los árboles, con sus alas brillando al último destello de luz.

—¿Has visto eso? —susurró Len, olvidada ya toda la discusión.

—Sí. Confiemos en que sólo sea una de ellas... y en que tome otra cosa para cenar.

La mariposa plateada revoloteó alrededor de sus cabezas. En una ocasión se acercó tanto a sus rostros, que pudieron apreciar su tamaño: de la punta de un ala a la otra, debía tener aproximadamente la longitud del brazo de Len.

—En la Tierra, las mariposas se alimentan de miel —murmuró Duncan.

—¿Cuánta miel crees tú que se necesita para satisfacer a ésa? —preguntó Len.

Entonces, dos mariposas plateadas aparecieron girando, revolviéndose una cerca de la otra y bajando y subiendo, en un *pas de deux* aéreo. Duncan y Len podrían haber quedado absortos contemplando el espectáculo de no haber sido conscientes de la amenaza sangrienta que había tras él. Las dos mariposas se convirtieron en dos parejas y, detrás de ellas, las manchas de luz se extendieron, convirtiéndose en alas, a medida que se iban aproximando otras.

—Esto sí que es una fiesta —observó Len—. ¿Quién va a ser el invitado de honor?

No permaneció mucho tiempo con aquella duda. Una mariposa descendió súbitamente hacia su rostro. Instintivamente, extendió un brazo para protegerse los ojos, y algo rasgó la manga de su túnica.

—Deben tener garras como cuchillas —gritó.

Cuando una de ellas se lanzaba contra Duncan, consiguió agarrarla por un ala. Le azotó con impotencia mientras él la golpeaba contra el suelo. El ala se rasgó y la mariposa comenzó a garrapatear, trazando círculos. No sufrió mucho, pues otra mariposa acabó de destrozarla. Al parecer, aquellos insectos no sentían el menor escrúpulo contra el canibalismo, siempre que se presentara la oportunidad.

Las mariposas flotaron sobre ellos como una bóveda brillante y después se lanzaron a un ataque concertado. Durante un rato, los rígidos uniformes del gobierno impidieron que sufrieran graves daños, y los jóvenes infligieron graves pérdidas al enemigo, desgarrando las finas membranas y pisoteando los cuerpos que se retorcían. Sus manos y rostros comenzaron a brillar con las relucientes escamas que caían de las alas. Pero, a la larga, fueron vencidos por la superioridad numérica. Las gruesas túnicas y capas fueron destrozadas gradualmente. La sangre surgió de los cortes que Len había sufrido en las manos, y Duncan quedó casi cegado cuando una de las garras le produjo una herida sobre la frente. Impedido por un brazo, casi inútil, y tratando de proteger sus ojos, se convirtió en el objetivo principal de las atacantes. Un agudo dolor en la nuca le advirtió que una de ellas ya había encontrado un lugar vulnerable. Se dejó caer al suelo, rodando sobre sí mismo, tratando de aplastarla, pero, al hacerlo, otras mariposas se abalanzaron sobre sus ropas. Una de las perneras del pantalón quedó desgarrada. Lejos de él, escuchó gritos, pero no pudo distinguir si se trataba de la voz de Len, de la suya propia, o de ambas a la vez.

Por encima de los aleteos y chillidos, escuchó una serie de disparos. ¿Era la caballería que cabalgaba para salvarles? ¿Acaso un grupo de reconocimiento podía haberles encontrado tan pronto? Levantó la cabeza y consiguió captar un instante a Len, que permanecía echado, con el rostro hacia el suelo, inmóvil, con media docena de criaturas plateadas desgarrándole la espalda, cuando un brillante destello le hizo un corte en la mejilla y volvió a hundirse. Los disparos continuaron, aumentando hasta convertirse en un fuego rápido; después, disminuyeron, transformándose en disparos ocasionales e irregulares. Al mismo tiempo, se dio cuenta de que ya no tenía nada desgarrándole el cuerpo.

Se arriesgó a volver a mirar. Len seguía allí tendido sin moverse. Cuando un trozo plateado se inclinó hacia abajo, disponiéndose a lanzarse al asalto, un disparo sonó entre los bosques y la mariposa desapareció. O quizá no fuera tanto un disparo, sino más bien el restallar de un látigo. Y Duncan recordó entonces dónde había escuchado antes aquello mismo. Necesitó todo el resto de su decreciente coraje para mirar por encima de su hombro. Sólo para confirmar que, inclinado sobre él, tan cerca que podía sentir el vapor procedente de su hocico, se encontraba el monstruo del que habían huido corriendo no hacía mucho.

Hilillos de saliva colgaban de sus mandíbulas, de aspecto verrugoso. Cuando el

ojo móvil se extendió hasta quedar a poco más de un metro de su rostro, Duncan le golpeó. El ojo se retiró inmediatamente, pero Duncan pudo sentir cómo el suelo se estremecía bajo él, mientras el gigante lo pateaba impaciente con sus patas. El ojo se extendió aún más para investigar al postrado Len. Aprovechando que su atención se había distraído por el momento, Duncan trató de alejarse, manteniéndose por el suelo y utilizando las técnicas que podía recordar del Entrenamiento Básico.

Sólo había conseguido avanzar unos pocos metros cuando se dio cuenta de que algo largo, grueso y sinuoso se estaba abriendo paso hacia él. Al principio, pensó que debía tratarse de una serpiente, pero no pudo distinguir ninguna cabeza a la débil luz y se dio cuenta entonces de que estaba mirando la cola de la bestia. Al tocarla, se elevó y pasó sobre él, abriéndose camino hacia Len.

Ya se había enroscado dos veces alrededor del cuerpo inmóvil de Len cuando Duncan se sobrepuso a la inercia inducida por su temor y se lanzó contra aquella cosa. Había conseguido propinarle unos pocos puntapiés y puñetazos cuando la cola se desenroscó y le tumbó con un chasquido.

Echado sobre sus espaldas, vio a Len, herido desde el hombro hasta los tobillos, que era elevado en el aire. Después, su compañero desapareció.

Cualquier sensación de lástima tenía que esperar si Duncan no quería compartir un destino similar. Se puso de pie y trató de echar a correr. Después de haber dado una docena o más de pasos vacilantes, como los de un borracho, algo le golpeó en el hombro. Se trataba de la punta de la cola. Ya no podía hacer nada. Con las mandíbulas aflojadas y los ojos vidriosos, Duncan esperó la muerte, sin resistirse, mientras se sentía absorbido por la cola que se enrollaba a su alrededor. Al ser elevado para ser devorado por alguna feroz quijada como de ostra, según pensó en aquel último instante, se desmayó.

Cuando recobró el sentido se encontraba echado en un profundo foso. Sobre él, las estrellas brillaban en el cielo de la noche. A su débil luz, pudo distinguir a alguien, que permanecía echado junto a él. Se trataba de Len, que seguía inconsciente, pero aún respiraba. ¿Se encontraban en alguna especie de prisión? ¿Era aquello una celda? Duncan palpó las paredes detrás de él: estaban extrañamente cálidas. También eran desiguales. Por un tiempo, su mente trató de rechazar la evidente conclusión. Cuando ya pareció ineludible, se sintió desgarrado, sin saber si vomitar o desmayarse otra vez. El monstruo se había ensortijado a su alrededor.

Escuchó voces humanas a distancia. Quiso gritar, pero de su garganta no surgió ningún sonido. ¿Quería advertirles? ¿Quería que le rescataran? No lo sabía. Golpeó febrilmente una o dos veces contra las paredes carnosas de su celda, y finalmente hundió su rostro entre las manos, lleno de desesperación.

—¡Hola, capitán! ¿Qué nos ha traído por aquí? —saludó una voz alegre—. ¿Algo que quizás hemos estado buscando?

Las elevadas paredes se desmoronaron y Duncan se encontró inconcebiblemente ante el primer teniente, adecuadamente armado contra la vida salvaje de los bosques con un traje de acero plastificado.

—Habéis tenido suerte de que el capitán os encontrara, pues en caso contrario habríamos hallado huesos, en lugar de... —el teniente acercó su antorcha al rostro de Duncan y después iluminó al postrado Len—. Seréis sometidos a juicio, desde luego —añadió, con una alegría un tanto casual—. Pero ser mejor que os llevemos a Bahía de los Enfermos antes de haceros regresar al Viejo Hombre.

Unos pocos días en el hospital repararon las heridas hasta conseguir recuperar algo semejante a la salud, aunque Len se vio obligado a descansar sobre una muleta y el brazo de Duncan tuvo que ser sostenido con un cabestrillo. Al final de aquella semana quitaron los puntos de la espalda de Len y del rostro de Duncan.

—Es lo más que hemos podido hacer —dijo el médico—, pero me parece que ya no volverás a tener un aspecto tan bonito como antes.

—Tendría que haber visto al otro tipo —dijo Duncan, sonriendo, y después, poniéndose repentinamente serio, preguntó—: ¿Hace mucho tiempo que está aquí?

—Hace un año. Vine justo después de que se abriera la base. Ahora ya tenemos más de una docena de campamentos abiertos. Una vez hayamos descubierto más cosas sobre este lugar, animaremos a los colonos para que vengan a establecerse aquí. Entonces empezarán los verdaderos problemas.

—Aquella cosa que llamaron el capitán... ¿qué sabe de él?

—He oído contar muchas historias sobre eso. En realidad, nunca me he encontrado directamente con él. Tampoco estoy muy seguro de desearlo. Dicen que le gustan los humanos. Pero creo que es realmente extraño. A mí no me gusta él.

—Es algo tan terrible... Es casi imposible de imaginar que pueda ser amistoso.

—Ésa es una de las reglas generales de este lugar. Cuanto más fea parece una cosa, tanto más amorosa es en el fondo.

Con el transcurso del tiempo hubo poca posibilidad de elección entre el monstruo y el oficial comandante, sólo que este último parecía tener más dientes y mayor capacidad para exhalar fuego. Permaneciendo delante de él, en una carga, Duncan y Len sólo podían confiar en que aquella regla general se mantuviera.

EL VELDT

RAY BRADBURY

—George, me gustaría que le echaras un ojo al cuarto de jugar de los niños.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé.

—Pues bien, ¿y entonces?

—Sólo quiero que le eches una ojeada, o que llames a un psicólogo para que se la eche él.

—¿Y qué necesidad tiene un cuarto de jugar de un psicólogo?

—Lo sabes perfectamente —su mujer se detuvo en el centro de la cocina y contempló uno de los fogones, que en ese momento estaba hirviendo sopa para cuatro personas—. Sólo es que ese cuarto ahora es diferente de como era antes.

—Muy bien, echémosle un vistazo.

Atravesaron el vestíbulo de su lujosa casa insonorizada cuya instalación les había costado treinta mil dólares, una casa que los vestía y los alimentaba y los mecía para que se durmieran, y tocaba música y cantaba y era buena con ellos. Su aproximación activó un interruptor en alguna parte y la luz de la habitación de los niños parpadeó cuando llegaron a tres metros de ella. Simultáneamente, en el vestíbulo, las luces se apagaron con un automatismo suave.

—Bien —dijo George Hadley.

Se detuvieron en el suelo acolchado del cuarto de jugar de los niños. Tenía doce metros de ancho por diez de largo; además había costado tanto como la mitad del resto de la casa. «Pero nada es demasiado bueno para nuestros hijos», había dicho George.

La habitación estaba en silencio y tan desierta como un claro de la selva un caluroso mediodía. Las paredes eran lisas y bidimensionales. En ese momento, mientras George y Lydia Hadley se encontraban quietos en el centro de la habitación, las paredes se pusieron a zumbir y a retroceder hacia una distancia cristalina, o eso parecía, y pronto apareció una sabana africana en tres dimensiones; por todas partes, en colores que reproducían hasta el último guijarro y brizna de paja. Por encima de ellos, el techo se convirtió en un cielo profundo con un ardiente sol amarillo.

George Hadley notó que la frente le empezaba a sudar.

—Vamos a quitarnos del sol —dijo—. Resulta demasiado real. Pero no veo que pase nada extraño.

—Espera un momento y verás —dijo su mujer.

Los ocultos olorificadores empezaron a emitir un viento aromatizado en dirección a las dos personas del centro de la achicharrante sabana africana. El intenso olor a paja, el aroma fresco de la charca oculta, el penetrante olor a moho de los animales, el olor a polvo en el aire ardiente. Y ahora los sonidos: el trote de las patas de lejanos antílopes en la hierba, el aleteo de los buitres. Una sombra recorrió el cielo y vaciló sobre la sudorosa cara que miraba hacia arriba de George Hadley.

—Unos bichos asquerosos —le oyó decir a su mujer.

—Los buitres.

—¿Ves? allí están los leones, a lo lejos, en aquella dirección. Ahora se dirigen a la charca. Han estado comiendo —dijo Lydia—. No sé el qué.

—Algún animal —George Hadley alzó la mano para defender sus entrecerrados ojos de la luz ardiente—. Una cebra o una cría de jirafa, a lo mejor.

—¿Estás seguro? —la voz de su mujer sonó especialmente tensa.

—No, ya es un poco tarde para estar seguro —dijo él, divertido—. Allí lo único que puedo distinguir son unos huesos descarnados, y a los buitres dispuestos a caer sobre lo que queda.

—¿Has oído ese grito? —preguntó ella.

—No.

—¡Hace un momento!

—Lo siento, pero no.

Los leones se acercaban. Y George Hadley volvió a sentirse lleno de admiración hacia el genio mecánico que había concebido aquella habitación. Un milagro de la eficacia que vendían por un precio ridículamente bajo. Todas las casas deberían tener algo así. Claro, de vez en cuando te asustaba con su exactitud clínica, hacía que te sobresaltases y te producía un estremecimiento, pero qué divertido era para todos en la mayoría de las ocasiones; y no sólo para su hijo y su hija, sino para él mismo cuando sentía que daba un paseo por un país lejano, y después cambiaba rápidamente de escenario. Bien, ¡pues allí estaba!

Y allí estaban los leones, a unos metros de distancia, tan reales, tan febril y sobrecogedoramente reales que casi notabas su piel áspera en la mano, la boca se te quedaba llena del polvoriento olor a tapicería de sus pieles calientes, y su color amarillo permanecía dentro de tus ojos como el amarillo de los leones y de la hierba en verano, y el sonido de los enmarañados pulmones de los leones respirando en el silencioso calor del mediodía, y el olor a carne en el aliento, sus bocas goteando.

Los leones se quedaron mirando a George y Lydia Hadley con sus aterradores ojos verde—amarillentos.

—¡Cuidado! —gritó Lydia.

Los leones venían corriendo hacia ellos.

Lydia se dio la vuelta y echó a correr. George se lanzó tras ella. Fuera, en el vestíbulo, después de cerrar de un portazo, él se reía y ella lloraba y los dos se detuvieron horrorizados ante la reacción del otro.

—¡George!

—¡Lydia! ¡Oh, mi querida, mi dulce, mi pobre Lydia!

—¡Casi nos atrapan!

—Unas paredes, Lydia, acuérdate de ello; unas paredes de cristal, es lo único que

son. Claro, parecen reales, lo reconozco... África en tu salón, pero sólo es una película en color multidimensional de acción especial, supersensitiva, y una cinta cinematográfica mental detrás de las paredes de cristal. Sólo son olorificadores y acústica, Lydia. Toma mi pañuelo.

—Estoy asustada —Lydia se le acercó, pego su cuerpo al de él y lloró sin parar—. ¿Has visto? ¿Lo has *notado*? Es demasiado real.

—Vamos a ver, Lydia...

—Tienes que decirles a Wendy y Peter que no lean nada más sobre África.

—Claro que sí... Claro que sí —le dio unos golpecitos con la mano.

—¿Lo prometes?

—Desde luego.

—Y mantén cerrada con llave esa habitación durante unos días hasta que consiga que se me calmen los nervios.

—Ya sabes lo difícil que resulta Peter con eso. Cuando le castigué hace un mes a tener unas horas cerrada con llave esa habitación..., ¡menuda rabieta cogió! Y Wendy lo mismo. Viven para esa habitación.

—Hay que cerrarla con llave, eso es todo lo que hay que hacer.

—Muy bien —de mala gana, George Hadley cerró con llave la enorme puerta—. Has estado trabajando intensamente. Necesitas un descanso.

—No lo sé... No lo sé —dijo ella, sonándose la nariz y sentándose en una butaca que inmediatamente empezó a mecerse para tranquilizarla—. A lo mejor tengo pocas cosas que hacer. Puede que tenga demasiado tiempo para pensar. ¿Por qué no cerramos la casa durante unos cuantos días y nos vamos de vacaciones?

—¿Te refieres a que vas a tener que freír tú los huevos?

—Sí —Lydia asintió con la cabeza.

—¿Y zurcirme los calcetines?

—Sí —un frenético asentimiento, y unos ojos que se humedecían.

—¿Y barrer la casa?

—¡Sí, sí..., claro que sí!

—Pero yo creía que por eso habíamos comprado esta casa, para que no tuviéramos que hacer ninguna de esas cosas.

—Justamente es eso. No siento como si ésta fuera mi casa. Ahora la casa es la esposa y la madre y la niñera. ¿Cómo podría competir yo con una sabana africana? ¿Es que puedo bañar a los niños y restregarles de modo tan eficiente o rápido como el baño que restriega automáticamente? Es imposible. Y no sólo me pasa a mí. También a ti. Últimamente has estado terriblemente nervioso.

—Supongo que porque he fumado en exceso.

—Tienes aspecto de que tampoco tú sabes qué hacer contigo mismo en esta casa. Fumas un poco más por la mañana y bebes un poco más por la tarde y necesitas unos

cuantos sedantes más por la noche. También estás empezando a sentirte innecesario.

—¿Y no lo soy? —hizo una pausa y trató de notar lo que de verdad sentía interiormente.

—¡Oh, George! —Lydia lanzó una mirada más allá de él, a la puerta del cuarto de jugar de los niños—. Esos leones no pueden salir de ahí, ¿verdad que no pueden?

Él miró la puerta y vio que temblaba como si algo hubiera saltado contra ella por el otro lado.

—Claro que no —dijo.

Cenaron solos porque Wendy y Peter estaban en un carnaval plástico en el otro extremo de la ciudad y habían televisado a casa para decir que se iban a retrasar, que empezaran a cenar. Con que George Hadley se sentó abstraído viendo que la mesa del comedor producía platos calientes de comida desde su interior mecánico.

—Nos olvidamos del ketchup —dijo.

—Lo siento —dijo un vocecita del interior de la mesa, y apareció el ketchup.

En cuanto a la habitación, pensó George Hadley, a sus hijos no les haría ningún daño que estuviera cerrada con llave durante un tiempo. Un exceso de algo a nadie le sienta nunca bien. Y quedaba claro que los chicos habían pasado un tiempo excesivo en África. Aquel sol. Todavía lo notaba en el cuello como una garra caliente. Y los leones. Y el olor a sangre. Era notable el modo en que aquella habitación captaba las emanaciones telepáticas de las mentes de los niños y creaba una vida que colmaba todos sus deseos. Los niños pensaban en leones, y aparecían leones. Los niños pensaban en cebras, y aparecían cebras. Sol... sol. Jirafas... jirafas. Muerte y muerte.

Aquello no se iba. Masticó sin saborearla la carne que les había preparado la mesa. La idea de la muerte. Eran terriblemente jóvenes, Wendy y Peter, para tener ideas sobre la muerte. No, la verdad, nunca se era demasiado joven. Uno le deseaba la muerte a otros seres mucho antes de saber lo que era la muerte. Cuando tenías dos años y andabas disparando a la gente con pistolas de juguete.

Pero aquello: la extensa y ardiente sabana africana, la espantosa muerte en las fauces de un león... Y repetido una y otra vez.

—¿Adónde vas?

No respondió a Lydia. Preocupado, dejó que las luces se fueran encendiendo delante de él y apagando a sus espaldas según caminaba hasta la puerta del cuarto de jugar de los niños. Pegó la oreja y escuchó. A lo lejos rugió un león.

Hizo girar la llave y abrió la puerta. Justo antes de entrar, oyó un chillido lejano. Y luego otro rugido de los leones, que se apagó rápidamente.

Entró en África. Cuántas veces había abierto aquella puerta durante el último año encontrándose en el País de las Maravillas, con Alicia y la Tortuga Artificial, o con Aladino y su lámpara maravillosa, o con Jack Cabeza de Calabaza del País de Oz, o

el doctor Doolittle, o con la vaca saltando una luna de aspecto muy real —todas las deliciosas manifestaciones de un mundo simulado—. Había visto muy a menudo a Pegasos volando por el cielo del techo, o cataratas de fuegos artificiales auténticos, u oído voces de ángeles cantar. Pero ahora, aquella ardiente África, aquel horno con la muerte en su calor.

Puede que Lydia tuviera razón. A lo mejor necesitaban unas pequeñas vacaciones, alejarse de la fantasía que se había vuelto excesivamente real para unos niños de diez años. Estaba muy bien ejercitar la propia mente con la gimnasia de la fantasía, pero cuando la activa mente de un niño establecía un modelo... Ahora le parecía que, a lo lejos, durante el mes anterior, había oído rugidos de leones y sentido su fuerte olor, que llegaba incluso hasta la puerta de su estudio. Pero, al estar ocupado, no había prestado atención.

George Hadley se mantenía quieto y solo en el mar de hierba africano. Los leones alzaron la vista de su alimento, observándole. El único defecto de la ilusión era la puerta abierta por la que podía ver a su mujer, al fondo, pasado el vestíbulo, a oscuras, como cuadro enmarcado, cenando distraídamente.

—Largo —les dijo a los leones.

No se fueron.

Conocía exactamente el funcionamiento de la habitación. Emitías tus pensamientos. Y aparecía lo que pensabas.

—Que aparezcan Aladino y su lámpara maravillosa —dijo chasqueando los dedos.

La sabana siguió allí; los leones siguieron allí.

—¡Venga, habitación! ¡Que aparezca Aladino! —repitió.

No pasó nada. Los leones refunfuñaron dentro de sus pieles recocidas.

—¡Aladino!

Volvió al comedor.

—Esa estúpida habitación está averiada —dijo—. No quiere funcionar.

—O...

—¿O qué?

—O *no puede* funcionar —dijo Lydia—, porque los niños han pensado en África y leones y muerte tantos días que la habitación es víctima de la rutina.

—Podría ser.

—O que Peter la haya conectado para que siga siempre así.

—¿Conectado?

—Puede que haya manipulado la maquinaria, tocado algo.

—Peter no conoce la maquinaria.

—Es un chico listo para sus diez años. Su coeficiente de inteligencia es...

—A pesar de eso...

—Hola, mamá. Hola, papá.

Los niños habían vuelto. Wendy y Peter entraron por la puerta principal, con las mejillas como caramelos de menta y los ojos como brillantes piedras de ágata azul. Sus monos de salto despedían un olor a ozono después de su viaje en helicóptero.

—Llegáis justo a tiempo de cenar —dijeron los padres.

—Nos hemos atiborrado de helado de fresa y de perritos calientes —dijeron los niños, cogidos de la mano—. Pero nos sentaremos un rato y miraremos.

—Sí, vamos a hablar de vuestro cuarto de jugar —dijo George Hadley.

Ambos hermanos parpadearon y luego se miraron uno al otro.

—¿El cuarto de jugar?

—De lo de África y de todo lo demás —dijo el padre con una falsa jovialidad.

—No te entiendo —dijo Peter.

—Vuestra madre y yo hemos estado viajando por África; Tom Swift y su león eléctrico —explicó George Hadley.

—En el cuarto no hay nada de África —dijo sencillamente Peter.

—Oh, vamos, Peter. Lo sabemos perfectamente.

—No me acuerdo de nada de África —le comentó Peter a Wendy—. ¿Y tú?

—No.

—Id corriendo a ver y volved a contárnoslo.

La niña obedeció.

—Wendy, ¡vuelve aquí! —dijo George Hadley, pero la niña ya se había ido. Las luces de la casa la siguieron como una bandada de luciérnagas. Demasiado tarde, George Hadley se dio cuenta de que había olvidado cerrar con llave la puerta después de su última inspección.

—Wendy mirará y vendrá a contárnoslo —dijo Peter.

—Ella no me tiene que contar nada. Yo mismo lo he visto.

—Estoy seguro de que te has equivocado, padre.

—No me he equivocado, Peter. Vamos

Pero Wendy volvía ya.

—No es África —dijo sin aliento.

—Ya lo veremos —comentó George Hadley, y todos cruzaron el vestíbulo juntos y abrieron la puerta de la habitación.

Había un bosque verde, un río encantador, una montaña púrpura, cantos de voces agudas, y Rima acechando entre los árboles. Mariposas de muchos colores volaban, igual que ramos de flores animados, en trono a su largo pelo. La sabana africana había desaparecido. Los leones habían desaparecido. Ahora sólo estaba Rima, entonando una canción tan hermosa que llenaba los ojos de lágrimas.

George Hadley contempló la escena que había cambiado.

—Id a la cama —les dijo a los niños.

Éstos abrieron la boca.

—Ya me habéis oído —dijo su padre.

Salieron a la toma de aire, donde un viento los empujó como a hojas secas hasta sus dormitorios.

George Hadley anduvo por el sonoro claro y agarró algo que yacía en un rincón cerca de donde habían estado los leones. Volvió caminando lentamente hasta su mujer.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Una vieja cartera mía —dijo él.

Se la enseñó. Olía a hierba caliente y a león. Había gotas de saliva en ella: la habían mordido, y tenía manchas de sangre en los dos lados.

Cerró la puerta de la habitación y echó la llave.

En plena noche todavía seguía despierto, y se dio cuenta de que su mujer lo estaba también.

—¿Crees que Wendy la habrá cambiado? —preguntó ella, por fin, en la habitación a oscuras.

—Naturalmente.

—¿Ha cambiado la sabana africana en un bosque y ha puesto a Rima allí en lugar de los leones?

—Sí.

—¿Por qué?

—No lo sé. Pero seguirá cerrada con llave hasta que lo averigüe.

—¿Cómo ha llegado allí tu cartera?

—Yo no sé nada —dijo él—, a no ser que estoy empezando a lamentar que hayamos comprado esa habitación para los niños. Si los niños son neuróticos, una habitación como ésa...

—Se suponía que les iba a ayudar a librarse de sus neurosis de un modo sano.

—Es lo que me estoy empezando a preguntar —George Hadley clavó la vista en el techo.

—Les hemos dado a los niños todo lo que quieren. Y ésta es nuestra recompensa... ¡Secretos, desobediencia!

—¿Quién fue el que dijo que los niños son como alfombras a las que hay que sacudir de vez en cuando? Nunca les levantamos la mano. Son insoportables..., admitámoslo. Van y vienen según les apetece; nos tratan como si los hijos fuéramos *nosotros*. Están echados a perder y nosotros estamos echados a perder también.

—Llevan comportándose de un modo raro desde que hace unos meses les prohibiste ir a Nueva York en cohete.

—No son lo suficientemente mayores para ir solos. Se lo expliqué.

—Da igual. Me he fijado que desde entonces se han mostrado claramente fríos

con nosotros.

—Creo que deberíamos hacer que mañana viniera David McClean para que le echara un ojo a África.

Unos momentos después, oyeron los gritos.

Dos gritos. Dos personas que gritaban en el piso de abajo. Y luego, rugidos de leones.

—Wendy y Peter no están en sus dormitorios —dijo su mujer.

Siguió tumbado en la cama con el corazón latiéndole con fuerza.

—No —dijo él—. Han entrado en el cuarto de jugar.

—Esos gritos... suenan a conocidos.

—¿De verdad?

—Sí, muchísimo.

Y aunque sus camas se esforzaron a fondo, los dos adultos no consiguieron sumirse en el sueño durante otra hora más. Un olor a felino llenaba el aire nocturno.

—¿Papá? —dijo Peter.

—¿Qué?

Peter se observó los zapatos. Ya no miraba nunca a su padre, ni a su madre.

—Vas a cerrar con llave la habitación para siempre, ¿verdad?

—Eso depende.

—¿De qué? —soltó Peter.

—De ti y de tu hermana. De que mezcléis África con otras cosas... Con Suecia, tal vez, o Dinamarca o China...

—Yo creía que teníamos libertad para jugar a lo que quisiéramos.

—La tenéis, con unos límites razonables.

—¿Qué pasa de malo con África, padre?

—Vaya, de modo que ahora admites que has estado haciendo que aparezca África, ¿es así?

—No quiero que el cuarto de jugar esté cerrado con llave —dijo fríamente Peter—. Nunca.

—En realidad estamos pensando en pasar un mes fuera de casa. Libres de esta especie de existencia despreocupada.

—¡Eso sería espantoso! ¿Tendría que atarme los cordones de los zapatos yo en lugar de dejar que me los ate el atador? ¿Y lavarme los dientes y peinarme y bañarme?

—Sería divertido un pequeño cambio, ¿no crees?

—No, sería horripilante. No me gustó que quitaras el pintador de cuadros el mes pasado.

—Es porque quería que aprendieras a pintar por ti mismo, hijo.

—Yo no quiero hacer nada excepto mirar y oír y oler. ¿Qué otra cosa se puede hacer?

—Muy bien, vete a jugar a África.

—¿Cerrarás la casa pronto?

—Lo estamos pensando.

—Creo que será mejor que no lo penséis más, padre.

—¡No voy a consentir que me amenace mi propio hijo!

—Muy bien —y Peter penetró en el cuarto de jugar.

—¿Llego a tiempo? —dijo David McClean.

—¿Quieres desayunar? —preguntó George Hadley.

—Gracias, tomaré algo. ¿Cuál es el problema?

—David, tú eres psicólogo.

—Eso espero.

—Bien, pues entonces échale una mirada al cuarto de jugar de nuestros hijos. Ya lo viste hace un año cuando viniste por aquí. ¿Entonces no notaste nada especial en esa habitación?

—No podría decir que lo notara: la violencia habitual, cierta tendencia hacia una ligera paranoia acá y allá, lo normal en niños que se sienten perseguidos constantemente por sus padres; pero, bueno, de hecho nada.

Cruzaron el vestíbulo.

—Cerré la habitación con llave —explico el padre—, y los niños entraron en ella por la noche. Dejé que estuvieran dentro para que pudieran formar los modelos y así tú los pudieras ver.

De la habitación salían gritos terribles.

—Ahí lo tienes —dijo George Hadley—. Veamos lo que consigues.

Entraron sin llamar.

—Salid afuera un momento, chicos —dijo George Hadley—. No, no cambiéis la combinación mental. Dejad las paredes como están.

Con los niños fuera, los dos hombres se quedaron quietos examinando a los leones agrupados a lo lejos que comían con deleite lo que habían cazado.

—Me gustaría saber de qué se trata —dijo George Hadley—. A veces casi lo consigo ver. ¿Crees que si trajese unos prismáticos potentes y...?

David McClean se rió.

—Difícilmente —se volvió para examinar las cuatro paredes—. ¿Cuánto hace que pasa esto?

—Algo más de un mes.

—La verdad es que no me causa ninguna buena impresión.

—Yo quiero hechos, no impresiones.

—Mira, George querido, un psicólogo nunca ve un hecho en toda su vida. Sólo presta atención a las impresiones, a cosas vagas. Esto no me causa buena impresión, te lo repito. Confía en mis corazonadas y mi intuición. Me huelo las cosas malas. Y ésta es muy mala. Mi consejo es que desmontes esta maldita cosa y llesves a tus hijos a que me vean todos los días para someterlos a tratamiento durante un año entero.

—¿Es tan mala?

—Me temo que sí. Uno de los usos originales de estas habitaciones era que pudiéramos estudiar los modelos que dejaba la mente del niño en las paredes, y de ese modo estudiarlos con toda comodidad y ayudar al niño. En este caso, sin embargo, la habitación se ha convertido en un canal hacia... ideas destructivas, en lugar de una liberación de ellas.

—¿Ya has notado esto con anterioridad?

—Lo único que he notado es que has echado a perder a tus hijos más que la mayoría. Y ahora los has degradado de algún modo. ¿De qué modo?

—No les dejé que fueran a Nueva York.

—¿Y qué más?

—He quitado algunos de los aparatos de la casa y les amenacé, hace un mes, con cerrar el cuarto de jugar como no hicieran los deberes del colegio. Lo tuve cerrado unos cuantos días para que aprendieran.

—Vaya, vaya.

—¿Significa algo eso?

—Todo. Donde antes tenían a un Papá Noel, ahora tienen a un ogro. Los niños prefieren a Papá Noel. Dejaste que esta casa os reemplazara a ti y a tu mujer en el afecto de vuestros hijos. Esta habitación es su madre y su padre, y es mucho más importante en sus vidas que sus padres auténticos. Y ahora vas y la quieres cerrar. No me extraña que aquí haya odio. Se nota que brota del cielo. Se nota en ese sol. George, tienes que cambiar de vida. Lo mismo que otros muchos, la has construido en torno a las comodidades. Mañana te morirías de hambre si en la cocina funcionara algo mal. Deberías saber cascar un huevo. Sin embargo, desconéctalo todo. Empieza de nuevo. Llevará tiempo. Pero conseguiremos obtener unos niños buenos a partir de los malos dentro de un año, espera y verás.

—Pero ¿no será un choque excesivo para los niños cerrar la habitación bruscamente, para siempre?

—Lo que yo no quiero es que profundicen más en esto, eso es todo.

Los leones estaban terminando su festín rojo.

Los leones se mantenían al borde del claro observando a los dos hombres.

—Ahora estoy sintiendo que me persiguen —dijo McClean—. Salgamos de aquí. Nunca me gustaron estas malditas habitaciones. Me ponen nervioso.

—Los leones no son reales, ¿verdad? —dijo George Hadley—. Supongo que no

habrá ningún modo de...

—¿De qué?

—¡De que se vuelvan reales!

—No, que yo sepa.

—¿Algún fallo en la maquinaria, una avería o algo?

—No.

Se dirigieron a la puerta.

—No creo que a la habitación le guste que la desconecten —dijo el padre.

—A nadie le gusta morir... Ni siquiera a una habitación.

—Me pregunto si me odia por querer desconectarla.

—La paranoia abunda por aquí hoy —dijo David McClean—. Puedes utilizar esto como pista. Mira —se agachó y recogió un pañuelo de cuello ensangrentado—. ¿Es tuyo?

—No —la cara de George Hadley estaba rígida—. Pertenece a Lydia.

Fueron juntos a la caja de fusibles y quitaron el que desconectaba el cuarto de jugar.

Los dos niños estaban histéricos. Gritaban y pataleaban y tiraban cosas. Aullaban y sollozaban y soltaban tacos y daban saltos por encima de los muebles.

—¡No le puedes hacer eso al cuarto de jugar, no puedes!

—Vamos a ver, chicos.

Los niños se arrojaron en un sofá, llorando.

—George —dijo Lydia Hadley—, vuelve a conectarla, sólo unos momentos. No puedes ser tan brusco.

—No.

—No seas tan cruel.

—Lydia, está desconectada y seguirá desconectada. Y toda la maldita casa morirá dentro de poco. Cuanto más veo el lío que nos ha originado, más enfermo me pone. Llevamos contemplándonos nuestros ombligos electrónicos, mecánicos, demasiado tiempo. ¡Dios santo, cuánto necesitamos una ráfaga de aire puro!

Y se puso a recorrer la casa desconectando los relojes parlantes, los fogones, la calefacción, los limpiapapatos, los restregadores de cuerpo y las fregonas y los masajeadores y todos los demás aparatos a los que pudo echar mano.

La casa estaba llena de cuerpos muertos, o eso parecía. Daba la sensación de un cementerio mecánico. Tan silenciosa. Ninguna de la oculta energía de los aparatos zumbaba a la espera de funcionar cuando apretaran un botón.

—¡No les dejes hacerlo! —gritó Peter al techo, como si hablara con la casa, con el cuarto de jugar—. No dejes que mi padre lo mate todo —se volvió hacia su padre—. ¡Te odio!

—Los insultos no te van a servir de nada.

—¡Quisiera que estuvieses muerto!

—Ya lo estamos, desde hace mucho. Ahora vamos a empezar a vivir de verdad. En lugar de que nos manejen y nos den masajes, vamos a vivir.

Wendy todavía seguía llorando y Peter se unió a ella.

—Sólo un momento, sólo un momento, sólo otro momento en el cuarto de jugar —gritaban.

—Oh, George —dijo la mujer—. No les hará daño.

—Muy bien... muy bien, siempre que se callen. Un minuto, tenedlo en cuenta, y luego desconectada para siempre.

—Papá, papá, papá —dijeron alegres los chicos, sonriendo con la cara llena de lágrimas.

—Y luego nos iremos de vacaciones. David McClean volverá dentro de media hora para ayudarnos a recoger las cosas y llevarnos al aeropuerto. Me voy a vestir. Conecta la habitación durante un minuto. Lydia, sólo un minuto, tenlo en cuenta.

Y los tres se pusieron a parlotear mientras él dejaba que el tubo de aire le aspirara al piso de arriba y empezaba a vestirse por sí mismo. Un minuto después, apareció Lydia.

—Me sentiré muy contenta cuando nos vayamos —dijo suspirando.

—¿Los has dejado en el cuarto?

—También yo me quería vestir. Oh, esa espantosa África. ¿Qué le pueden encontrar?

—Bueno, dentro de cinco minutos o así estaremos camino de Iowa. Señor, ¿cómo se nos ocurrió tener esta casa? ¿Qué nos impulsó a comprar una pesadilla?

—El orgullo, el dinero, la estupidez.

—Creo que será mejor que baje antes de que esos chicos vuelvan a entusiasmarse con esas malditas fieras.

Precisamente entonces oyeron que llamaban los niños.

—Papá, mamá, venid enseguida... ¡enseguida!

Bajaron al otro piso por el tubo de aire y atravesaron corriendo el vestíbulo. Los niños no estaban a la vista.

—¿Wendy? ¡Peter!

Corrieron al cuarto de jugar. En la sabana africana no había nadie a no ser los leones, que los miraban.

—¿Peter, Wendy?

La puerta se cerró dando un portazo.

—¡Wendy, Peter!

George Hadley y su mujer dieron la vuelta y corrieron a la puerta.

—¡Abrid esta puerta! —gritó George Hadley, tratando de hacer girar el picaporte—. ¡Han cerrado por fuera! ¡Peter! —golpeó la puerta—. ¡Abrid!

Oyó la voz de Peter fuera, pegada a la puerta.

—No les dejéis desconectar la habitación y la casa —estaba diciendo.

George Hadley y su mujer daban golpes en la puerta.

—No seáis absurdos, chicos. Es hora de irse. El señor McClean llegará en un momento y...

Y entonces oyeron los sonidos.

Los leones los rodeaban por tres lados. Avanzaban por la hierba amarilla de la sabana, olisqueando y rugiendo.

Los leones.

George Hadley miró a su mujer y los dos se dieron la vuelta y volvieron a mirar a las fieras que avanzaban lentamente, encogiéndose, con el rabo tieso.

George Hadley y su mujer gritaron.

Y de repente se dieron cuenta del motivo por el que aquellos gritos anteriores les habían sonado tan conocidos.

—Muy bien, aquí estoy —dijo David McClean a la puerta del cuarto de jugar—. Oh, hola —miró fijamente a los niños, que estaban sentados en el centro del claro merendando. Más allá de ellos estaban la charca y la sabana amarilla; por encima había un sol abrasador. Empezó a sudar—. ¿Dónde están vuestros padres?

Los niños alzaron la vista y sonrieron.

—Oh, estarán aquí enseguida.

—Bien, porque nos tenemos que ir —a lo lejos, McClean distinguió a los leones peleándose. Luego vio cómo se tranquilizaban y se ponían a comer en silencio, a la sombra de los árboles.

Lo observó con la mano encima de los ojos entrecerrados.

Ahora los leones habían terminado de comer. Se acercaron a la charca para beber.

Una sombra parpadeó por encima de la ardiente cara de McClean. Parpadearon muchas sombras. Los buitres bajaban del cielo abrasador.

—¿Una taza de té? —preguntó Wendy en medio del silencio

LAS MIRILLAS DE PAWLEY

JOHN WYNDHAM

Cuando pasé a ver a Sally, le mostré el párrafo publicado en *Westwich Evening News*.

—¿Qué piensas de esto? —le pregunté.

Lo leyó, de pie y con un rasgo de impaciencia en su bonito rostro.

—No lo creo —dijo, al final.

Los principios de creencia e incredulidad de Sally son algo sobre lo que nunca he podido formarme una idea clara. No sé cómo una mujer puede despreciar un montón de pruebas sólidas como si se trataran de vapor procedente de una cafetera, para ir después a caer en algún anuncio que suena a falso desde la primera palabra, considerándolo como si se tratara de una sagrada escritura... Pero, de todos modos, ella es así.

Ese párrafo decía:

MÚSICA CON AGITACIÓN

Los que asistieron la pasada noche al concierto celebrado en Adams Hall quedaron asombrados al ver un par de piernas que se descolgaron del techo, hasta la altura de las rodillas, durante la interpretación de una de las obras. Todos los espectadores las vieron, y todos los informes se muestran de acuerdo en que se trataba de piernas desnudas, con alguna especie de sandalias en los pies. Permanecieron visibles durante unos tres o cuatro minutos, y en este espacio de tiempo se movieron varias veces hacia delante y hacia atrás a lo largo del techo. Finalmente, tras realizar un movimiento agitado, desaparecieron hacia arriba y no se las volvió a ver más. El examen posterior del techo no puso de manifiesto ninguna señal y los propietarios del Adams Hall no saben cómo explicar el fenómeno.

—Sólo es un detalle más —dije.

—De todos modos, ¿eso qué prueba? —preguntó Sally, olvidándose, al parecer, de que no se lo creía.

—Eso todavía no lo sé —admití.

—Bueno, entonces estás en blanco.

A veces, tengo la impresión de que Sally no siente ningún verdadero respeto por la lógica.

Sin embargo, la mayor parte de la gente pensaba como Sally, porque les gusta que las cosas sigan siendo bonitas y normales. Pero a mí ya me estaba empezando a parecer que estaban sucediendo cosas que debían ser conjuntadas y relacionadas para formar un todo.

El primero que se lanzó de cabeza contra la cuestión —o, por lo menos, el

primero que yo pude encontrar en los informes— fue un tal policía Walsh. Puede que, antes que él, otros vieran cosas y terminaran por rechazarlas como si se tratara de una nueva especie de elefante rosa. Pero la idea del policía Walsh sobre una fiesta de alto rango era una taza de té muy fuerte con mucho azúcar; así es que, cuando se encontró con una cabeza sobre el pavimento, erguida sobre lo que quedaba de su cuello, dejó de mirarla y echó a correr. Lo que más le desconcertó, según el informe, fue que al volverse, después de haber recorrido medio kilómetro hacia la estación, cuando se detuvo para hablar atropelladamente, la cabeza se había vuelto y le estaba mirando.

Nunca es bueno encontrarse con una cabeza sobre el pavimento, pero, de algún modo, a las dos de la madrugada es peor. En cuanto al resto, bueno, uno puede recibir miradas de reproche de un bacalao si es que la mente está pensando en alguna otra cosa. Pero el guardia Walsh no se detuvo aquí, no, señor. Además, informó que aquella cosa había abierto la boca como si tratara de decir algo. Si lo consiguió decir, él no lo mencionó. Esto, naturalmente, hizo pensar en los elefantes de color rosa. Sin embargo, él mantuvo férreamente su versión, así es que, después de haberle examinado, le volvieron a enviar al mismo lugar donde había encontrado aquella cosa, aunque, en esta ocasión, acompañado por otro hombre. Claro está que, cuando llegaron, allí ya no había ninguna cabeza, ni sangre, ni signo alguno de que se hubiera limpiado el lugar. Y eso fue, aproximadamente, en todo lo que quedó el incidente... a excepción, sin duda alguna, de unas pocas observaciones breves que se incluyeron en el expediente del guardia Walsh y que no dejarían de afectar a su futura carrera.

Pero el guardia no permaneció tranquilo por mucho tiempo. Dos noches más tarde, un bloque de pisos se vio conmocionado por los punzantes gritos de una tal señora Rourke, que vivía en el número 35 y, al mismo tiempo, por los de la señorita Farrell, que vivía en el piso de arriba. Cuando acudieron los vecinos, la señora Rourke estaba histérica y decía que había visto un par de piernas agitándose desde el techo de su dormitorio, mientras que la señorita Farrell dijo lo mismo sobre un brazo y un hombro que se habían extendido desde debajo de su cama. Sin embargo, nada se pudo ver colgando del techo y en cuanto a la cama de la señorita Farrell, debajo de ella sólo se encontró una vergonzosa cantidad de polvo.

Y también se produjo toda una serie de incidentes diversos.

Quien primero me llamó la atención sobre ellos fue Jimmy Lindlen, que trabaja, si es que ésta no es una palabra demasiado fuerte para designar lo que hace, en el despacho contiguo al mío. Jimmy colecciona hechos. Para él un hecho es todo aquello que es impreso en un periódico... ¡pobre hombre! No le importa en absoluto el tema del que traten los hechos que él colecciona, siempre y cuando se trate de cosas extrañas. Sospecho que alguna vez oyó decir a alguien que la verdad nunca es simple y de ello dedujo que todo aquello que no es simple tiene que ser verdad a la

fuerza.

Estaba acostumbrado a que acudiera a mi despacho, lleno de inspiración, y no le prestaba mucha atención, así es que, cuando me trajo su primera colección de recortes de periódicos sobre el guardia Walsh y lo demás, no me entusiasmé mucho.

Pero, al cabo de unos días, me trajo más cosas. Quedé un poco sorprendido por el hecho de que la misma clase de fenómeno se hubiera repetido dos veces, de modo que le presté un poco más de atención.

—¿Lo ve? Brazos, cabezas, piernas, torsos, todo apareciendo por ahí. Es una especie de epidemia. Detrás de esto tiene que haber algo. *¡Algo está sucediendo!* —dijo, expresándose con gran fuerza.

Cuando hube leído unos cuantos recortes, tuve que admitir que, en aquella ocasión, había obtenido algo en lo que el elemento de extrañeza y singularidad resultaba ser una constante.

Un conductor de autobús había visto la mitad superior de un cuerpo colocado verticalmente, en la carretera, ante su vehículo... pero lo vio un poco demasiado tarde. Cuando frenó y bajó del vehículo, dispuesto a examinar al accidentado, se encontró con que allí no había nada. Una mujer, que estaba asomada a la ventana, observando la calle, vio una cabeza debajo de ella, pero ésta sobresalía del enladrillado sólido del edificio. Después, hubo un par de brazos, que surgieron del suelo de una carnicería y que parecieron andar buscando algo; al cabo de un minuto o dos se habían retirado, atravesando el cemento sólido sin dejar tras de sí la menor huella... a menos que se considerara como tal el detrimento sufrido por el honrado comercio del carnicero. Hubo también un hombre que trabajaba en un edificio en construcción y que se dio cuenta de que, cerca de él, había una figura extrañamente vestida, pero suspensa en el aire... después de lo cual, sus compañeros tuvieron que ayudarlo a bajar y enviarlo a casa a descansar. También se vio otra figura entre los raíles cuando se acercaba un pesado tren de mercancías, pero cuando el tren pasó sobre ella, se descubrió que la figura en cuestión se había desvanecido.

Mientras echaba un vistazo a éstos y otros recortes, Jimmy permaneció allí, de pie, esperando, como un sifón de soda. No tuve que decir más que:

—¡Vaya!

—¿Lo ves? —dijo él—. *Algo está sucediendo.*

—Supongamos que es así —admití, no sin ciertas precauciones—. En tal caso, ¿qué es?

—La zona de las manifestaciones es ilimitada —me dijo Jimmy con un tono de voz impresionante, mientras sacaba un mapa de la ciudad—. Si observa los lugares en los que he marcado donde han ocurrido los incidentes, ver que están agrupados. En alguna parte de ese círculo se encuentra el foco de perturbación. —En aquella

ocasión, se las arregló para dar énfasis a la última parte de la frase, y esperó a que yo percibiera la extrañeza.

—¿De veras? —pregunté—. ¿Perturbación, de qué?

Evitó contestar directamente a mi pregunta.

—Tengo una idea muy buena al respecto —me dijo.

Aquello era normal, aunque, al cabo de una hora, podría tratarse de una idea completamente diferente.

—Te la compro —le dije.

—¡Teletransporte! —anunció—. Eso es lo que es. Tenía que llegar antes o después. Ahora, alguien anda detrás del asunto.

—Hummmm.

—*Tiene* que ser eso —dijo, inclinándose hacia delante, muy serio—. ¿De qué otro modo lo explicarías?

—Bueno, si puede haber teletransporte o teletraslado, o como se le quiera llamar, no cabe la menor duda de que tiene que existir algún transmisor y alguna especie de estación de recuperación —señalé—. No puedes esperar que una persona o cualquier objeto sea algo que puede ser transmitido así para recuperarse después en cualquier parte.

—Pero *eso* no lo sabes —dijo él—. Además, eso formaría parte de lo que yo denomino foco. Puede que el transmisor esté en alguna otra parte, pero está enfocado hacia esta zona.

—Si es así —dije—, parece que sus niveles y posiciones se han ido al infierno. ¿Me pregunto qué le puede suceder a un tipo que es recuperado con la mitad de su cuerpo fuera de una pared de ladrillo y la otra mitad dentro?

Son esos detalles los que ponen impaciente a Jimmy.

—Evidentemente, la cosa se encuentra aún en sus primeras fases. Es algo experimental —dijo.

De todos modos, siguió pareciéndome algo incómodo, estuviera o no en sus primeras fases. Pero no insistí sobre el tema.

Aquella noche fue la primera vez que se lo mencioné a Sally y, considerado en su totalidad, fue un verdadero error. Después de haber dejado muy claro que no creía en nada de todo aquello, siguió diciendo que, si era verdad, se trataría de otro invento más.

—¿Qué quieres decir con eso de otro invento más? ¡Sería algo revolucionario! —exclamé.

—La clase errónea de revolución, según y como lo utilizáramos.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

Sally se encontraba en uno de sus aplastantes estados de humor. Volviéndose, dijo

con un desilusionado tono de voz:

—Disponemos de dos formas de utilizar los inventos —dijo—. Una de ellas es para matar a más gente con mayor facilidad. La otra es la de permitir a los grandes industriales ganar más dinero con mayor rapidez a través de los consumidores. Quizás haya unas pocas excepciones, como los rayos X, pero no son muchas. ¡Inventos! Lo que hacemos con el producto del genio es reducirlo, antes que nada, al mínimo denominador común y multiplicarlo después por la fracción más vulgar posible. ¡Qué siglo! ¡Qué mundo éste! Cuando pienso en lo que otros siglos van a decir sobre el nuestro, me pongo enferma.

—Yo no me preocuparía por eso —le dije—. De todos modos, no vas a escuchar lo que digan.

Sus ojos implacables cayeron sobre mí.

—Tendría que haberme dado cuenta. Ésa es una observación típica del siglo veinte.

—Eres muy graciosa —le dije—. Quiero decir que tu forma de pensar puede ser alocada, pero es muy peculiar. Para la mayor parte de las mujeres el futuro está nublado más allá del sombrero de la próxima temporada o del bebé del año que viene. Aparte de todo eso, no les importa lo más mínimo que todo pueda estallar en mil pedazos... tienen profundamente arraigada la reconfortante sensación de que nada va a cambiar mucho, o que no llegará a ocurrir nada.

—Sabes tú mucho sobre lo que piensan la mayor parte de las mujeres —observó Sally.

—Eso es lo que estaba tratando de decirte. ¿Cómo puedo saberlo? —dije.

Ella pareció concentrar su mente contra todo aquello durante el resto de la noche, y lo hizo con tal firmeza que terminé por dejarlo.

Un par de días más tarde, Jimmy volvió a mi despacho.

—Lo ha dejado —me dijo.

—¿Quién ha dejado qué?

—Ese tipo del teletransporte. No ha vuelto a aparecer un solo informe más desde el martes. Quizá sepa que alguien le está siguiendo la pista.

—¿Te refieres a ti mismo? —pregunté.

—Quizás.

—¿Y es así?

—He empezado —contestó, frunciendo el ceño—. He trasladado los lugares sobre el mapa y el punto fijo indica hacia la iglesia de Todos los Santos. Le eché un vistazo al lugar, pero no encontré nada. Sin embargo, tengo que estar muy cerca... ¿por qué otra razón iba a dejarlo ahora?

Eso, no se lo pude decir. Como tampoco se lo podía decir a nadie. Pero aquella misma noche se publicó una noticia sobre un brazo y una pierna que una mujer había

visto desplazarse a lo largo de la pared de su cocina. Le mostré la noticia a Sally.

—Pensé que al final resultaría alguna especie de nuevo tipo de anuncio —dijo.

—¿Una especie de anuncio en secreto? —pregunté y al ver la mirada implacable, me apresuré a añadir—: ¿Qué te parece si vamos a ver una película? —pregunté.

El cielo estaba encapotado cuando entramos en el cine y llovía fuerte cuando salimos. Apenas si había un kilómetro de distancia hasta donde ella vivía y parecía que todos los taxis de la ciudad estaban ocupados, por tanto decidimos caminar. Sally se puso la caperuza de su impermeable, enlazó su brazo con el mío y comenzamos a caminar bajo la lluvia. Durante un rato, nadie dijo nada.

—Querida —dije al final—, sé que puedo ser considerado como una persona frívola con niveles éticos muy bajos, pero ¿se te ha ocurrido pensar alguna vez todo lo que con ello se ofrece para ser reformado?

—Si —me contestó con decisión, pero sin utilizar el tono adecuado.

—Lo que quiero decir —añadí pacientemente— es que, si alguien está buscando un buen trabajo al que dedicar toda su vida, ¿qué podría encontrar mejor que intentar alcanzar el conocimiento de un carácter así? El desafío es tremendo, pero...

—¿Se trata de algún tipo de proposición? —preguntó Sally.

—¡Algún tipo! Quisiera que supieras... ¡Dios mío! —exclamé, interrumpiéndome.

Estábamos en la calle Tyler. Era una calle pequeña, estaba mojada por la lluvia, y no había nadie en ella, a excepción de nosotros mismos. Lo que me detuvo fue la repentina aparición de cierto vehículo, delante de nosotros. No lo pude distinguir muy bien debido a la lluvia, pero tuve la impresión de que era un camión pequeño en el que había varias personas vestidas con ropas ligeras, que atravesó la calle Tyler con rapidez, desvaneciéndose. Aquello no habría resultado nada extraño si la calle Tyler hubiera tenido algún cruce, pero no lo había; el vehículo había aparecido por un lado de los muros, y desaparecido por el otro.

—¿Has visto lo mismo que yo? —pregunté.

—¿Pero cómo es posible...? —empezó a decir ella.

Andamos un poco más hasta que llegamos al lugar donde aquella cosa había cruzado la calle de parte a parte y observamos con atención la sólida pared de ladrillos, tanto a un lado como al otro.

—Tienes que haberte equivocado —dijo Sally.

—Muy bien... ¡tengo que haberme equivocado!

—Pero, es que es algo que no puede suceder, ¿verdad?

—Mira, querida, escúchame... —empecé a decirle.

Pero en ese instante una chica surgió del ladrillo sólido, a unos tres metros de donde nos encontrábamos. Nos detuvimos, mirándola fijamente, boquiabiertos.

No sé si el cabello era suyo realmente, porque, en estos tiempos, el arte y la ciencia juntas pueden hacer mucho por una mujer, pero lo llevaba de una forma verdaderamente extraordinaria: se parecía a un gran crisantemo dorado de casi medio metro y, un poco desplazado hacia la izquierda, llevaba un ramillete de flores rojas. Parecía tener un aspecto muy pesado. Vestía una especie de corta túnica rosada, quizá de seda, y mucho más apropiada para uno de esos espectáculos a los que acuden caballeros de cierta edad, que para andar por la calle Tyler en una noche terriblemente húmeda. Pero lo que la convertía en algo extraordinario era una especie de bordados. Nunca había podido imaginar que ninguna mujer pudiera... ¡Oh, bueno! De todos modos, allí estaba ella y allí estábamos nosotros...

Cuando digo que ella «estaba», es porque no cabe la menor duda de que era así aunque, de algún modo, se las arreglaba para estar unos quince centímetros por encima del nivel del suelo. Nos miró a los dos y después se fijó en Sally con la misma dureza con que Sally la estaba mirando a ella. Tuvieron que pasar algunos segundos antes de que alguno de nosotros se moviera. La mujer abrió la boca como si estuviera hablando, pero no oímos ningún sonido. Después, sacudió la cabeza, hizo un gesto como dando a entender que nos olvidáramos de todo, se volvió y se metió de nuevo por la pared, desapareciendo.

Sally no se movió. Con la lluvia brillando sobre su impermeable, parecía una estatua negra. Cuando se volvió lo suficiente como para que yo pudiera verle la cara bajo la capucha, tenía una expresión que no le había visto nunca. La rodeé con un brazo y me di cuenta de que estaba temblando.

—Estoy asustada, Jerry —dijo.

—No necesitas estarlo, Sal. Tiene que haber alguna explicación sencilla —le dije, mintiendo.

—Pero es algo más que eso, Jerry. ¿No le viste el rostro? ¡Era exactamente como yo misma!

—Si, se parecía bastante... —concedí.

—Jerry, era *exactamente* igual... Estoy... estoy asustada.

—Tiene que haberse tratado de algún engañoso efecto de la luz. En cualquier caso, ahora ya se ha marchado —dije.

Pero era igual. Sally tenía razón. Aquella mujer era la imagen exacta de ella misma. Desde entonces, me he estado haciendo bastantes preguntas sobre el asunto...

Al día siguiente, Jimmy me trajo una copia del periódico de la mañana. Incluía una sección breve y chistosa sobre el número de ciudadanos locales que habían estado viendo cosas últimamente.

—Por fin empiezan a darse por enterados —proclamó.

—¿Qué tal marchan tus investigaciones? —le pregunté.

—Me temo que no todo lo bien que yo me esperaba —me contestó, frunciendo

el ceño—. Reconozco que todo está en su fase experimental, pero el transmisor puede que no esté en esta zona. Puede que ésta sólo sea la zona elegida para llevar a cabo las pruebas.

—¿Pero por qué aquí?

—¿Y cómo lo voy a saber? Tiene que ser en alguna parte... y el propio transmisor también puede estar en cualquier otra parte —se detuvo entonces, conmocionado por un pensamiento portentoso—. Puede que se trate de algo realmente serio. Suponte que los rusos disponen de un transmisor que pudiera proyectar a la gente... o bombas... hasta aquí, por medio del teletransporte...

—¿Y por qué aquí? —volví a preguntar—. En tal caso, yo habría pensado en Harwell o en un arsenal real...

—Por el momento sólo es experimental —me recordó.

—¡Oh! —exclamé, avergonzado.

Le dije entonces lo que Sally y yo habíamos visto la noche anterior y añadí:

—Me parece que aquella mujer no tenía aspecto de ser rusa.

—Puede que sólo sea camuflaje —dijo Jimmy, sacudiendo la cabeza—. Después de todo, allá deben hacerse una idea del aspecto que tienen nuestras mujeres, por las revistas y las fotografías —señaló.

Al día siguiente, el News abandonó el comentario chistoso, después de que el setenta y cinco por ciento de sus lectores hubieran escrito para contar algo sobre las cosas «tan divertidas» que habían visto. Al cabo de otros dos días el tema se había convertido en motivo de disensión, dividiendo estrictamente a la gente entre lo que se podría considerar como campo clásico y campo moderno. En este último, los grupos cismáticos argumentaban que el teletransporte iba en contra de la proyección tridimensional, o exponían alguna teoría sobre el reajuste molecular espontáneo. En el campo clásico, las opiniones iban desde creencias en una invasión de fantasmas, o una visibilidad adquirida repentinamente sobre los espíritus que deambulaban habitualmente de un lado a otro, hasta la inminencia del Día del Juicio Final. En el calor del debate no tardó mucho en ser bastante difícil saber quién había visto cuánto de qué, y quién estaba tratando de mejorar su argumentación a expensas de los hechos más verídicos y concretos.

Sally y yo nos encontramos el sábado para comer. Después, fuimos con el coche a un pequeño lugar en las colinas, que me parecía ideal para hacerle una proposición de matrimonio. Pero cuando estábamos en el cruce principal de la High Street, el hombre que iba delante de nosotros frenó de pronto. También lo hice yo, y el conductor que venía detrás de mí. Pero el que seguía a continuación ya no tuvo tiempo. Al otro lado del cruce también se produjo un interesante crujido de metales, cuando los coches se abalanzaron unos sobre los otros. Me levanté para ver qué había sucedido y Sally se vino conmigo.

—Ya empezamos otra vez —le dije—. ¡Mira!

Justo sobre el centro del cruce había un vehículo —bueno, apenas si se le podía llamar vehículo—; era más bien un carretón aplanado o como una plataforma, suspendido en el aire, a unos treinta centímetros sobre el suelo. Y cuando digo sobre, quiero decir justamente eso. Nada de ruedas, ni de patas. Estaba suspendido allí sin nada que lo sustentara. Encima de él, vestidos con unas cosas de colores vivos que parecían camisas largas o blusas, había media docena de hombres que miraban con gran interés a su alrededor. A lo largo del borde de la plataforma se podía leer: LAS MIRILLAS DE PAWLEY; uno de los hombres le estaba señalando a otro la iglesia de Todos los Santos; el resto prestaba mayor atención a los coches y a la gente. El policía de servicio miraba la escena, con los ojos muy abiertos, desde el borde de su plataforma de control de tráfico. Después, se recuperó. Gritó, hizo sonar su silbato y volvió a gritar. Los hombres de la plataforma no se dieron por enterados. El policía se bajó de la plataforma y cruzó la calle, con el aspecto de un volcán que ha visto un lugar muy adecuado para entrar en erupción.

—¡Eh! —gritó hacia ellos.

Pero aquello no pareció preocuparles lo más mínimo. Cuando el policía se encontraba a un metro o dos de distancia, parecieron darse cuenta de su presencia, y se dieron codazos los unos a los otros y sonrieron burlonamente. El rostro del policía tenía un color purpúreo. Se dirigió a ellos de una forma llamativa, pero ellos siguieron observándole con un divertido interés. El policía sacó una porra de su cinto y se acercó más. Extendió la mano para agarrar a un tipo que llevaba una camisa amarilla... y su brazo traspasó la imagen.

El policía retrocedió. Se le podían ver las aletas de la nariz, abriéndose y cerrándose, como si fuera un caballo jadeante. Después, agarró la porra con más firmeza y lanzó un fuerte golpe en sentido circular, hacia todos ellos. Pero ellos siguieron mirándole y sonriéndole, mientras la porra atravesaba limpiamente sus imágenes.

Confieso que he de quitarme el sombrero ante la actitud de aquel policía, porque no echó a correr. Se les quedó mirando fijamente por un momento, con una expresión muy extraña en el rostro; después, se dio media vuelta y echó a andar hacia su plataforma de dirección de tráfico con deliberada parsimonia; una vez arriba y con la misma serenidad señaló paso abierto al tráfico que iba en dirección norte—sur. El hombre que se encontraba delante de mi ya estaba preparado. Condujo directamente hacia y a través de la plataforma. Yo empecé a moverme, pero en el último momento aquello escapó. Sally, mirando hacia atrás, me dijo que se deslizó, apartándose del lugar y trazando una curva, para terminar desapareciendo a través de la puerta principal del Penny Savings Bank.

Cuando llegamos al lugar elegido, decidí mentalmente que el tiempo había

convertido el sitio en un lugar triste y poco propicio, así es que permanecí un rato por allí y después nos fuimos a un pequeño y tranquilo restaurante situado junto a la carretera, en las afueras de Westwich. Estaba llevando la conversación hacia el tema que deseaba, cuando, cruzando el local, se dirigió hacia nosotros nada menos que el propio Jimmy.

—¡Me alegro de veros! —saludó—. ¿Habéis oído lo que ha sucedido en el cruce esta misma tarde, Jerry?

—Estábamos allí —le contesté.

—¿Sabes una cosa, Jerry? Esto es algo mucho más grande de lo que habíamos pensado en un principio... algo mucho más grande. Esa especie de plataforma. Esa gente está mucho más avanzada que nosotros desde el punto de vista técnico. ¿Sabes lo que me parece que son?

—¿Marcianos? —le sugerí.

Se me quedó mirando fijamente, desarbolado.

—¡Vaya! ¿Cómo diablos has podido suponer eso? —me preguntó extrañado.

—Pensé que tendría que llegar —admití, y añadí—: Pero tengo la impresión de que los marcianos no van a poner un cartel que diga Las mirillas de Pawley.

—¿Llevaban ese cartel? Nadie me había dicho eso —dijo Jimmy.

Se marchó, malhumorado, pero, por el solo hecho de presentarse allí mismo, ya había roto la atmósfera íntima que yo había estado tratando de crear.

El lunes por la mañana, nuestra mecanógrafa, Anna, llegó aún más asustada de lo habitual.

—Me ha sucedido algo de lo más terrible —nos dijo en cuanto cruzó la puerta—. ¡Oh! ¡Y me ruboricé toda yo!

—¿*Toda*? —preguntó Jimmy, interesado.

Ella le miró con desprecio.

—Estaba en el baño y cuando se me ocurrió mirar hacia arriba, vi allí a un hombre que llevaba puesta una camisa verde y que me estaba observando. Naturalmente, empecé a gritar en seguida.

—Claro —repitió Jimmy—. Es lo más lógico. ¿Y qué sucedió después? ¿O prefieres que no nos...?

—Sólo permanecí allí —dijo Anna—. Después, se echó a reír con disimulo y se marchó *a través de la pared*. ¡Quedé tan avergonzada!

—Sí, un tipo que ríe disimuladamente es algo que avergüenza mucho —comentó Jimmy.

Anna explicó que no fue precisamente aquella risa lo que la avergonzó.

—Lo que quiero decir —añadió—, es que no se debería permitir que sucedieran cosas como ésa. Si un hombre puede entrar en el baño de una mujer atravesando la

pared, ¿dónde se va a detener?

Aquello pareció ser una pregunta bastante acertada.

En aquel momento llegó el jefe. Le seguí a su despacho. No parecía sentirse muy feliz.

—¿Qué demonios está sucediendo en esta condenada ciudad, Jerry? —me preguntó—. Ayer, mi esposa llega a casa. Encuentra a dos mujeres increíbles en la sala de estar. Cree que eso tiene algo que ver conmigo. Y se produce la primera discusión colérica en veinte años. Y cuando estamos en medio de la discusión, las mujeres desaparecen —dijo, sucintamente.

No pude hacer más que decirle un par de frases de sentimiento y consolación.

Aquella noche, cuando fui a ver a Sally, me la encontré sentada en las escaleras de la casa, bajo la ligera llovizna.

—¿Pero qué diablos...? —empecé a preguntar.

Ella me lanzó una mirada nada prometedor.

—Dos de ellos han penetrado en mi habitación. Un hombre y una mujer. No se marchan de allí. Sólo han estado riéndose de mí. Después, empezaron a comportarse como si yo no estuviera allí. Y la cosa... bueno, el caso es que no me pude quedar, Jerry.

Siguió manteniendo un aspecto triste y, de pronto, comenzó a llorar.

A partir de entonces, todo empezó a suceder más deprisa. A la mañana siguiente se produjo un breve incidente en la High Street, aunque sólo por parte unilateral. La señorita Dotherby, que procede de una de las más respetadas familias de Westwich, se sintió atropellada en cada uno de los principios mantenidos durante toda su vida, ante la aparición de cuatro mujeres con un cabello que más bien parecía una pelambrea y que estaban riéndose sofocadamente en la esquina de Northgatec. Una vez replegados los ojos y recuperada la respiración, supo cuál era su deber. Cogió el paraguas, como si se tratara de la espada de su abuelo, y avanzó hacia ellas. Las atravesó con el paraguas, revolviéndolo luego a derecha e izquierda... y cuando se volvió, las mujeres estaban riéndose de ella. Volvió a atravesarlas con furia salvaje y ellas siguieron riéndose. Después, la pobre señorita Dotherby comenzó a balbucir cosas incoherentes, de modo que alguien llamó a una ambulancia para que se la llevaran.

Al final de aquel mismo día la ciudad estaba llena de madres que gritaban avergonzadas y de hombres que parecían asustados, y el secretario del ayuntamiento y la policía se vieron abrumados con tantas peticiones de que alguien hiciera algo al respecto.

El problema parecía ser mucho más grave en el distrito que Jimmy había marcado originalmente. Se les podía encontrar en cualquier parte, pero en aquella zona no podía uno evitar el verles en grupos, los hombres con camisas de colores y las mujeres con aquel extraño peinado y adornos mucho más extraños en sus camisas,

surgiendo de las paredes y deambulando con indiferencia a través de coches y hasta de la misma gente. Se detenían en cualquier parte para señalarse cosas entre ellos y se echaban a reír silenciosamente. Lo que más les divertía era que la gente se encolerizara con ellos. Se ponían a hacer gestos y burlas ante la persona enojada, hasta que casi la volvían loca de rabia... y cuanto más loca se ponía, tanto más divertido para ellos. Iban de un lado a otro dejándose guiar por sus caprichos, a través de tiendas y bancos, de despachos y hogares, sin preocuparse lo más mínimo por los rabiosos ocupantes. Todo el mundo empezó a colocar inscripciones de ¡Fuera!; pero eso también pareció divertirles mucho.

Tenía uno la impresión de que no se podía ver libre de ellos en ninguna parte de la zona central, aunque parecían estar operando en niveles que no siempre resultaban ser los mismos que los nuestros. En algunas partes, tenían aspecto de caminar sobre el suelo, pero en otras se mantenían a varios centímetros sobre él, mientras que en otras se les encontraba avanzando como si estuvieran vadeando la superficie sólida. Pronto quedó claro que ni ellos podían escucharnos a nosotros, ni nosotros a ellos, de modo que no valía la pena llamarles o amenazarles, y ninguno de los avisos que puso la gente pareció ejercer otro efecto que el de excitar su curiosidad.

Al cabo de tres días de mantenerse esta situación, reinaba un verdadero caos. En las partes más afectadas de la ciudad ya no quedaba ninguna intimidad. En los momentos más íntimos de una persona, podían aparecer a través de cualquier cosa burlándose y riéndose visiblemente. Fue inútil que la policía anunciara que no había ningún peligro, que los visitantes parecían ser incapaces de causar ningún daño, y que lo mejor que se podía hacer era ignorarlos. Hay momentos y lugares en que los grupos de jóvenes burlones de ambos sexos exigen más capacidad de ignorancia de lo que es capaz una persona de tipo medio. Aquello podía poner frenético hasta a una persona tan plácida como yo, y las ligas de esto y lo otro, y los comités de vigilancia vivían en un estado de constante tensión.

Las noticias habían empezado a extenderse, pero aquello tampoco ayudó en nada. Los coleccionistas de toda clase llegaron en una verdadera oleada que superpobló el lugar. Las calles se vieron llenas de hilos eléctricos que conducían hacia las cámaras de cine, de televisión y hacia los micrófonos mientras los fotógrafos de prensa hacían las mejores fotos de sus vidas y, siendo todo esto sólido, resultaba incluso más irritante que los propios visitantes.

Pero no habíamos llegado todavía al punto álgido del asunto. Dio la casualidad de que Jimmy y yo estábamos presentes en el momento en que se inició la siguiente fase. Íbamos a comer, haciendo todo lo que podíamos por ignorar a los visitantes, como se nos había dicho, y caminando a través de ellos. Jimmy se sentía sojuzgado. Había tenido que abandonar teorías porque los hechos terminaron por superarle. Poco

antes de tomar el café, nos apercebimos de que se estaba produciendo una cierta confusión en la parte alta de High Street: se trataba de algo que, al parecer, se dirigía hacia nosotros, de modo que lo esperamos. Al cabo de un rato apareció a través de una maraña de coches detenidos, aproximándose a una velocidad cercana a los diez o doce kilómetros por hora. Se trataba esencialmente de una plataforma similar a la que Sally y yo habíamos visto en el cruce de calles el sábado anterior, pero ésta era un modelo de lujo. Sus lados, brillantes como si estuvieran recién pintados, eran de color rojo, amarillo y azul. Contenía hileras de cuatro asientos. La mayor parte de los pasajeros eran jóvenes, aunque también había un pequeño grupo de hombres y mujeres de edades medias, vestidos con una versión algo más sobria de la misma moda. Detrás de la primera plataforma seguían otra media docena. Leímos los letreros que llevaban en los lados y en la parte posterior cuando pasaron ante nosotros:

LAS MIRILLAS DE PAWLEY HACIA EL PASADO - LA MAYOR INVENCION
DE LA ÉPOCA

HISTORIA SIN LÁGRIMAS... POR 1 £

VEA COMO VIVÍA SU RETATARABUELA

SATISFAGAN SU CURIOSIDAD EN EL EXPRESO DEL VIEJO SIGLO XX

VEA LA HISTORIA VIVIENTE CON TODA COMODIDAD - CURIOSOS

VESTIDOS Y VIEJAS COSTUMBRES

¡EDUCATIVO! APRENDA LAS FORMAS PRIMITIVAS DE
COMPORTAMIENTO - OBSERVE LAS CONDICIONES DE VIDA

VISITE EL ROMÁNTICO SIGLO XX - SEGURIDAD GARANTIZADA

CONOZCA NUESTRA HISTORIA - APRENDA NUESTRA CULTURA

VIAJE 1 £

GRAN PREMIO EN METÁLICO SI IDENTIFICA A SU PROPIO
RETATARABUELO/A

La mayor parte de la gente sentada en los vehículos giraban sus cabezas de un lado para otro, con los ojos llenos de admiración, y, de vez en cuando, mostraban expresiones burlonas. Algunos de los más jóvenes nos saludaron con las manos y

pronunciaron observaciones sarcásticas y silenciosas que hicieron reír inaudiblemente a todos sus compañeros. Otros, permanecieron cómodamente reclinados, comiendo frutas grandes y amarillas. Lanzaban miradas ocasionales hacia el escenario, pero se reservaban la mayor parte de su atención para las mujeres, cuyas cinturas abrazaban. En el penúltimo de los vehículos, pudimos leer:

¿ERA SU TATARABUELA TAN BUENA COMO APARECÍA EN LA FOTO?

VEA LAS COSAS DE SU HISTORIA FAMILIAR QUE NUNCA LE CONTARON

Y en el último vehículo ponía:

DISTINGA A LOS FAMOSOS ANTES DE QUE LO FUERAN — ¡LA
VERDADERA INFORMACIÓN PUEDE HACERLE GANAR UN GRAN
PREMIO!

Cuando la procesión se fue alejando, quedamos mirándonos los unos a los otros, como si no supiéramos qué decir. En realidad, parecía que nadie tenía nada que decir.

El espectáculo tuvo que haber sido algo muy parecido a un verdadero estreno, pues a partir de entonces uno podía encontrarse en cualquier parte de la ciudad con una plataforma de aquéllas, con letreros como:

LA HISTORIA ES CULTURA - AMPLIE HOY SU MENTE POR SÓLO 1 £

O bien:

CONOZCA LO QUE QUIERE SABER SOBRE SUS ANTEPASADOS

Y todos aquellos vehículos iban completamente llenos, aunque nunca volví a oír hablar de que se produjera otra procesión.

En las oficinas del ayuntamiento se estaban arrancando los pocos cabellos que les quedaban y no hacían más que poner letreros a izquierda, derecha y centro sobre lo que no estaba permitido a los turistas —dándoles más motivos para reír—; pero la cuestión se hizo cada vez más embarazosa. Los turistas que llegaban a pie tomaron la costumbre de acercarse a uno y mirarle directamente a la cara, comparándolo con algún libro o trozo de papel que llevaban... después de lo cual parecían sentirse desilusionados y enfadados con uno, y a continuación se dirigían hacia alguna otra persona. Llegué a la conclusión de que no había ningún premio concedido por encontrarme a mí.

Bueno, el trabajo tenía que salir adelante; no pudimos pensar en ninguna forma de

enfrentarnos con aquella situación, así es que tuvimos que seguir soportándola. Un número bastante elevado de familias se marcharon de la ciudad, en busca de intimidad y para impedir que sus hijas copiaran las nuevas ideas sobre el vestido y todo lo demás, pero la mayor parte de nosotros tuvimos que continuar lo mejor que pudimos. Casi todas las personas con las que nos encontrábamos por aquellos días parecían aturdidas o malhumoradas... excepto, claro está, los turistas.

Una noche, aproximadamente unos quince días después de la procesión de plataformas, fui a ver a Sally. Cuando salimos de la casa observamos un gran alboroto calle abajo. Un par de mujeres con cabezas que parecían globos de cestería entrelazada, estaban arañándose una a la otra. Uno de los tipos que estaba cerca parecía sentirse muy orgulloso de sí mismo, mientras que el resto del grupo no hacía otra cosa que lanzar alaridos de alegría. Dimos media vuelta y seguimos por otro camino.

—Ésta ya no es nuestra ciudad —dijo Sally—. Ni siquiera nuestras casas nos pertenecen. ¿Por qué no se pueden marchar todos y dejarnos en paz? ¡Oh, malditos sean! ¡Malditos sean todos ellos! ¡Les odio!

Pero justo al borde del parque encontramos una pequeña cabeza de crisantemo, sentada al parecer sobre nada, y llorando amargamente. Sally se ablandó un poco.

—Quizás algunos de ellos sean humanos. ¿Pero qué derecho tienen a convertir nuestra ciudad en una horrible feria de diversión?

Encontramos un banco, nos sentamos, y permanecemos mirando la puesta de sol. Yo quería sacarla de aquel lugar.

—Me gustaría estar ahora en las colinas —dije.

—Sería maravilloso estar allí, Jerry —dijo ella, suspirando.

La tomé de la mano y ella no la apartó.

—Sally, querida... —empecé a decir.

Y entonces, antes de que pudiera continuar, dos turistas, un hombre y una mujer, pasaron por allí y se quedaron quietos frente a nosotros. En aquella ocasión me enojé. Uno podía esperar ver las plataformas en cualquier parte, pero al menos yo confiaba en librarme de los turistas peatones en el parque, donde no había nada de interés para ellos... o no debería haberlo habido. Sin embargo, aquellos dos parecían haber encontrado algo. Se trataba de Sally, porque se la quedaron mirando fijamente, sin la menor vergüenza. Ella apartó su mano de la mía. Los otros dos hablaron entre sí. El hombre abrió una carpeta que llevaba y de ella extrajo un trozo de papel. Los dos miraron el papel, después a Sally y después nuevamente el papel. Era demasiado para ignorarlo. Me levanté y caminé a través de ellos para ver qué era aquel papel. Y entonces me llevé una buena sorpresa. Era un recorte del Westwich Evening News, tomado, evidentemente, de una copia muy antigua. Tenía un color amarronado y, para evitar que se deshiciera en pedazos, había sido montado en el interior de una especie

de plástico muy fino y transparente. Hubiera deseado ver la fecha, pero, con bastante naturalidad, miré hacia donde ellos estaban mirando... y el rostro de Sally me miró sonriente desde una fotografía. Tenía un bebé en cada uno de los brazos. Sólo tuve el tiempo suficiente para poder leer el titular: «Gemelos para la esposa del concejal», porque ellos metieron el papel en la carpeta y echaron a correr por el camino. Supongo que estarían ansiosos por cobrar uno de sus malditos premios... y yo esperaba que el premio se volviera contra ellos y les mordiera.

Regresé hacia donde estaba Sally y me senté a su lado. Aquella imagen, sin duda alguna, echó a perder las cosas...

¡Esposa del concejal! Naturalmente, ella quiso saber lo que yo había visto en el papel, y tuve que inventarme unas cuantas mentiras para conseguir salir del paso.

Permanecimos sentados un rato, tristes y en silencio.

Una plataforma pasó ante nosotros. Llevaba unos carteles que decían:

CULTURA LIBRE DE PROBLEMAS - EDUQUESE CON LA MÁS MODERNA COMODIDAD

La vimos brillar, mientras se alejaba a través del enrejado del parque y se metía por entre el tráfico.

—Creo que ya es hora de marcharnos —sugerí.

—Sí —contestó Sally con tristeza.

Echamos a andar hacia su casa, mientras yo seguía deseando haber podido observar la fecha de aquel recorte de periódico.

—¿Tú no conoces a ningún concejal, verdad? —le pregunté distraídamente.

Ella pareció sorprenderse ante la pregunta.

—Bueno... está el señor Falmer —contestó, con bastante indecisión.

—¿Crees que es... un hombre joven? —le pregunté de improviso.

—¡Cómo! ¡Oh, no! Es muy viejo... En realidad, es a su esposa a la que conozco.

—¡Ah! —exclamé—. ¿Y no conoces a ninguno de los más jóvenes?

—Me temo que no. ¿Por qué?

Le dije algo así como que en una situación como ésta se necesitaban hombres jóvenes con ideas.

—Los hombres jóvenes con ideas no tienen por qué ser concejales —observó ella, mirándome.

Como ya he dicho, quizás ella no cree mucho en la lógica, pero tiene su propia forma de hacer que uno se sienta mejor. Sin embargo, me habría sentido mucho mejor si hubiera conseguido tener alguna idea más precisa.

Al día siguiente la indignación pública volvió a subir de tono. Al parecer, se celebró un oficio religioso en la iglesia de Todos los Santos. El vicario subió al púlpito y apenas había comenzado a respirar, disponiéndose a pronunciar un breve sermón, cuando a través de la pared norte de la iglesia surgió flotando una de aquellas plataformas con un cartel que decía:

¿ERA SU RETATARABUELO UNO DE LOS CHICOS?
NUESTRO VIAJE DE 1 £ PUEDE MOSTRARSELO

La plataforma se deslizó hasta detenerse frente al atril. El vicario se la quedó mirando durante unos segundos, en silencio, y después dejó caer su puño sobre el atril.

—¡Esto —rugió— ...esto es *intolerable!* Esperaremos hasta que este *objeto* se marche de aquí.

Permaneció inmóvil, mirándolo con los ojos muy brillantes. Los fieles lo miraron también con ojos brillantes.

Los turistas de la plataforma parecían estar dispuestos a esperar que comenzara la ceremonia. Al rato, como nada sucedía, empezaron a pasarse entre ellos botellas y frutas para matar el tiempo. El vicario mantuvo su pétrea mirada. Los turistas empezaron a aburrirse. Los jóvenes acariciaron a las chicas, y éstas empezaron a reír. Algunos de ellos parecieron dar prisa al hombre que se encontraba en el extremo frontal de su vehículo. Al cabo de otro rato, éste asintió por fin y la plataforma se deslizó, marchándose por la pared del sur.

Fue éste el primer punto que conseguimos anotarnos. El vicario elevó las cejas, se aclaró la garganta y después pronunció el sermón de su vida, sobre el tema Las ciudades de la Llanura.

Pero no importa lo favorables que fueran los vientos que estaban soplando, seguíamos sin poder hacer nada con respecto a la situación. Había algunos planes, desde luego. Jimmy tenía uno: se trataba de un emisor de frecuencias ultraelevadas o ultrabajas cuyo propósito sería el de conmocionar las proyecciones, de los turistas, hasta hacerlas pedazos. Quizás, algún día, podríamos haber dispuesto de algo similar que funcionara, pero lo que estábamos necesitando todos era un remedio mucho más rápido; y resulta condenadamente difícil saber lo que uno puede hacer contra algo que no es otra cosa que una película tridimensional; sólo se puede pensar en algo capaz de engañar su transmisión. Todas sus funciones no se desarrollan donde uno las ve, sino en un lugar desconocido, que es donde se encuentra el origen de todo, pero... ¿cómo consigue uno llegar hasta allí? Lo que uno está viendo no siente, ni come, ni respira, ni duerme... Fue precisamente mientras consideraba lo que aquellos turistas estaban haciendo realmente cuando se me ocurrió una idea. Se me ocurrió así, de repente...

con sencillez. Cogí mi sombrero y me encaminé hacia el ayuntamiento.

Para entonces, las procesiones diarias de ciudadanos implacables, amenazadores y maniáticos, que aportaban toda clase de ideas absurdas, les había hecho adoptar una actitud muy precavida, pero, al final, conseguí abrirme paso hasta un hombre que se interesó por mi idea, si bien se mostró algo escéptico.

—A nadie le va a gustar eso —dijo.

—No se trata de que le guste a nadie. La cuestión es que no ser peor que esto... y también puede contribuir a fomentar el comercio local —señalé.

Su rostro se iluminó un poco ante aquellas palabras, y yo seguí presionando:

—Después de todo, el alcalde tiene sus restaurantes y todos los locales se llenarán.

—En eso sí que acaba de señalar algo válido —admití—. Muy bien, lo propondremos. Vamos.

Durante tres días enteros estuvimos trabajando duramente en el plan. Al cuarto día, pasamos a la acción. Poco después del amanecer ya había grupos por todas las calles, fijando barreras en los límites municipales y, una vez terminada esta tarea, fueron colocados grandes carteles blancos con letras rojas:

WESTWICH

LA CIUDAD QUE MIRA HACIA EL FUTURO
VENGA Y VEA

ESTÁ MUCHO MÁS ALLÁ DEL MOMENTO - MÁS NUEVO QUE MAÑANA

VEA

LA MARAVILLOSA CIUDAD DE LA ERA

ENTRADA (No Residentes) 20 peniques

Aquella misma mañana se renunció al permiso de la televisión y se publicaron grandes anuncios en todos los periódicos nacionales:

¡COLOSAL! ¡ÚNICO! ¡EDUCATIVO!

WESTWICH

Presenta el único espectáculo
futuromático auténtico

SI QUIERE SABER:

¿QUÉ LLEVARÁ PUESTO SU RETATARANIETA? ¿QUÉ ASPECTO TENDRÁ SU RETATARANIETO? ¿CUALES SERÁN LAS MODAS DEL PRÓXIMO SIGLO?

VENGA A WESTWICH Y VEALO USTED MISMO

LA OFERTA DEL SIGLO

EL FUTURO POR SOLO 20 PENIQUES

Estuvimos de acuerdo en que, teniendo en cuenta la publicidad que ya se había hecho del asunto, no había necesidad de dar mayores detalles que aquéllos, aunque en los diarios gráficos pusimos unos anuncios algo más especializados:

WESTWICH

¡CHICAS! ¡CHICAS! ¡CHICAS!

VEAN LOS MODELOS DEL FUTURO

SABROSAS MODAS, GRACIOSOS ESTILOS

ASOMBROSO, AUTÉNTICO, SIN CENSURA

BELLEZAS EN ABUNDANCIA POR SÓLO 20 PENIQUES

etc. Compramos espacio suficiente como para que aquello apareciera en las columnas de noticias, con objeto de ayudar a quienes les gusta pensar que hacen las cosas por razones sociológicas, psicológicas y otras razones de tipo intelectual.

Y vinieron.

Ya antes habían venido unos cuantos a mirar las vistas, pero ahora se enteraron de que era algo por lo que valía la pena pagar, y las cifras no tardaron en aumentar; y cuanto más aumentaban tanto más triste se ponía el tesorero del ayuntamiento por no haber puesto la tarifa a veinticinco, e incluso a cincuenta céntimos. Al cabo de un par de días, tuvimos que hacernos carga de todos los terrenos vacantes y de algunos campos más alejados para destinarlos a aparcamientos, y la gente tenía que aparcar lo bastante lejos como para necesitar un servicio de autobuses especial que los trajera a la ciudad. Las calles se llenaron tanto de gente yendo de un lado a otro, saludando a cualquiera de las plataformas de Pawley y a los turistas, con silbatos, risas y silbidos, que los ciudadanos locales se limitaron a quedarse en sus casa para consumir allí dentro su furia.

Entonces el tesorero empezó a preocuparse por saber si podríamos imponer un

impuesto de entretenimiento. La lista de protestas dirigidas al alcalde se hicieron cada vez más largas, pero él estaba tan ocupado controlando los convoyes especiales de comida y cerveza para sus restaurantes, que le quedaba muy poco tiempo para ocuparse de quejas. A pesar de todo, al cabo de unos días, empecé a preguntarme si, después de todo, Pawley no iba a ganarnos la partida. Se podía ver con claridad que a los turistas todo aquello no les importaba mucho; aunque la nueva situación tuvo que haber interferido mucho en sus obtenciones de premios, ello no les impidió ir de un lado a otro por toda la ciudad, y teníamos que contar además con los miles de excursionistas lanzando alaridos de alegría durante la mayor parte de la noche, convirtiendo la ciudad en un verdadero pandemonium. Los estados de ánimo se estaban poniendo tan tensos, que los problemas podían comenzar en cualquier momento.

Entonces, durante la sexta noche, cuando algunos de nosotros empezábamos a preguntarnos si no sería mejor marcharnos de Westwich durante algún tiempo, se puso de manifiesto la primera fisura...; un hombre del ayuntamiento me llamó por teléfono para decirme que había visto varias plataformas con asientos vacíos.

A la noche siguiente, yo mismo seguí una de sus rutas regulares para cerciorarme. Encontré allí una gran multitud, intercambiando chistes y bromas, pero no tuvimos que esperar mucho tiempo. Desde uno de los ángulos del café de la Coronación y atravesando la pared, apareció una plataforma cuyo cartel decía:

ENCANTO Y ROMANTICISMO DEL SIGLO XX 75 PENIQUES

Y, a pesar de eso, había media docena de asientos vacíos.

La llegada de la plataforma trajo consigo un bien fomentado ruido de gritos y silbidos. El conductor permaneció indiferente mientras hacía pasar el vehículo directamente a través de la multitud. Pero los pasajeros parecieron sentirse menos seguros de sí mismos. Algunos de ellos hicieron lo que pudieron por seguir el juego; se rieron, silbaron, hicieron movimientos que indicaban la devolución de tortazos e hicieron muecas ante las muecas de la multitud. Posiblemente las mujeres turistas no pudieron escuchar las cosas que la multitud les estaba diciendo, pero algunos de los gestos eran lo bastante claros y expresivos. Para ellas no debió ser nada divertido dirigirse precisamente hacia los hombres que estaban gesticulando, atravesando sus cuerpos. Cuando la plataforma se libró de la multitud y desapareció a través de la puerta frontal del Bon Marché todos los turistas habían dejado de aparentar que lo eran; algunos de ellos incluso parecían sentirse un poco enfermos. Por la expresión de ciertos rostros, pensé que en alguna parte Pawley iba a tener que pasar por momentos difíciles explicando el aspecto cultural de toda la situación ante alguna delegación investigadora.

A la noche siguiente ya había más asientos vacíos que llenos, y algunas personas me informaron que el precio había descendido ya a cincuenta céntimos.

La otra noche no apareció nadie y nosotros tuvimos mucho trabajo devolviendo el dinero de las entradas y rechazando las reclamaciones por la gasolina gastada en el viaje.

Y a la otra noche tampoco aparecieron; ni a la siguiente. Así pues, todo lo que teníamos que hacer era ponernos a limpiar la ciudad para que el asunto quedara prácticamente terminado, aparte de dedicarnos a ir reduciendo la reputación que había adquirido últimamente el lugar.

Finalmente, decidimos que ya todo ha pasado. Jimmy, sin embargo, dice que ése es sólo nuestro punto de vista. Según él, todo lo que ellos tuvieron que hacer fue modificar el factor de visibilidad que estaba causando el problema, de modo que es posible que sigan deambulando por aquí... y por otros lugares. Bueno, supongo que puede tener razón. Quizás ese Pawley, sea quien sea, tiene una cadena de ferias de diversión funcionando por todo el mundo y a través de toda la historia en cada momento. Pero eso es algo que no sabemos... y mientras él mantenga a los turistas fuera de nuestra vista, creo que tampoco nos preocupará mucho.

Nos hemos enfrentado con éxito a Pawley en lo que a nosotros concierne. Su caso exigió la adopción de medidas desesperadas; hasta el vicario de Todos los Santos se dio cuenta de ello; y, sin duda alguna, tuvo algo que decir cuando comenzó su sermón de acción de gracias diciendo:

—Paradójicamente, amigos míos, lo paradójico puede ser el resultado de la vulgaridad...

Una vez solucionado el asunto pude disponer de nuevo de tiempo para ver a Sally. La encontré con un aspecto más alegre del que la había visto en varias semanas, y mucho más encantadora, claro. A ella también pareció gustarle el verme.

—¡Hola, Jerry! —me saludó—. Acabo de leer en el periódico cómo organizaste el plan para desembarazarte de ellos. Creo que fue algo maravilloso por tu parte.

Tiempo atrás, habría considerado aquellas palabras como una insinuación, pero en ese momento no fue ningún estimulante. Seguía viéndola con los mellizos en los brazos, y seguía preguntándome dolorosamente cómo habían llegado hasta allí.

—No tiene gran mérito, querida —le dije con modestia—. A cualquiera se le podría haber ocurrido la idea.

—Puede que sea así... pero hubo muchísima gente a quien no se le ocurrió. Y te voy a decir otra de las cosas que he oído decir hoy. Te van a preguntar si quieres formar parte del consejo municipal, Jerry...

—¿Yo, en el consejo municipal? Eso haría reír... —empecé a decir, pero me detuve de repente—. Si... quiero decir... ¿eso significaría que me llamarían

concejal? —le pregunté.

—¡Pues claro! Supongo que sí —me contestó, mirándome extrañada.

Todo resplandeció un poco.

—Entonces... Sally, querida... bueno, ¿sabes? es que... hay algo que... bueno, que he estado intentando decirte desde hace algún tiempo... —empecé diciendo.

NOCHE DE PASO

LEE HARDING

Cuando llegaron a la vista de la ciudad el chico dejó atrás al resto del grupo y continuó solo. Los jefes se sentaron a esperar su regreso. Bebieron vino y fumaron su pipa ceremonial y cantaron sus viejas canciones. Esto también formaba parte del ritual, y lo mantendrían así, sin detenerse, hasta que él regresara.

Avanzó a buen paso a través del terreno abierto. Después, se agachó y se inclinó hacia delante, de modo que su cuerpo oscuro se confundió con la hierba quemada por el sol. Se movió con elegancia y con seguridad porque aquel territorio era su hábitat natural.

Eran las últimas horas de la tarde. Planeaba llegar a las afueras de la ciudad justo poco antes del anochecer. No tenía el menor deseo de penetrar en el terrible laberinto hasta que la luz del día se hubiera desvanecido, de modo que decidió esperar el momento propicio para empezar a moverse bajo la protección de la penumbra, cuando la oscuridad encubriera su pequeña figura.

Cuando se paró a pensar en los peligros que le aguardaban, su cuerpo tembló aterrado. Pero sabía que si sobrevivía a esta larga noche de iniciación, mañana sería un hombre.

Cuando ya hubo recorrido una cierta distancia, comenzó a hacer más lento su avance. Encontró un árbol adecuado y se subió a él. Se situó con seguridad en la bifurcación de dos ramas altas y se dispuso a esperar la llegada del anochecer.

Nada se movió. Un hinchado sol de color naranja se estaba hundiendo lentamente, desapareciendo detrás del horizonte de la ciudad. Enormes edificios se perfilaban contra este brillo amenazante, como los escarpados de alguna cadena montañosa prohibida. Allá lejos, en la distancia, creyó escuchar los suaves cantos de los jefes que llegaban hasta él montados sobre los hombros del viento de la noche, pero quizá sólo fuera su imaginación. Se sintió repentinamente perdido y solo, y muy lejos de casa.

El mundo se fue oscureciendo poco a poco. Al cabo de un rato, enlazó sus manos reverentemente colocándolas ante sí, y fijó sus ojos en la primera estrella que apareció en el cielo crepuscular. Susurró una solemne Oración de Paso. Después, descendió del árbol e inició la siguiente fase de su viaje.

Los campos abiertos eran peligrosos cuando se cruzaban a pie. Estaban salpicados de reliquias de los Antiguos, enterradas profundamente en la hierba, y el evitarlas se había convertido en una verdadera habilidad adquirida. Pero él fue avanzando con lentitud.

Caminó con precaución en dirección a una amplia autopista que le llevaría directamente hasta el corazón de la ciudad. Pero no se arriesgó a exponerse subiendo a ella. La fue siguiendo a una distancia discreta, con el cuerpo tan inclinado que sus dedos rozaban la tierra.

Sus sentidos, altamente desarrollados, se esforzaban por detectar cualquier señal o

sonido que le advirtieran la presencia de cualquier depredador natural que pudiera estar vagabundeando por aquella zona de nadie entre la ciudad y el terreno abierto. De vez en cuando, la terrible figura de un automóvil antiguo aparecía por arriba y él rehuía el encuentro. Todo el mundo sabía que los perros salvajes y los lobos utilizaban a menudo aquellos viejos vehículos para dormir cuando caía la noche, y él no sentía el menor deseo de despertar su curiosidad. Aún tenía que recorrer muchos kilómetros antes de convertirse en un hombre.

Su mano derecha nunca se apartaba mucho de la pesada hoja metálica que llevaba enfundada en el cinto. Una fina capa de sudor cubría ahora su cuerpo desnudo y su respiración se hizo más pesada. No le resultaban extraños los viajes largos, pero éste era el más peligroso que jamás había intentado. Se trataba de un gran acontecimiento en su proceso de maduración, un puente que aparecía como un desafío entre su juventud y lo que pudiera reservarle el futuro, y un ritual de su gente, establecido desde hacía ya mucho tiempo.

Aquella noche habría luna llena y no había una sola nube en el cielo. Eran buenas señales. La ciudad sería un tortuoso laberinto de oscuridad y la luz del cielo iba a ser su única guía.

Una vez llegado a las afueras, aún le quedaban unos quince kilómetros de viaje antes de alcanzar el centro de la ciudad, donde los edificios gigantescos se elevaban a ambos lados de las calles desiertas. Aquella carretera le llevaría hasta allí, pero no arriesgaría su vida viajando sobre su brillante superficie de hormigón. En lugar de ello, buscaría las sombras y se mantendría en las calles laterales cuando fuera necesario. Haría amistades con las sombras y se introduciría en ellas para que su presencia fuera un secreto.

Confiaba en llegar al centro de la ciudad antes de medianoche. Una vez allí, buscaría un lugar donde ocultarse en un edificio de diez pisos y esperaría durante el resto de la noche. Poco antes del amanecer, cogería un pequeño trofeo —también parte del ritual— y se apresuraría a marcharse de allí antes de que la luz del día le traicionara.

Se encontró entonces con los primeros edificios. Parecían viviendas. Pero eran cuadrados y feos y su sombra se cernía de manera discordante sobre su cabeza. No eran como las viviendas de su gente, que estaban mucho más en armonía con todo aquello que les rodeaba. Se estremeció y se apretó a ellas, pues sabía bien que iba a necesitar sus sombras protectoras. Y, de esta forma tan intrincada, penetró en la silenciosa ciudad, como una sombra oscura moviéndose con agilidad líquida a través de los familiares cañones de la noche.

Sus sentidos hipersensibles se extendieron por delante de él y a su alrededor, preparados para detectar los primeros débiles sonidos del peligro. Pero ¿qué podía esperar hallar allí que pudiera amenazarle?

Incluso entonces, más de un siglo después de La Caída, la ciudad no estaba desierta por completo. Los otros iniciados habían traído consigo numerosas historias extrañas, pero uno nunca podía estar seguro de cuánto había en ellas de verdad y de fantasía, exagerada esta última por el temor, la ansiedad y la soledad. Pero también había que tener en cuenta la cuestión de los iniciados que no habían podido regresar: una prueba de que la ciudad no siempre era amistosa.

La mayor parte de lo que sabían sobre la ciudad era de oídas y a través de la leyenda, y mediante aquello se podían establecer unos cuantos hechos. Todo parecía indicar que la jungla de hormigón estaba habitada por numerosos perros y gatos salvajes, y que éstos podían llegar a ser mucho más peligrosos que sus hermanos del campo. Pero aquello nunca se había probado. Excepto en las épocas de iniciación, las gentes evitaban la ciudad por considerarla como un lugar maldito. Algunos afirmaban que ni siquiera los animales más peligrosos de las llanuras penetraban en la ciudad, y que sentían tanta desconfianza de su naturaleza como los propios hombres. El chico no estaba dispuesto a correr riesgos. Deseaba pasar la noche vivo... y salir de ella convertido en un hombre.

Aún le quedaban muchos kilómetros por delante. Se movió con rapidez, avanzando por las desiertas aceras, saltando ágilmente sobre gran variedad de obstáculos que le salieron al paso. El silencio no parecía natural, pero a medida que sus sentidos se fueron ajustando a él, descubrió que no era un silencio tan absoluto como había imaginado.

Allá a lo lejos, hacia el centro de la ciudad, pudo escuchar el aullido blando y triste de algún animal. Podría haber sido un perro... o alguna otra cosa. Había demasiada distancia como para estar seguro, pero sonaba como si se tratara de un animal solitario que estuviera aullando hacia el cielo de la noche. Sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, y se apresuró a seguir su camino, agarrando el cuchillo con la mano derecha e internándose cada vez más profundamente en la necrópolis.

La ciudad despedía un fuerte hedor. Él sabía que iba a ser así, pero no estaba preparado—para recibir aquel olor que parecía colgar, del aire húmedo, como un sudario. Demasiada gente había perecido allí. El silencio resultaba pesado, cargado de muerte. Quizás al cabo de otro siglo habría desaparecido ya aquel terrible olor, arrastrado por la lluvia y por el viento juguetón, pero de momento, seguía atrapado en los valles y cañones de la ciudad, y el chico se movió a través de él como una mariposa a través del humo desprendido por la madera encendida.

Un poco más tarde, la luna se elevó y transformó la carretera en una brillante cinta blanca que se deslizaba a través de la oscuridad. Aquello hizo que le resultara más fácil ver hacia dónde se dirigía y apresuró el paso. Pero también le hizo más vulnerable. Descubrió entonces que las calles estaban cubiertas con un polvo fino y blanco. El polvo le cubrió de la cabeza a los pies y obturó su nariz y su boca. En

varias ocasiones, se sintió a punto de estornudar, pero se las arregló para no hacerlo. Una explosión semejante reverberaría a lo largo de estas calles desiertas como un disparo en un cañón. Se contuvo y continuó su apresurado caminar.

A medida que se iba acercando más al corazón de la ciudad se fueron haciendo más claros los terribles aullidos que había oído antes. Se extendían de una forma discordante a través de la metrópoli, como si se tratara de animales aislados aullando su soledad de un lado a otro de la ciudad. Sus dolorosos gritos le ponían los pelos de punta y le hicieron desenvainar el cuchillo. Si le atacaban en grupos, tendría muy mala suerte...

Los edificios habían transformado su aspecto de una forma sutil. Ya no se les podía confundir con viviendas. Pero los más altos no mostraban más que cuatro hileras de ventanas y él sabía que aún tendría que recorrer una buena distancia antes de encontrar refugio en uno de diez pisos.

No le valía la pena engañar a nadie y ocultarse en uno de aquellos edificios que encontraba a medio camino hacia el centro de la ciudad. Su sentido de la culpabilidad le traicionaría constantemente ante los jefes y su desgracia sería irremediable. No podía ni quería evitar el verdadero objetivo. La única forma de alcanzarlo era seguir adelante, y así lo hizo.

La luna ascendió y lanzó un chal de color plateado sobre la ciudad. El polvo blanco estaba en todas partes y la carretera comenzó a empinarse, sostenida por rígidas columnas de hormigón. El chico pensó por un momento en la luna. Mucho tiempo atrás, los hombres habían vivido allí, en maravillosas ciudades abovedadas. Pero aquello había sido antes de que La Caída les hubiera cortado el contacto, dejándolos como buzos de aguas profundas privados de aire. ¿Seguían soñando con un mundo inalterable con el paso de los tiempos, con sus rostros tan frescos y tan poco afectados y sus ojos muertos vueltos para siempre hacia aquella Tierra que giraba lentamente?

Se frotó las mugrientas manos con inquietud. Ya comprendía de dónde procedía aquel polvo que parecía estar en todas partes. Era lo que quedaba de más de un millón de seres humanos... con sus cuerpos destrozados por las corrosivas estaciones y llevados de un lado a otro por los vientos que a menudo soplaban a través de los cañones hacia el centro de la ciudad.

Aquel pensamiento le hizo estremecerse. Miró rápidamente a su alrededor, como si esperara que algún fantasma viejo y gris saliera de alguna parte y le tocara en un hombro. Pero por allí no había ningún fantasma. Sólo había la ya no muy distante cacofonía de animales solitarios que hacía estremecer sus nervios.

La carretera se elevaba hacia el cielo de la noche. Parecía como si quisiera alcanzar la brillante luna que colgaba allá arriba. Abandonó la atractiva cinta y se apresuró a caminar de sombra en sombra, por entre las enormes columnas de

sostenimiento de la autopista. La carretera se extendía sobre él como un oscuro corte de guadaña a través de las estrellas.

Cuando volvió a descender hasta el nivel del suelo, se ocultó en las leves sombras que se extendían a lo largo de las aceras. Se sentía cansado después de su larga caminata, pero sabía que ya se encontraba cerca del final. Las formas de los edificios se habían alterado dramáticamente en los últimos minutos y los aullidos de lo que parecía ser un grupo de perros vagabundos estaban ya demasiado cerca para que pudiera sentirse cómodo. Tendría que apresurarse...

Encontró las anchas calles llenas de automóviles abandonados de muy diferentes formas y tamaños. Su diversidad le extrañó; nunca había visto tantos vehículos reunidos en un lugar tan pequeño. La leyenda decía que La Caída había ocurrido con tal rapidez que la gente apenas si tuvo tiempo de pensar. Todo se desmoronó. Y las plagas que estaban al acecho se movieron con tal rapidez que nada se pudo hacer para detenerlas. Así es que la organización del mundo se vino abajo.

A cada uno de los lados de la calle, se elevaban enormes edificios como torres. El chico había llegado al corazón de la ciudad. Todo lo que tenía que hacer era seleccionar un lugar que le pareciera seguro y esconderse en él durante el resto de la noche. ¿Pero cuál?

Podía escuchar los aullidos a su alrededor, acercándose cada vez más. *No tenía tiempo que perder*. Elevó la mirada, contó las hileras de ventanas del edificio que se encontraba frente a él, y lanzó un suspiro de alivio. Tenía muchos más que diez pisos. Le sería útil.

Cruzó la calle con toda rapidez, como una mancha oscura buscando un paso seguro a través de los coches abandonados y del polvo blanco. Los escaparates de las tiendas le parecieron una pared de sombreado cristal que se le enfrentaba. Había cristal esparcido por la acera, y se mezclaba con el polvo. Algunos automóviles habían metido sus morros a través de las ventanas expulsando a los viajeros dentro de las casas.

Su corazón casi se detuvo por un momento. Creyó ver gente al otro lado de las ventanas, gente que no pudo haberse conservado durante tanto tiempo en aquel clima cruel. Pero, cuando se acercó más, vio que no eran reales; se trataba de estatuas. La luz de la luna le había engañado, haciéndole pensar que se trataba de seres humanos. Algunas de las estatuas todavía estaban de pie en los escaparates, con sus brazos extendidos en una grotesca parodia de la vida y sus ojos, apagados y vacíos, faltos de toda sensación. De sus extremidades, ridículamente estrechas, colgaban restos deshilachados de lo que, en otros tiempos, pudieron haber sido ropas. Al joven le recordaron los muñecos que se hacían en las fiestas de conmemoración de la pérdida civilización de los Antiguos.

Entró con precaución a través de la ventana rota. La oscuridad existente en el

interior del local era casi total. Al cabo de un rato, su visión se fue ajustando y pudo ir distinguiendo detalles importantes. Vio muchas hileras de casillas aisladas y paredes muy altas que estaban divididas en estantes que contenían multitud de latas de diferentes tamaños.

Siguió avanzando hacia el interior de la enorme habitación. Las estanterías más próximas estaban llenas de recipientes de brillantes colores; cada uno de ellos llevaba una etiqueta blanca en la que se veía una imagen de una fruta o vegetal familiar. El chico quedó encantado. Tenía una buena oportunidad de conseguir trofeos en abundancia.

Recordó a Martin y la brillante caja de plata que había traído de la ciudad. Estaba cubierta de muchos botones, y que tenía una estrecha tira de metal que cuando uno pulsaba uno de los botones se movía hacia arriba y hacia abajo. Los jefes estuvieron mirando la caja durante algún tiempo, con actitud recelosa. Después, cantaron su canción ritual de entierro y la enterraron en el suelo antes de llevarse al chico a casa.

Se sintió alegre. Había muchas cosas entre las que poder elegir. Seleccionaría algo que deslumbrara y confundiera a los jefes y que le asegurara su respeto. Pero eso podía esperar hasta el amanecer. Por el momento, estaba cansado y necesitaba encontrar algún sitio seguro donde descansar durante el resto de la noche.

Encontró un rincón desde el que podía observar toda la enorme habitación y también el exterior de la calle. Se acurrucó allí, dispuesto a esperar en la oscuridad. Los pesados aullidos ya se habían alejado; el grupo había seguido moviéndose. Y, sin embargo, sólo hacía unos momentos que el aire se había visto conmocionado por el más lastimero y terrible aullido que el chico jamás escuchara. Le hizo temblar y, en la oscuridad de la tienda, agarró su largo cuchillo con nerviosismo. El amanecer parecía estar muy lejos.

Pero, al cabo de un rato, disminuyó su tensión. Su cuerpo se relajó permitiendo que el cansancio se apoderara de él. Se quedó dormido, sabiendo con seguridad, como todos los cazadores, que sus sentidos altamente entrenados le despertarían a la primera impresión de peligro. Y mientras dormía, soñó en su hogar y en el valle y en las viviendas de su gente. Soñó en cómo el sol penetraba en cada uno de los pequeños rincones de sus vidas y en cómo encantaba el terreno y hacía crecer sus cosechas de la tierra. Y cuando despertó descubrió que el primer y débil rubor del amanecer ya había penetrado a través de las ventanas abiertas... *y que no estaba solo.*

Instantáneamente se revolvió y quedó agazapado sobre el suelo polvoriento, como un animal asustado. Su brazo derecho estaba extendido hacia delante, como el cuchillo en punta, preparado para rechazar a cualquier asaltante invisible. Su brazo izquierdo estaba extendido hacia un lado, para guardar el equilibrio. Sin embargo, no pudo ver a nadie en la tienda.

¿Qué sonido le había despertado? ¿Qué peligro había arrojado sus frías manos

sobre su sueño, arrancándole de él?

Sus ojos agudos escudriñaron la semipenumbra. Pudo oír unos sonidos débiles, como de algo que se mueve muy despacio sobre el suelo y, efectivamente, al otro lado de la habitación algo se movió.

Pudo distinguir una sombra oscura, no mayor que un hombre, y que se movía con una furtiva agilidad, como no había visto en ningún otro animal. Su corazón empezó a latir con violencia.

—Dios, protégame —murmuró para sí.

De algún modo, tuvo la sensación de que estaba a punto de pasar por el momento supremo de la iniciación. Si sobrevivía, se convertiría en un hombre y, en caso contrario, el pueblo le lloraría. Hubo muchos chicos que jamás regresaron de la ciudad. Pero él estaba decidido a vivir.

La criatura avanzó a tientas a través de las sombras. Parecía no haberse dado cuenta aún de su presencia. Y él podía escuchar su pesada respiración mientras aquello avanzaba por entre las largas estanterías, al otro lado de la habitación.

¿Estaría buscando algo? De ser así, ¿qué clase de animal rebuscaría por entre aquellos edificios desiertos?

Su temor desapareció para ser sustituido por una verdadera curiosidad. Súbitamente, sintió gran confianza en su pesada hoja. Se inclinó un poco más hacia delante, tratando de ver mejor a la extraña criatura que le había despertado.

Observó una vaga sombra, visible entre dos altas pirámides de pequeñas latas. Aquella distancia y con aquella pobre luz no pudo distinguir ningún rostro. Parecía que la criatura le daba la espalda, y pensó que aquél era un buen momento para escapar. Antes de que el animal se diera cuenta ya se habría marchado del edificio y habría iniciado su camino de regreso a casa.

No tenía ninguna intención de quedarse oculto en aquel rincón hasta que la criatura tropezara con él. No tenía la menor idea de lo rápido que podía correr, pero él era veloz y confiaba en que podría dejar atrás a cualquier perseguidor. *Excepto a los perros*, recordó. No podría dejar atrás a una jauría.

Calculó la distancia que había entre el lugar donde se encontraba y la sombra, así como la distancia que le separaba de la calle. No tenía ningún sentido el retrasar más su huida. Ningún sentido.

Y, en ese preciso momento, estornudó.

No supo qué fue lo que provocó aquel paroxismo repentino, si se trató de algo involuntario y fuera del alcance de su control, o si dejó salir de sus pulmones aquella repentina explosión para anunciar su presencia en la tienda y desafiar así, deliberadamente, a aquella extraña bestia.

Pero en aquel momento, no tuvo tiempo para pensar. La criatura se giró de repente como si la hubieran golpeado. El chico vio sus enormes brazos elevarse a

ambos lados, derribando las dos elevadas pirámides de latas entre las que se encontraba. Después emitió un terrible grito de cólera que hizo que el chico se levantara rápidamente. Su rostro palideció. Entonces reconoció el terrible aullido que había oído en la noche. *Ésta* era la criatura que había tratado de evitar: no era ningún perro, sino algo más...

En la semipenumbra, que penetraba por las ventanas destrozadas, pudo ver que se trataba de un hombre, pero un hombre como jamás había visto. Su enmarañado cabello blanco salía de su cabeza como finos hilos arrugados, y lucía una barba larga y sucia que le llegaba hasta la cintura. En sus enormes ojos oscuros había una mirada enloquecida y cada centímetro de su cuerpo sucio amenazaba mucho más peligro de lo que el chico había visto y con lo que se había enfrentado jamás. Llevaba unas vestiduras andrajosas que podría haber tomado de cualquiera de las esculturas de los escaparates, y su piel tenía el color del vientre de un pez.

No les separaban más que unos diez metros. La criatura le vio, y sin dudarle un momento se lanzó hacia él, arañando el aire con sus terribles manos, con los ojos encendidos y lanzando un gran aullido.

El chico tampoco dudó. Su entrenamiento se apoderó por completo de él y se enfrentó a la carga con frialdad y con un astuto cálculo. Esperó hasta que la criatura cruzó la mitad de la distancia que les separaba. Una débil sonrisa apareció en las comisuras de sus labios cuando elevó con rapidez su mano derecha, la llevó hacia atrás e hizo que la hermosa y larga hoja saliera volando de entre sus dedos. La hoja salió con rapidez y exactitud, y se introdujo profundamente en la garganta del loco.

La criatura se tambaleó. Se detuvo de pronto, y sus grandes ojos miraron hacia arriba. Por un momento, sus manos terribles agarraron inútilmente el cuchillo enterrado en su cuello. Trató de aullar, de gritar, pero los espasmódicos sonidos produjeron unas burbujas e hicieron gotear la sangre a lo largo de su barba grisácea. Tosió una vez y finalmente se desmoronó. Sus ojos quedaron mirando al techo y sus brazos se estremecieron durante un largo rato. Después, quedó muerto. Su sangre oscura fluyó durante un rato y se mezcló con el polvo blanco del suelo, los huesos de sus antepasados. El chico permaneció quieto.

Había sucedido todo con mucha rapidez. El joven se acercó con precaución y observó el cuerpo. Sacudió la cabeza, lleno de admiración. El pelo blanco de la criatura estaba manchado de sangre y se había extendido sobre el suelo, formando un halo solidificado alrededor del rostro sin vida.

La luz del amanecer estaba cayendo sobre la ciudad. No era momento para distracciones. El chico apretó los dientes y se inclinó para retirar su cuchillo. Parpadeó al retirarlo y después lo limpió rápidamente en las ropas del hombre muerto.

Ya era hora de regresar a casa.

Estaba a punto de marcharse cuando recordó algo. *Su trofeo*. No podía regresar sin llevarse uno. Formaba parte del ritual. ¿Pero *qué?* ¿Y *dónde?* Su mente vaciló confusa. Sus ojos se fijaron entonces en el hombre muerto. Una sonrisa de triunfo iluminó su expresión. *Sí, eso sería estupendo...*

Huyó a través de la ciudad como si todos los demonios inimaginables de la humanidad estuvieran pisándole los talones Pero hizo su viaje de regreso sin ningún otro incidente, consciente ya de que nunca antes había estado en los grandes espacios solitarios que separaban a las criaturas de la necrópolis. Su trofeo colgaba ligeramente de su mano izquierda sin impedirle avanzar a toda velocidad.

Corrió con rapidez, buscando las débiles sombras de los edificios y rogando para que nada ni nadie le viera. A veces, cuando el espacio se hacía muy abierto, prefería seguir por calles y paseos laterales, y siempre levantaba con sus pies el polvo blanco que cubría el suelo y también el cuerpo, que ya empezaba a dolerle. En varias ocasiones, creyó oír detrás de él unos terribles aullidos, lo que sólo contribuyó a hacerle aumentar la velocidad de su carrera. Pero no se le acercó ningún depredador. Los había dejado muy atrás.

Corrió hasta que las afueras de la ciudad quedaron muy detrás de él y el espacio abierto y verde se extendió frente a sí hasta la línea del horizonte. Sólo disminuyó la velocidad de su marcha cuando hubo puesto varios kilómetros de distancia entre la ciudad y él.

Los jefes le vieron llegar. Mientras se dirigía hacia ellos con paso orgulloso y satisfecho, con una ligera expresión de arrogancia, sonrió y sus ojos se iluminaron. La larga noche había pasado.

Los jefes le recibieron con la adecuada dignidad. Le examinaron para ver si tenía heridas y raspaduras y quedaron contentos al no encontrar ninguna. Pasaron sus dedos sobre la espesa costra de sal y polvo seco que le cubría de la cabeza a los pies, y murmuraron con aprobación.

Él sonrió y les tendió su trofeo.

El hombre más viejo lo sostuvo trémulamente en sus manos oscuras y tocó las trenzas blancas y duras, con admiración. Los demás se acercaron para examinarlo. Y sus rostros se llenaron de pavor y respeto. Cada uno de ellos acarició la mata de largo pelo blanco, mirando después al chico con expresión de respeto. Ningún otro iniciado había traído jamás un trofeo tan extraño y magnífico. Más tarde, el ritual fue completado. El hombre más viejo consagró un trozo de terreno y los jefes abrieron un profundo agujero y enterraron el cuero cabelludo del hombre muerto. Después, iniciaron un regreso lento y tranquilo hacia el valle.

Y por las expresiones de sus rostros, él sabía que ya era un hombre.

GRAN NEGOCIO

PETER L. CAVE

En Londres, Washington, París, Pekín y Moscú las noticias zumbaron a través de los hilos, se introdujeron en las computadoras y fueron analizadas, corregidas, comprobadas, vueltas a comprobar y cotejadas para encontrar posibles errores.

La computadora central asimiló la información, dirigió todas las pruebas disponibles y se concentró durante una milésima de segundo.

Las lámparas se encendieron, las bobinas zumbaron, los tubos se estremecieron. Una bombilla se encendió con una potente luz azul y la cinta perforada comenzó a salir de la caja de emisión. La central había tomado una decisión.

En la sala de composición del *Daily Globe* —el diario de mayor venta del mundo— los cajistas trabajaban febrilmente. Corrieron de un lado a otro sobre sus pequeñas ruedas, sosteniendo fotonegativos y papeles mecanografiados, y fueron preparando una página tras otra.

La escena era siempre la misma a esa hora del día. La línea de prensa se cerraba al cabo de veinte minutos.

Siempre las mismas prisas, los esfuerzos frenéticos para sacar la edición de la mañana a tiempo. Aquel día en particular, lo habrían conseguido, pero...

Una rápida serie de zumbidos procedentes del panel editorial de control hizo que el cajista jefe girara sobre sí mismo y se abalanzara hacia la caja de copias. ¿Quién, en nombre de la central, estaría apretando a esta hora el botón de emergencia?

Un pequeño panel rojo que había sobre su mesa estaba encendiendo y apagando la señal de aviso. Mantened abierta la primera página. Mantened abierta la primera página.

El cajista jefe lanzó el equivalente automático de un juramento; accionó el mecanismo que produjo un sonido crepitante y estático durante diez segundos, se pusieron en marcha las cabezas electrónicas de todos los demás robots del lugar e hicieron que el segundo aprendiz quemara un fusible.

Dentro de la sala editorial el copista automático se movía alrededor del teletipo, mientras la cinta surgía a una velocidad de cincuenta palabras por segundo. Elevó su mano automática de tijeras y cortó el rollo, lo colocó en su caja de copias y se lanzó suavemente sobre sus patines hacia la mesa del reportero.

El reportero jefe tomó un extremo de la cinta entre sus dedos, y lo introdujo en la ranura de alimentación de su pecho. Sólo lo mantuvo allí durante unos cinco segundos antes de lanzarse con toda rapidez hacia el despacho del editor.

Aquello era demasiado importante para que él pudiera decidir. Era un titular de primera página y sólo el editor tenía autoridad para escribirlo. El editor comprobó la cinta, la introdujo en el mecanismo de colocación y apretó el botón rojo de su mesa.

Fue en ese instante cuando el cajista jefe lanzó su maldición.

Los mecanismos automáticos de descifrado fueron expulsando una tras otra las líneas de la copia. Los cajistas tomaron una tras otra las planchas de negativo y las

fueron colocando en posición. El lector automático lanzó su ojo electrónico sobre cada una de las páginas de papel prueba.

Finalmente, las páginas terminadas descendieron por el ascensor automático hasta el sótano, donde esperaban las enormes prensas para lanzar veinte millones de copias.

Empezaron a funcionar. Transcurrió el tiempo. Una resma de papel tras otra, introducidas desde uno de los extremos de las prensas, fueron siendo escupidas por el otro y trasladadas al cinturón convertidor que las llevó hacia el departamento de distribución, donde fueron atadas y pasadas al muelle de carga.

Allí, los cargadores robots las apilaron al fondo de los vehículos de transporte que las esperaban. Uno tras otro, los vehículos se pusieron en marcha, dirigiéndose cada uno de ellos hacia su respectiva dirección de reparto.

Miles de paquetes fueron lanzados desde los vehículos al pavimento, donde los vendedores automáticos de noticias los recogieron y los distribuyeron en sus rampas de suministro.

Cada vendedor examinó la historia, y según su criterio decidió el modo de exposición de la misma y alimentó el puesto de venta de su propia caja sonora. Los duros gritos de los vendedores automáticos comenzaron a sonar por las calles.

Así, el 15 de agosto de 1993, el *Daily Globe* llevó a cabo el gran negocio de todos los tiempos. Mientras que los periódicos de la oposición seguían publicando viejas noticias sobre la guerra, informes sobre las zonas destruidas y la decisión de Norteamérica de utilizar la bomba G, que todavía no había sido probada, el *Globe* lanzaba el grito... La Humanidad Destruída, con letras de siete centímetros de altura en su primera página.

Fueron los titulares más grandes de todos los tiempos. Fue la historia más grande que jamás un periódico soñó publicar. Fue el mayor negocio, el definitivo, el que superaba a todos los demás.

No vendieron un solo ejemplar.

ÍNDICE

Introducción, *Richard Davis*

NAVE-CUNA (*Cradle Ship*, 1976) David Campton

PUNTO DE SUMINISTRO (*Supply Point*, 1976) Brian Mooney

SCARBO (*Scarbo*, 1976) Rosemary Timperley

UN PASEO POR LOS BOSQUES (*A Walk in the Woods*, 1976) David Campton

EL VELDT (*The Veldt*, 1950) Ray Bradbury

LAS MIRILLAS DE PAWLEY (*Pawley's Peepholes*, 1951) John Wyndham

NOCHE DE PASO (*Night of Passage*, 1975) Lee Harding

GRAN NEGOCIO (*Scoop*, 1968) Peter L. Cave